UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01629940 6

EL ARCIPRESTE DE HITA

Es propiedad del autor.

R9345
Ypu

Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita

EL ARCIPRESTE DE HITA

ESTUDIO CRÍTICO

POR

JULIO PUYOL Y ALONSO

98896
12/10/59

MADRID
SUCESORA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.
1906

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elarciprestedehi00puyo

EGREGIO VIRO

DNO. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

HISPANIENSIVM LITTERARVM DECORI

PRAESTANTIQVE OMNIBVS INGENIO

L. D.

AVCTOR

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

BREVE RESUMEN

DEL ESTADO DE LAS LETRAS CASTELLANAS EN TIEMPO DEL ARCIPRESTE DE HITA

I

Clasificación de las obras literarias.

SOLAMENTE á título de resumen de hechos, que tienen muy sabidos todos aquellos que han saludado la historia de nuestra Literatura, y como introducción á la materia de este libro, vamos á presentar, á modo de cuadro esquemático, el estado en que se hallaban las Letras castellanas cuando el Arcipreste de Hita acometió la empresa de su *Libro de Buen Amor*. La única idea, pues, que nos resuelve á escribir esta *Introducción,* no es otra que la de refrescar la memoria del lector para que aprecie más fácilmente la represen-

tación del Arcipreste en nuestras Letras. Advertimos que hemos de fijarnos no más que en las obras que, *estando escritas en castellano,* pueden considerarse *principales,* es decir, como jalones que marcan el desarrollo literario desde el nacimiento del romance hasta los promedios del siglo XIV.

Para procurar el orden en tal estudio, dividiremos las obras en dos clases: *obras poéticas* y *obras en prosa,* distinción que, como se ve, es muy general, pero suficiente atendiendo al fin que nos proponemos.

II

Obras poéticas.

I

POESÍA ÉPICA

Cantares de *gesta:* La *Leyenda de los Infantes de Lara.*—El *Poema del Cid.*—El *Libro de Alexandre.* — El *Libro de Apolonio.*

A su vez, hemos de clasificar las obras poéticas en dos grupos, pues las que en tiempo del Arcipreste corrían por Castilla, movíanse, por lo que hace al argumento, en limitado espacio; los asuntos quedaban reducidos á narrar las hazañas de algún héroe ó los milagros de algún santo, fuentes de inspiración que corresponden á los dos más grandes sentimientos, si no los únicos, que palpitaron en el alma castellana en los comienzos de su vida, y sobre los cuales había de fundarse la nacionalidad futura.

Los *cantares de gesta,* primera expresión poética de las lenguas romances, contuvieron, sin duda, tales leyendas, y juntamente con ellas las de todos aquellos otros sucesos

que impresionaban la imaginación del pueblo. De estos cantares, que hasta hace poco eran tan sólo conocidos por los trozos incorporados á los romances viejos, hemos llegado á saber lo necesario para juzgar de su estructura, gracias á la maravillosa labor, nunca bastante encomiada, del Sr. Menéndez Pidal, quien, por atisbos de arqueólogo y con indiscutibles dotes de literato y de crítico, supo sorprender en ciertas asonancias un monumento de nuestra lengua, escondido entre la prosa de las crónicas, como vetusto resto arquitectónico, procedente de las ruinas de antiguo edificio, que hubiera sido aprovechado por otro artífice para una nueva construcción. Nos referimos á la *Leyenda de los Infantes de Lara* [1], en la que se ve, de un lado, la forma primitiva en que fué cantada en Castilla, y, de otro, el remoto abolengo que el octosílabo tiene en nuestra métrica. Es una especie de narración rimada de la trágica historia, con la candidez, sí, pero con la frescura propia de aquellos viejos cantares, y donde no escasean cuadros trazados con

(1) Ramón Menéndez Pidal, *La Leyenda de los Infantes de Lara*. Madrid, 1896.

mano vigorosa, como es, por ejemplo, el del llanto de Don Gonzalo sobre las ensangrentadas cabezas de los infantes [1], cuyos versos, como todos los de esta veneranda reliquia, no pueden ser leídos sin emoción profunda, pues nos parece escuchar en ellos un eco de los épicos acentos de nuestros gloriosos progenitores.

***

Nadie hasta el siglo XIV aventajó al ignorado autor del *Poema del Cid*, á pesar de la rudeza de esta obra. El lenguaje no había llegado aún á descubrir el consonante, ni á dominar siquiera la asonancia, ni á apoderarse de la medida del verso, ni á salir del estilo narrativo; pero, no obstante, repetimos, el carácter embrionario del poema, ningún otro logró superarle en dos siglos (hay que llegar al de *Fernán González* para encontrarnos con algo semejante), ni ningún otro poeta supo inspirarse en tan castizos sentimientos, ni en héroe y episodios tan populares, idolatrados, vividos y admirados por Castilla entera, que al cansado compás de es-

(1) Pág. 422.

tos romances labró el terruño en aquella nebulosa alborada de su historia, levantó las murallas de las ciudades y vertió su sangre en los combates.

Mucho se ha escrito acerca de la influencia de la *Chanson de Roland* en este poema con motivo de la que tuvo la literatura francesa en la nuestra de la Edad Media, influencia que, en general, nosotros reconocemos con la condición de que ha de hacerse extensiva á casi todos los pueblos de Europa. Es preciso, sin embargo, andar con pies de plomo en esta cuestión para no incurrir en exageraciones lamentables. Así, por ejemplo, ¿qué hay de común entre el *Poema del Cid* y la *Chanson de Roland,* como no sea el que en ambas composiciones se canta á un caudillo que llenó muchas páginas de las crónicas de su nación con el relato de hazañas legendarias? ¿Es, por ventura, que la poesía épica tiene patria determinada ó que no surge espontáneamente en todo pueblo al empezar su historia? De las obras castellanas de la Edad Media, es quizá el *Poema del Cid* aquella en que menos se refleja tal influencia; y conste que en su justa medida, ni la hemos de negar respecto de

nuestra Patria, ni dejamos de percibirla en los demás pueblos del continente. Recuérdese, en efecto, que la epopeya francesa fué llevada á Inglaterra por los vencedores de Hastings; que en Alemania se tradujo el *Roland* en el primer tercio del siglo XII, y que luego el célebre *minnesinger* Wolfram d'Eschenbach compuso el *Aleschans* en su idioma; que los noruegos, desde principios del siglo XIII, poseyeron versiones en prosa de las *gestas* francesas, y que en Italia el poeta paduano hizo una primera parte de *L'Entrée de Espagne,* continuada por Nicolás de Verona, tradición que fué más tarde recogida por Pulci, Bayardo y Ariosto [1]; recuérdese también que Don Sancho I de Portugal tuvo en su Corte un *jongleur* francés llamado Bon Amis, y que de Francia llegaron á España algunos bardos famosos, como Peire Vidal, que figuró en la Corte de Castilla en tiempo de D. Alfonso VIII, y Giraud de Calamon, juglar de la Corte aragonesa en la época de Don Pedro II [2]; recuér-

(1) Véase *La Littérature française au Moyen Age,* par Mr. Gaston Paris. París, 1905. § 32, pág. 54.

(2) J. Fitzmaurice-Kelly, *Historia de la Literatura española,* traducida del inglés y anotada por D. Adolfo Bonilla y San Martín. Madrid. Pág. 61.

dese, por último, que en el primer tercio del siglo XIV era el francés la lengua literaria en Inglaterra, como lo demuestra el hecho de que Nicolás Bozon, franciscano inglés, escribiese en aquel idioma varios cuentos, entre ellos el titulado *Les trois compagnons*, que es, por cierto, el mismo de la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso [1], de la que acaso tendría noticia por la traducción francesa de esta obra, *Le Chastoiement d'un Père à son Fils*, en la que se halla la fábula con el título *De deus Borgeis et d'un Vilain* [2].

***

Buena prueba de dicha influencia en la literatura castellana es el *Libro de Alexandre*, ya de mediados del XIII, y el primero desde el *Poema del Cid* con asunto épico.

Los clérigos franceses, á partir del siglo XII, sintieron gran predilección por los autores decadentes de la antigüedad greco-romana:

(1) *Disciplina Clericalis;* auctore Petro Alfonsi, ex-judeo hispano. Pars Prima. Parisiis, ex typographia Rignoux, MDCCCXXIV. Fabula XVII, pág. 120.

(2) *Le Chastoiement d'un Père à son Fils*, Paris (Rignoux), MDCCCXXIV, Conte XVII, pág. 119.

á esta época corresponden poemas como el de *Alexandre;* el *Roman de Troie,* de Benoit de Saint-More, tomado de una antigua versión latina de Itálico; el *Roman d'Enéas,* hecho sobre la *Eneida,* y el *Jules Cesar*, que tuvo origen en un arreglo en prosa de la *Pharsalia,* de Lucano, escrito por Jean de Tuin.

La historia del *Poema de Alexandre* es conocida. Sábese que del siglo II data un poema en griego sobre este asunto, que á mediados del IV tradujo al latín Julio Valerio; que esta traducción sirvió de fundamento á principios del siglo XII para la obra de Alberico de Besançon, la cual en el mismo siglo fué la base de los poemas de Lambert le Tort de Chateaudun, Alejandro de Bernai y Pedro de Saint-Cloud, composiciones escritas ya en versos de catorce sílabas, llamados desde entonces *alejandrinos;* por último, varios poetas de fines del siglo XII, del XIII y hasta del XIV, como Venelais y Guido de Cambrai, utilizaron el argumento ó añadieron episodios á las narraciones anteriores, y en esta forma y según la versión de Gualtero, llega el poema á tierra castellana [1]. Pero si la idea no nos per-

(1) Los orígenes del poema castellano han sido estudia-

tenece, porque la obra es á veces copia, á veces paráfrasis de la francesa, no cabe negar que el estilo y la disposición son nuestros por derecho propio: sus versos por la *quaderna vía* han hecho ya la conquista del consonante; la medida es más justa y siempre severo el discurso, bien como de autor que estaba poseído de la nobleza de su oficio y de la gravedad requerida por el *mester de clerecía:*

Mester trago fermoso, non es de ioglaría,
mester es sen pecado, ca es de clereçía;
fablar curso rimado per la quaderna vía
a sillabas cuntadas, ca es grant maestría[1].

Claro es que en este poema no faltan los rasgos de toda poesía naciente. El poeta usa y aun abusa de las digresiones, y aprovecha los más mínimos pretextos para separarse de la acción principal; así, el lector, intrigado con el relato de los preparativos que hacen los griegos para la campaña de Persia, se halla

dos con gran detenimiento y erudición por Mr. A. Morel Fatio: véase en la revista *Romania* (1875) su artículo titulado *Recherches sur le texte et les sources du «Libro de Alexandre»*.

(1) *Libro de Alexandre* (Bib. de AA. E.), tomo LVII, estrofa 2.

de pronto sorprendido con una disertación acerca de las regiones, fauna y flora de las *tres* partes del mundo [1], ó bien se entera con asombro de que Aristander interrumpe su plática guerrera para hablar de las fases de la luna y de las causas de los eclipses [2]. Notables son también los anacronismos en que se incurre en el poema, pues dejando á un lado aquella peregrina lección que Aristóteles explica á su discípulo [3], y que más bien que del gran filósofo creyérase de Maquiavelo, es donoso ver cómo Alejandro tiene la visión de un obispo; cómo los heridos de su hueste piensan en las candelas y obladas que en su obsequio llevarán sus deudos á la iglesia [4]; cómo Darío sabe rezar el *Benedicite* [5], y cómo el conquistador, cuando entra en Babilonia, es recibido con un solemne *Te Deum* [6].

Pero Gonzalo de Berceo, el poeta leonés Segura de Astorga, ó quienquiera que fuese el autor del *Poema de Alexandre*, no se cir-

(1) Est.ª 254 y siguientes.
(2) Est.ª 1.169 y siguientes.
(3) Est.ª 46 á 74.
(4) Est. 1.473.
(5) Est. 1.478.
(6) Est. 2.437.

cunscribe ya, como el del *Poema del Cid*, á la escueta narración de los hechos, sino que la salpica de reflexiones morales y de escenas de gran colorido, que hacen de ella interesantísima lectura.

De *caballeresco* pudiéramos calificar este poema, porque si es cierto que sus personajes son griegos, persas y babilonios, no ofrecen tanto parecido con los héroes de Homero como con los caballeros de la Europa medioeval, carácter que se observa desde el arreglo de Alberico de Besançon. En el poema castellano, Alejandro se arma caballero, conforme al rito de los libros de caballerías, velando las armas y recibiendo la espada con todas las de la ley; la descripción de los arreos y de sus mágicas virtudes recuerda los encantamientos de Amadises y Palmerines; y, en fin, cuando Alejandro organiza su hueste y hace su primera salida, más bien que el conquistador que va á dominar el mundo y á llevarle el pensamiento inmortal de Grecia, se nos antoja el caballero andante que emprende su camino en busca de aventuras, pues al topar con aquel rey *estrevido*, especie de Wotan, que le pregunta quién es y

de qué tierra y qué es lo que pretende, le contesta así:

Andamos por las tierras los corpos deleitando, por yermos e por llanos aventuras buscando [1].

***

En la época feudal aparecen en Francia varios poemas cuyos originales fueron importados de otros pueblos, de Oriente sobre todo. En este grupo deben incluirse la *Berta*, la *Sebile*, el *Ami et Amile* [2] y un *Jourdain de Blaie*, segunda parte de cierta composición griega, traducida al latín en el siglo IV con el nombre de *Apollonius de Tyr*, que es la fuente del poema castellano titulado *Libro de Apolonio* [3].

(1) Est. 119.

(2) Véase la ob. cit. de G. Paris, pág. 50.

(3) De alguna de las composiciones que quedan citadas fué tomado, sin duda, el curiosísimo y amplio extracto del argumento de este poema que se inserta en *Gesta Romanorum* con el título *De tribulatione temporali, que in gaudium sempiternum postremo commutabitur*, narración que, en lo sustancial, se conforma con el poema castellano. (Véase *Gesta Romanorum*, herausgegeben von Hermann Oesterley, Berlin, 1872; cap. 153, pág. 510.)

También este poema puede ser calificado de caballeresco, con la particularidad de que, si en el de *Alexandre* se cantan las hazañas de un héroe real, en el de *Apolonio*, para que nada falte al libro de caballerías, cántanse las de un ser ficticio, sirviéndose de una trama disparatada y complicadísima que nos hace creer que estamos ante una obra de tal género. Todas aquellas desventuras de Apolonio, rey de Tiro; el horrendo naufragio que le lleva maltrecho á caer en manos de su enemigo; los amores del héroe con la hija de Antíoco, que, por supuesto, acaban en boda; las desgracias de los esposos y la muerte aparente de la reina, que es arrojada al mar; su salvación milagrosa y hallazgo al cabo de muchos años; la pérdida de su hija, con todo lo demás que se sigue de Licórides, Dionisia y la infanta Tarsiana, son, en efecto, lances de legítimo libro de caballerías, que no tienen pies ni cabeza, pero de supremo interés para la historia de nuestras letras, interés que aumenta, sin duda, cuando comparamos poemas como el de *Alexandre* y el de *Apolonio* con el del *Poema del Cid*, y ponemos en parangón el estrépito de aquéllos con la sencillez y austeri-

dad augustas de nuestra primera joya literaria.

***

Ya hemos dicho que para encontrarnos con otro asunto castellano en la poesía épica de la Edad Media, hay que llegar al *Poema de Fernán González*, respecto de cuya época no existe más dato que la presunción de que sea posterior á la *Crónica de Alfonso X*. Es casi seguro que el poeta se inspirase en los cantares de gesta que relataban las hazañas del héroe, y que debieron de ser muy numerosos y muy populares en Castilla; pero de tales cantares tan sólo algunos fragmentos han resistido á la destrucción de los siglos. Lo que no cabe dudar es que el autor del poema tuvo presente el de *Alexandre*, y hasta le tomó por modelo en algunos pasajes: sirva de ejemplo el episodio del primero, que comienza en la estrofa 331 [1], y véase su semejanza con el episodio del segundo, que principia en la estrofa 2.107: Alejandro, repuesto de la herida de Sudhraca, quiere reanudar sus campañas, y Clateus le pide, en nombre de los soldados, que, dándose por satisfecho con las victorias

(1) Edición de la B. de AA. E.

hasta entonces alcanzadas, vuelva á Grecia con su ejército; pero Alejandro, no solamente contradice esta demanda, sino que logra convencer á su gente, que al fin, llena del mayor entusiasmo, le secunda de nuevo en la empresa memorable. También Fernán González queda herido en el combate que sostiene contra Don Sancho de Navarra, y Nuño Lainez, haciéndose intérprete de los deseos de la hueste, solicita del conde que, por lo menos, conceda una tregua á sus contrarios, pero no consiente en ello, y valiéndose de argumentos muy análogos á los de Alejandro, consigue que los soldados den por buena la decisión, los cuales, como los del emperador griego en igual caso, concluyen por hacer la voluntad del invicto burgalés.

2

POESÍA RELIGIOSA

Las obras de Gonzalo de Berceo. — La *Vida de Santa María Egipciaca.* — El *Libro de los Reyes de Oriente.* — *Vida de San Ildefonso.*

Las obras basadas en asuntos religiosos, y principalmente en las vidas de los santos,

constituyen, con aquellas de que hemos tratado en el número anterior, los monumentos primitivos de la poesía romance de todas las naciones de Occidente. Nada menos que del siglo X procede la *Vie de saint Leger*, que es la más antigua de esta clase de la literatura francesa.

Como edificio colosal destácanse en Castilla las obras de Gonzalo de Berceo, inspiradas en las *Vidas de los Santos Padres*, que fué la cantera en donde la poesía religiosa halló sus argumentos, cual lo confirma el mismo Berceo al escribir:

muchos son los padres que ficieron tal vida,
yaçe en Vitas Patrum una buena partida [1].

Gonzalo de Berceo ha sido, á nuestro entender, tratado con bastante injusticia, pues prescindiendo de su mayor ó menor originalidad, hay quien ha dicho de él que fué un poeta rudo, cuyos versos se distinguen por la sin igual dureza de la rima y por lo poco musical de la dicción, siendo lo peor del caso que á veces los que así se expresan han na-

(1) *Vida del glorioso confesor Santo Domingo de Silos* (B. de AA. E.), est. 61.

cido y vivido en extranjera tierra, y nunca, que sepamos, fué tal circunstancia la mejor garantía de acierto para juzgar de las poesías escritas en otra lengua.

Precisamente lo que desde luego se advierte en Berceo es un progreso notable en el arte de la versificación, como cualquiera que hable y sienta el castellano puede comprobar leyendo aquellas primeras estrofas de los *Milagros de Nuestra Señora*, verdaderamente musicales, de dulces cadencias y de naturalidad extraordinaria, sin que tampoco falten al poeta descripciones y pasajes que en nada envidian á los más preciados de la literatura, como son el del sueño en el prado [1]; el de los tormentos de los condenados en el Infierno [2], que recuerdan la imaginación dantesca; el sencillo, pero ternísimo relato de la niña enferma, en el que tan al vivo se hallan pintadas la amargura y angustia paternales [3], y varios otros que pudieran citarse.

(1) *Milagros de Nuestra Señora* (B. de AA. E.), est.ª 2 y siguientes.

(2) *De los signos que aparesçerán ante del Juicio* (B. de AA. E.), est.ª 40 y siguientes

(3) *Vida de San Millán* (B. de AA. E.), est.ª 342 y siguientes.

Mas con ser grande el mérito de sus versos, tanto en estas composiciones como en todas cuantas brotaron de su pluma, es mucho mayor el valor del fondo, porque en él vemos reflejado al escritor, quizá de escasos estudios y de muy poco extensa cultura, cuyos años juveniles se deslizaron en la tranquilidad de un solitario monasterio, en íntimo y constante coloquio con el cielo ó con las campiñas de la tierra riojana; pero vemos también al poeta que de tales elementos supo sacar su fe inconmovible y la severidad de sus decires, con los que interpretaba los sentimientos religiosos del pueblo, de la misma suerte que el autor del *Poema del Cid* había interpretado sus sentimientos guerreros.

La poesía de Berceo, sin dejar de ser narrativa, presenta ya un carácter más personal: en el *Poema del Cid* nunca se descubre al autor, oculto siempre en las peripecias del relato; Berceo, por el contrario, háblanos de sí mismo con alguna frecuencia, hasta el punto de que por la continua declaración que hace de su pensamiento, nos es dado asistir á la génesis de sus obras, ya cuando cita los textos en que se apoya,

Anno e medio sovo en la ermitannía,
dizlo la escritura, ca yo non lo sabía [1],

ya cuando entra en reflexiones morales ó filosóficas,

ca en si ovo siempre complida caridat
qu'en poder ageno metió su voluntat [2],

ya cuando él mismo se nos presta como testigo de su relato,

Yo Gonçalo, que fago esto á su amor,
yo la vi, assi veya la faz del Criador,
una chica coçina, asas para labor,
y escriben que la fiço esse buen confessor [3].

La grande ingenuidad es la nota distintiva de Berceo, singularizándose también por cierto donoso desenfado que á veces manifiesta en los momentos más solemnes; así, discurriendo acerca de las tentaciones de Santo Domingo, y de cómo se dió trazas para aplicarlas á la edificación de su alma, dice que

más le plogo con ellas que con truchas cabdales [4];

(1) *Santo Domingo*, est. 73.
(2) *Santo Domingo*, est. 82.
(3) *Santo Domingo*, est. 109.
(4) *Santo Domingo*, est. 490.

para ponderar la desgracia de un pobre ciego, escribe que

non vedie de los oios más que con el pulgar [1],

y al referir el trance en que moros y cristianos, colocados frente á frente en los campos de Clavijo, se apercibían por fin á ventilar de una vez sus pleitos y agravios, se le ocurre que las partes contendientes, mirándose de hito en hito, no pensaban sino en

cual podrie á la otra sobar el espinazo [2].

Esta misma ingenuidad fué el motivo de que en sus obras haya frases y conceptos que pudieran ser tildados de irreverentes, como cuando, al hablar de las llagas de Jesucristo, dice que

Longino le ofreçió la una por *pitança* [3],

ó cuando, después de haber enumerado las ceremonias de la Misa hasta la consagración, y al disponerse á tratar de ella, quiere prevenir el interés del lector con estas palabras:

Si en sabor vos cae esta nuestra leyenda,
avetlo por iantar, esperat la *merienda* [4].

(1) *Santo Domingo*, est. 597.
(2) *San Millán*, est. 419.
(3) *Del Sacrificio de la Misa* (B. de AA. E.), est. 194.
(4) *Del Sacrificio de la Misa*, est. 83.

Bien es verdad que Berceo, como todos sus contemporáneos, ve las cosas del cielo dispuestas de análogo modo que las cosas de la tierra. Por eso, describiendo el tránsito de San Millán, cuenta que los Santos «*festa doble feçieron*», que los Patriarcas y Profetas celebraron su entrada en el Paraíso con grandes procesiones, y que las Vírgenes bienaventuradas

metien bien so estudio por mucho li onrar;

cuando Santiago y San Millán mueven al monarca leonés á que cambie el tributo de las cien doncellas por el *voto*, y aquel rey, de acuerdo con el de Castilla, se decide á realizar la empresa, les parece á los Santos que, ya que al cabo iban á recibir un beneficio, debían corresponder á él, pues

non quisieron *embaldi* la *soldada* levar,
primero la quisieron *mereçer* e *sudar* [1],

y, en efecto, la merecen y la sudan montando á caballo para entrar en la batalla con intrépido denuedo.

Entiéndese entonces que los Santos que gozan de la presencia de Dios están, cual los

(1) *San Millán*, est. 148.

míseros mortales, obligados á conservar su buen nombre y á no dormirse sobre los laureles, y así Berceo pone en boca de un pecador que pide á la Virgen un milagro, las siguientes palabras:

Sennora benedicta, reyna coronada,
que siempre façes preçes por la gent errada,
non vaya repoyado yo de la tu posada,
si non, dizran algunos que ya non puedes nada [1].

Aun va más lejos el pecador, que no es otro que Teófilo (quien, como se sabe, había hecho escritura con el diablo, comprometiéndose á negar á Jesucristo y á Santa María á trueque de algunos dones), pues á pesar de que la Excelsa Señora le promete su intercesión y auxilio, no las tiene todas consigo hasta no ver en su poder el maldito documento que guardaba cuidadosamente el rey del abismo, y por eso dice á la Virgen:

Sennora, tú que esta cosa has empezada
fazme render la carta, será bien recabdada [2].

En fin, también los dolores y los recuerdos corren por los mismos cauces en hom-

(1) *Milagros*, XXXIV, 773.
(2) *Milagros*, XXXIV, 818.

bres y en Santos, porque aquel fraile que pretende que la Virgen le cuente cuál fué la amargura que sintió ante la Pasión de su Hijo, oye de sus labios esta especie de excusa:

..... esme cosa pesada
refrescar las mis penas, ca so glorificada [1].

De todas suertes, Gonzalo de Berceo será siempre tenido por uno de los primeros poetas de la Edad Media, y bien merecían ser estudiadas con mayor detenimiento de lo que lo han sido hasta ahora aquellas obras que nos traen entre sus líneas las rancias memorias de los tiempos en que daba sus primeros pasos nuestra poesía gloriosa.

*
* *

Á la misma época que el *Libro de Apolonio* fueron atribuídos la *Vida de Santa María Egipciaca* y el *Libro de los Reyes de Oriente*, sin otro fundamento que el de estar las tres obras contenidas en el mismo códice; pero basta leer estas dos últimas, fijándose con un poco de

(1) *Duelo que hizo la Virgen María el día de la Pasión de su hijo Jesucristo.* (B. de AA. E.) Est. 13.

cuidado en el léxico, y singularmente en el desarrollo de la acción, para persuadirse de que son muy anteriores al *Libro de Apolonio.* No sufren tampoco la comparación con las obras de Gonzalo de Berceo, ni en lo perfecto del estilo ni en lo poético de la frase, si bien es cierto que la *Vida de Santa María Egipciaca,* tomada de una versión francesa hecha sobre un antiguo poema del siglo XII, tiene algunos pasajes delineados con viveza, como es, por ejemplo, aquel en que se narra la vida disipada de la protagonista en sus años juveniles, sus andanzas en Alejandría y las riñas y peleas entre los mancebos que se disputaban sus favores, todo lo cual pinta el poeta anónimo con frase candorosa, pero con plástico realismo.

Como discípulo de Berceo debe considerarse al Licenciado de Úbeda, autor de la *Vida de San Ildefonso;* á la manera de aquél, busca el asunto y el protagonista de su poema dentro de las fronteras de Castilla, emplea la misma rima, y aun cuando no le iguale ni en la inspiración ni en la sonoridad del verso, no carecen de encantos sus estrofas, á las que anima también la fe infantil, pero en extre-

mo sincera y simpática, que distingue á los poetas de aquellos tiempos remotos.

***

Antes de terminar esta parte hemos de recordar que nuestro propósito no se extiende á más que á la enumeración de las obras poéticas castellanas, pues acaso se extrañe que, tratando de la poesía de la Edad Media, no mencionásemos el libro de las *Cantigas* de Don Alfonso el Sabio, escrito en dialecto gallego: pero nos ha parecido que, de entrar en el examen de esta obra inmortal, no habría ningún motivo para preterir las composiciones provenzales, catalanas, aragonesas y lemosinas, siendo así que, como hemos dicho, el objeto de esta introducción se limita á las obras más salientes escritas en la lengua de Castilla, las cuales nos han escatimado los siglos con grande avaricia, pues es para nosotros indudable que no se redujo el movimiento literario á las que han llegado hasta hoy, y que muchas de las que entonces existieron han perecido á las manos del tiempo y á las no menos destructoras de la ignorancia.

III

Obras en prosa.

I

NARRACIONES NOVELESCAS

Asuntos.—El *enxemplo.* — *Calila e Dymna.*— El *Libro de los engaños e los asayamientos de las mujeres.*—*El Conde Lucanor.*

PARA el objeto que perseguimos, vamos á clasificar las obras en prosa en tres grupos, á saber:

1.º Obras que, por desarrollar su asunto mediante una acción más ó menos sostenida, calificamos de *narraciones novelescas.*

2.º Colecciones de *enxemplos.*

3.º Obras *doctrinales.*

Lo que en primer término llama la atención al estudiar las obras en prosa de este período de nuestra historia literaria, es el gran contraste que ofrecen al ser comparadas con las obras en verso. En efecto, los héroes de las *gestas* y de los poemas épicos, del mismo modo que los Santos de los poemas religiosos, son en su mayoría de tierra de Castilla,

mientras que en las narraciones novelescas todo es traducido, arreglado ó imitado de libros extranjeros. Diríase que á la musa castellana le fué tan esquiva la prosa en sus comienzos cuanto rendida amante le había de ser en nuestro siglo de oro, y que, enamorada entonces de la forma oriental y de sus exóticos conceptos, sólo para esta literatura tuvo favores que conceder y tiempo que consagrar. La cual, sin embargo, no llega al alma del pueblo, que siguió prefiriendo á ella los cantares que podian ser entonados con el ritmo monótono de la salmodia, y que eran sus inseparables compañeros en las faenas del taller ó en las labores del campo; acaso también sintiesen desprecio por la tradición poética los literatos eruditos que salían de aquellas Academias llevadas á Toledo por Don Alfonso X, de las que es lícito asegurar que anticiparon más de un siglo el Renacimiento en Castilla con relación á los demás países de Europa, centros que, difundiendo el conocimiento de las lenguas y de los autores griegos, latinos, árabes y hebreos, fueron la causa de que los que en tal disciplina se educaban cobrasen afición á los libros y asuntos

que constantemente les servían de guía en sus estudios.

***

Las características de las narraciones novelescas que hemos de examinar son el uso del *enxemplo* y desenvolver una acción, más bien que sencilla, insignificante, que nunca llega á producir interés y que parece no más que el pretexto de que se vale el autor para intercalar cuentos ó apólogos á través de cuyo simbolismo quiere revelarnos su pensamiento ó inculcar las máximas morales que cree aplicables en cada caso.

Sin grande esfuerzo se comprende que el sistema del apólogo responde al de la literatura primitiva, que siempre ve las cosas en lo que tienen de plásticas y procede por imágenes y símbolos. Pero ¿qué decimos de la Literatura? Procedimiento tal hasta en el Derecho se observa, porque aquellas *fazañas* de nuestros Fueros, jurisprudencia rudimentaria sobre casos no estatuídos, ¿qué son sino á modo de *enxemplos* legales?; y ¿qué son sino verdaderos personajes de leyenda los que, tras la frase venerable «Esta es fazaña de

Castiella», menciónanse en el *Fuero Viejo* con los nombres de Ferrán Pardo, Ruy Péres, Lope Velásques y Diego Fernández de Tovar?

El *enxemplo* es, como toda fábula, un medio de vulgarizar los preceptos morales, porque como la Moral, enseñada á palo seco, tiene cara de vieja descontentadiza ó, cuando más, de matrona presuntuosa, pero de escasos atractivos, es preciso para hacerla presentable que se la vista de aquellas galas un tanto chillonas de que gusta el vulgo, si se quiere que entre en su conciencia, aunque sea por sorpresa. Así, poco más ó menos, viene á confesarlo el que escribió el prólogo de *Calila e Dymna*, quien al hablar de los *enxemplos* dice que los filósofos «posieron enjemplos e seme»janzas en la arte que alcanzaron e allegaron »pora alongamiento de nuestras vidas, por lar»gos pensamientos e por largo estudio; e de»mandaron cosas pora sacar de aquí lo que »quisieron con palabras apuestas e con pasio»nes sanas e firmes; e posieron e compararon »los mas de estos enjemplos á las bestias sal»vajes e a las aves. E ayuntaronseles para esto »tres cosas buenas; la primera que los falla»ron usados en el razonar, e trobaronlos, se-

»gun que los usaban, pora decir encobierta-
»mente lo que querian, e pora afirmar bue-
»nas razones. La segunda es que los fallaron
»por buena manera con los entendudos, por-
»que les creciese el saber en aquello que les
»mostraron de la filosofía cuando en ella pen-
»saban e conocian su entender. La tercera es,
»que los fallaron por juglaria á los discipulos
»e a los niños» [1]. Y más tarde el autor de *Calila* corrobora que el argumento de la narración era lo secundario y el *enxemplo* lo principal, porque dice también que el rey mandó á Bundobet que contestase á las *quistiones* que le proponía «capítulo por capítulo, respuesta
»verdadera e apuesta, et que le diese enjem-
»plos et semejanzas por tal que viese la certi-
»dumbre de su respuesta, et que lo ayunta-
»se en un libro entero...», etc. [2]

La mayor parte de los *enxemplos* tiene un origen oriental; su fuente, ya que no única, principalísima, hállase en la India, que, á su vez, hubo de tomarles de más antiguas literaturas, y penetran en Europa por dos corrientes, á saber: por Bizancio, que les im-

(1) *Calila e Dymna.* (B. de AA. E.) Prólogo, pág. 11.
(2) *Calila e Dymna*, cap. I, pág. 14.

portó en tiempo de las Cruzadas de Siria y de Persia, adonde llegaron de la India, y por los Arabes. La época del apogeo del ejemplo es en Francia desde últimos del siglo XII hasta mediados del XIV, y en España desde el XIII á principios del XV [1].

*
* *

Calila e Dymna es la primera obra de esta clase que hallamos en Castilla y la que habían de utilizar como dechado los escritores sucesivos, aunque éstos fuesen de la personalidad y fibra del infante Don Juan Manuel. Su argumento queda reducido á relatar los coloquios de un rey con su consejero, en el transcurso de los cuales aquél pide á éste su parecer sobre distintos asuntos que afectan, ya á la gobernación del reino, ya á sus personales relaciones y negocios. El rey, como después el Conde Lucanor, resulta un desgra-

(1) Véase la ob. cit. de G. Paris, § 73, y véanse, sobre todo, los *Orígenes de la Novela* del Sr. Menéndez y Pelayo (II-XV), libro del que no vacilamos en decir que es la obra más maravillosa de crítica literaria que se ha publicado en España.

ciado, sin voluntad propia, sin dos dedos de frente, que nunca sabe qué hacer, ni qué decidir, ni qué pensar, y que en sus conflictos y dudas, que son tantos como los momentos de su vida, solicita el consejo de Bundobet, quien al modo de Patronio es un filósofo sabihondo, tal vez pretencioso y pedantesco, que para mostrar su pensamiento busca rodeos, paráfrasis y circunloquios capaces de agotar la paciencia á todo aquel que no haya nacido indio ni comprenda la necesidad de procurarse el nirvana lo antes posible. Y es el caso que en *Calila e Dymna*, á trueque de sus pasajes interminables, hay elementos muy dignos de consideración y trozos que se nos antojan arrancados de nuestros grandes místicos del siglo XVI; dígalo si no el capítulo II, en el que Bersehuey, contando su historia, dice cómo al cabo de haber apurado los conocimientos humanos se convenció de que «el más santo de los físicos es aquel que non »quiere haber por su física sinon el gualar»don del otro siglo», de que «todas las cosas »en que los homes se trabajan son fallecede»ras»; y, en fin, de que «el que en la religion »piensa, sóbrale la mansedumbre, et amán-

»sase et homíllase, et tiénese por pagado con »lo poco, et enriquece, et plácele con lo que »Dios le face de bien et merced, et pierde »cuidado, et despójase del mundo, e estuer»ce del daño, e desecha sus sabores, e fácese »manso, e apártase, e es librado del dolor, e »menosprecia la envidia, et muéstrasele el »amor et la caridat, e es su alma franca de »toda cosa fallecedera, et acaba su entendi»miento, e ve la paz», palabras que recuerdan aquellas otras del *muy venerable* del *Bhagavad-Gita*, que al contestar á la pregunta de Krixna, dice que «cuando el hombre aleja de »sí todos los deseos que inquietan su corazón »y está contento consigo mismo, posee con »firmeza la ciencia espiritual» [1].

Bien conocida es la remota antigüedad de *Calila e Dymna*, libro que se supone llevado de India á Persia en el siglo VI, pero cuyos precedentes indios no están aún tan averiguados que no haya aún mucho que saber. Ya en tiempo del Sr. Gayangos convenían los orientalistas en que *Calila* fué tomado del *Pantchatantra* ó del compendio de éste (mejor dicho,

(1) *Bhagavad-Gita*, traducido del sanscrito por don José Alemany. Madrid, cap. II, pág. 23.

de una de sus partes), llamado *Hitopadeza*. No hemos leído el primero, pero sí el segundo, y en honor de la verdad tenemos que decir que no vemos la menor analogía entre el *Hitopadeza* y la obra que nos ocupa, como no quede ceñida á que en ambos libros se usa del apólogo, ambos pertenecen á la misma literatura y en ambos hay algunos (no muchos) ejemplos comunes. Pero en el *Hitopadeza* encontramos una división de materias [1], que llamaríamos sistemática y de que carece *Calila e Dymna*, al menos en la versión que ha llegado á nuestros días; y en cuanto á los asuntos, basta comparar una y otra obra para adquirir la evidencia de que no son los mismos, aunque á veces se vislumbren ciertas semejanzas. Los ejemplos comunes son, entre otros, el del *león Durdhanta* [2], que es el de *Ca-*

(1) *Hitopadeza ó Provechosa Enseñanza*, traducida del sanscrito por D. José Alemany y Bolufer. Granada, 1895.

Divídese la obra en cuatro libros, del siguiente modo:

Libro Primero: Mitralabha ó Adquisición de amigos.

Libro Segundo: Suhridbheda ó Desunión de amigos.

Libro Tercero: Vigraha ó La Guerra.

Libro Cuarto: Sandhi ó La Paz.

(2) *Hitopadeza ó Provechosa Enseñanza*, Libro segundo, pág. 130.

lila, titulado de *la Liebre y el León* [1]; el de la *Tortuga y los Cisnes* [2], que es el de los *Anades y el Galápago* [3]; el del *Monje y el Ratón* [4], que es fundamentalmente el de la *Niña que se tornó en rata* [5], pues tienen la misma idea, aunque no idéntico desarrollo, y el del *Brahamán, el Niño y el Icneunon* [6], que es el del *Religioso y el Can* [7]. Por cierto que es en alto grado interesante hallar en el *Hitopadeza* un cuento como el del *Tintorero de Varanasi* [8], que suscita el recuerdo de una fábula que ha venido figurando como de Esopo, ya con el título de *Cane et Asino* en las versiones latinas, ya con el de *El Asno y la Perrilla* ó el de *El Asno y el Blanchete* en las versiones castellanas, porque si bien no son completamente iguales, en ambos se trata de un asno que por querer hacer lo mismo que el can, para congraciarse con el amo, obtiene, como pago de su indiscre-

(1) *Calila*, cap. III, pág. 23.
(2) *Hitopadeza*, Libro cuarto, pág. 130.
(3) *Calila*, cap. III, pág. 31.
(4) *Hitopadeza*, Libro cuarto, pág. 222.
(5) *Calila*, cap. VI, pág. 52.
(6) *Hitopadeza*, Libro cuarto, pág. 252.
(7) *Calila*, cap. VIII, pág. 57.
(8) *Hitopadeza*, Libro segundo, pág. 95.

ción, una paliza formidable. Esto lleva á pensar en la ardua tarea que supone toda cuestión de orígenes y en lo difícil que es determinar con acierto las fuentes de una obra, pues á lo mejor nos vemos sorprendidos por inesperadas relaciones y singulares coincidencias que nos desorientan y confunden, como sucede, por ejemplo, con una leyenda que también en el *Hitopadeza* se contiene, á saber: la de aquel Kandarpaketu, el aventurero que sale de su tierra á correr mundo y al cabo se desposa con la bella Ratnamañjari, quien le dice que si anhela poseerla siempre, es preciso que no toque jamás la imagen de Svarnarekha, prohibición que en el esposo despierta la curiosidad, hasta el punto de convertirla en irresistible deseo; cuando, impelido por él, llega á profanarla con su mano, la imagen le arroja de sí, Kandarpaketu pierde el sentido, y al recobrarle se ve de nuevo en su país, sin saber qué mágica fuerza le condujo, y tan pobre como antes de abandonar el suelo natal [1]. ¿Quién no tiene en las mientes el mito de *Psiquis y el Amor?*

(1) *Hitopadeza*, Libro segundo, pág. 121.

*
* *

Al mismo ciclo que *Calila* corresponde el *Libro de los engaños e los asayamientos de las mujeres*, traducción del árabe mandada hacer hacia 1233 por el Infante Don Fadrique. Es una versión del *Sendebar* con idea muy parecida á la de las *Mil y una noches*, y de mayor interés que el de *Calila*, acaso porque apunta en él un esbozo de mecanismo dramático, mediante el cual se tiene pendiente al lector, hasta el final del libro, de la vida ó muerte del infante, de las asechanzas de la madrastra y de la defensa que hacen del inocente cuanto calumniado mancebo los privados del monarca; conviene, no obstante, con *Calila* en que todo se resuelve en los *enxemplos* y en que éstos, pretendiendo concurrir á la acción principal, no consiguen sino hacerla desaparecer bajo una cargazón de episodios completamente ajenos á ella.

En lo que respecta á los orígenes de esta obra, no há mucho que el Sr. Bonilla trató de ellos con su acostumbrada competencia en el prólogo que puso á la edición con destino á la *Biblioteca Hispánica*, que dirige el notable

hispanófilo y literato Sr. Foulché Delbosc [1], y recientemente, el Sr. Menéndez y Pelayo ha escrito también sobre el asunto en sus *Orígenes de la novela* [2], diciendo cuanto por hoy se puede decir y saber en este particular.

Dos de los *enxemplos* del libro hállanse en *Calila e Dymna:* el del *Niño, el Perro y la Serpiente* [3], que ya hemos visto que viene del *Hitopadeza*, y el que cuenta el séptimo privado del *Palomo y de la Paloma* [4], que en *Calila* se titula *De las dos palomas, maslo e fembra* [5]. Marcadísimo es el carácter oriental de todos estos apólogos, y precisamente por ello llama la atención el último de la obra, ó sea el del *Deán, la Mujer y los Frailes*, que al lado de los otros, en que siempre se habla de personajes exóticos, reyes, mercaderes, infantes, sabios, adivinos y hechiceros, hace el efecto de un añadido colocado allí por el traductor castellano.

(1) *Libro de los engaños e los asayamientos de las mujeres;* publícalo Adolfo Bonilla y San Martín (*Bibliotheca Hispánica*). Barcelona, 1904.

(2) Pág. XXVII.

(3) *Engaños*, pág. 43; *Calila*, pág. 57.

(4) Pág. 48.

(5) Pág. 63.

***

El Infante D. Juan Manuel, el literato de regia estirpe que tan grande impulso imprimiera á las castellanas letras en el primer tercio del siglo XIV, no podía ser ajeno á este movimiento. Espíritu enciclopédico, por decirlo así, que abarcó ó aspiró á abarcar la mayor parte de los conocimientos de su época, hubo de fijarse en la forma novelesca que hacía su aparición en Castilla, y hasta intentó realizar la empresa de acomodarla á nuestras tradiciones. Tal creemos que es el fin que se propuso con *El Conde Lucanor*, obra en la que ni todo es traducido ni todo copiado, pues aunque el sistema, la trama y los personajes sean semejantes á los de *Calila e Dymna*, entre los *enxemplos*, como luego veremos, no solamente hay algunos que tienen orígenes distintos, sino que hay varios que están tomados de la historia de Castilla. De notar es también la influencia de Séneca en el pensamiento del Infante y su afición á la filosofía, perceptibles especialmente en los últimos capítulos, donde abundan las reflexiones de moral especulativa, que contrastan so-

bremanera con la concisión y hasta con la sequedad de los primeros cuentos de la obra.

D. Juan Manuel extrajo los apólogos de su libro de tres fuentes principales, á saber: de las fábulas de Esopo, de los cuentos de Oriente y de las Crónicas de los Reyes. Á los primeros asignamos, entre otros, el del *Cuervo y el Raposo* [1] y el de la *Golondrina con las otras aves* [2]. En cuanto á los segundos, nadie podrá poner en duda el acentuado gusto oriental de muchos de los de aquel libro, como el del *Golfín que sabia hacer alquimia* [3], el del *Rey que probó á sus tres hijos* [4] y el del *Rey moro de Sevilla y Romayquia* con sus extremos de fino amor y su poética leyenda de los almendros y los estanques [5]; el titulado *De lo que contesçio á doña Truhana* [6] es el que en el *Hitopadeza* se menciona del *brahaman Devarzarman* [7] (ambos basados en la

(1) *El Libro de Patronio ó El Conde Lucanor.* (Edición de E. Krapf.) Vigo, 1902. Cap. V.

(2) Idem, cap. VI.

(3) Idem, cap. XX.

(4) Idem, cap. XXIV.

(5) Idem, cap. XXXI.

(6) Idem, cap. VII.

(7) *Hitopadeza*, Libro tercero, pág. 225.

idea de *La Lechera);* el *De lo que contesçio á uno que probaba sus amigos* [1] es el de la Fábula I de *Disciplina Clericalis,* y el *De lo que contesçio a un ome bueno con su fijo, castigándolo* [2], es idéntico al que el literato inglés Nicolás Bozon escribió en lengua francesa con el título *Le Père, le Fils et l'Ane.* En fin, en este grupo han de incluirse además algunos apólogos que habían de renacer en la literatura del siglo XVII, como son el *del hombre que comía altramuces* [3], cuyo pensamiento es el que con maravillosa sobriedad se desenvuelve en la célebre décima calderoniana

Cuentan de un sabio que un día, etc.,

el del *Rey y los tres omes burladores* [4], con análogo argumento al del entremés atribuído á Cervantes y titulado *El retablo de las mara-*

(1) *Conde Lucanor*, cap. XLVIII (bis). Sin embargo, más que con la versión de *Disciplina Clericalis*, se conforma con la de *Gesta Romanorum*, donde también hállase este cuento. (Ed. cit., cap. 129, *De amicitie vere probacione*, página 483.)

(2) Idem, cap. II.

(3) Idem, cap. X.

(4) Idem, cap. XXXIII.

villas, y el *De la honra de este mundo*, etc. [1], incompleto por desventura, pero que tiene el mismo asunto que el gran Calderón siguió paso á paso en *La vida es sueño*.

Al lado de estos cuentos orientales hay otros que, aun cuando tengan el propio origen, están acomodados á las costumbres y ambiente castellanos: tal sucede con el del *Deán y Don Illán* [2], que parece de las *Mil y una noches* por su fondo, pero de cepa castellana por su gracejo, y con el del *Lombardo y el tesoro* [3]. Verdad es que quien, como el Infante, había dedicado parte de su tiempo á relatar los acontecimientos de nuestra historia, en su *Crónica abreviada* no necesitaba acudir á extraños países para dar con los personajes de sus *enxemplos*, y el haberlos hallado es precisamente uno de los mayores méritos del *Conde Lucanor*, pues nadie que sepamos, hasta Don Juan Manuel, hizo este trabajo de adaptación del sistema literario de los libros orientales á los hechos y á los héroes que le eran familiares. Así habrá de reconocerlo el

(1) *Conde Lucanor*, cap. LIV.
(2) Idem, cap. XI.
(3) Idem, cap. XIII.

que haya reparado en cuentos como el *De la bondat que fecieron tres caballeros del Rey Don Fernando* [1]; el de la *respuesta* del mismo rey [2]; el de *Don Pedro Meléndez* [3]; el popularísimo de *moros y cristianos* [4]; el de *los canónigos y los frailes de San Francisco* [5], que tiene el sabor, no ya de los castizos del siglo XVII, sino el de los volterianos de últimos del XVIII; el del *Conde Fernán González* [6] y el del *Conde Don Rodrigo el Franco* [7], tan genuinamente español por los sentimientos que en él laten acerca de la fidelidad y por sus constantes alusiones á Castilla.

Es, por tanto, *El Conde Lucanor* el primer libro castellano en su género, quizá el único de aquel tiempo, cuyo autor hizo gala de ideas y de carácter propios, lo cual explica la gran fama de que gozó y de que goza todavía entre los amantes de las patrias letras.

(1) *Conde Lucanor*, cap. XV.
(2) Idem, cap. XVI.
(3) Idem, cap. XVIII.
(4) Idem, cap. XXIX.
(5) Idem, cap. XXXII.
(6) Idem, cap. XL.
(7) Idem, cap. XLVII.

2

COLECCIONES DE *ENXEMPLOS*

Precedentes: la *Disciplina Clericalis*.—El *Libro de los Gatos*.—El *Libro de los Enxemplos*.

De la boga que en los siglos XIII y XIV alcanzaron los apólogos ó *enxemplos* es prueba patente el hecho de que esos acarreadores que nunca faltan, ni deben faltar, en toda literatura bien organizada, reuniesen en sendos volúmenes cuentos y fábulas, en forma de verdaderas colecciones. Como tales han de ser tenidas las obras que llevan por título *Libro de los Gatos* y *Libro de los Enxemplos*, obras que, en rigor, pudiéramos omitir en este resumen, ya que son posteriores al Arcipreste de Hita. Sin embargo, nos ha movido á consignarlas la consideración, por lo que se refiere al *Libro de los Gatos*, de que nada se opone á que el Arcipreste le conociese en la versión francesa, y en cuanto al *Libro de los Enxemplos* por ser el primero de esta especie de que hay noticia, escrito en su lengua por un autor castellano.

Muy frecuentes eran entonces tales colec-

ciones, y la circunstancia de que las primitivas se hiciesen en latín y aun el título de algunas de ellas, indican que en su origen se destinaban á los clérigos, á quienes proporcionaron poderoso auxilio en la preparación de sus pláticas y homilías. Utilizáronse después para las obras literarias, y por eso la *Disciplina Clericalis*, el *Gesta Romanorum* y el *Speculum laicorum* fueron libros de fama universal en la Edad Media y explotados en gran manera por literatos y predicadores.

No vacilamos en asegurar que el más célebre de todos ellos fué la *Disciplina Clericalis*, de Pedro Alfonso, judío converso español, apadrinado por Don Alfonso el Batallador al recibir el agua del bautismo. Su obra, según se declara en el proemio, es una compilación compuesta en parte «*ex proverbiis philosophorum, et suis castigationibus arabicis, et fabulis, et versibus, partim ex animalium et volucrum similitudinibus*» [1], si bien hasta ahora no haya sido posible dar con el texto ó textos árabes que al autor sirvieron en su labor literaria [2].

(1) *Disciplina Clericalis*, edición citada, pág. 6.

(2) Sin embargo, el literato chileno D. E. de la Barra ha resuelto la cuestión de plano, afirmando que el *Sendebar*

La obra circuló profusamente por Europa; en los siglos XIV y XV hiciéronse en Francia dos versiones, la una en forma rimada con el nombre de *Le Chastoiement d'un Père à son Fils*, y la otra en prosa con el título de *La Discipline de Clergie;* la primera no debió de ser la única en su clase, por cuanto Mr. J. Labouderie, en su *Notice sur Pierre Alphonse et sur ses ouvrages,* puesta al frente de la edición de *Disciplina Clericalis* de París (1824), dice que el *Chastoiement* impreso en 1760 en los *Fabliaux* de Barbazan, difiere completamente del que él publicó en sus *Mélanges;* y Mr. Méon afirma que la versión por él utilizada en 1808 está escrita por otro poeta distinto del que escri-

«se vertió libremente al latín con el nombre de *Disciplina* »*Clericalis* por Pedro Alfonso». (Véase su obra *Las fábulas de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, restauradas por E. de la Barra*, Santiago de Chile, 1898, pág. 33.) No sabemos en lo que el señor de la Barra apoyará aquella afirmación, ya que se calló las razones que tuvo para hacerla; pero creemos, desde luego, que no ha sido en el cotejo de ambos libros. No menos estupenda es la noticia que da en la misma obra, referente a la *versión castellana* de la *Disciplina*, pues asegura que fué traducida á nuestro idioma «de orden de Don Fadrique, hijo del rey San Fernando» (pág. 33). Sería curiosísimo averiguar quién fué el bellaco que de tal modo logró sorprender la buena fe del ilustre chileno.

bió el *Chastoiement* seguido por Barbazan y tomado de un manuscrito de la Abadía de Saint-Germain [1]. En Inglaterra se conoció también la coleccion de Pedro Alfonso, pues el cuento de Nicolás Bozon *Les trois compagnons* es el de la Fábula XVII de *Disciplina Clericalis*. Inútil será decir que en España no hubo literato de la Edad Media que no se aprovechase de estos apólogos, los cuales llegaron á ser tan vulgares, que alguno de ellos, conservado en la mente del pueblo, estaba llamado á perpetuarse en la obra inmortal de nuestra literatura: el de la Fábula X es, en efecto, el cuento de las cabras de Sancho [2].

***

Las *Narrations* del literato inglés Odo de

(1) *Disciplina Clericalis, Notice, etc.*, pág. XII, y *Chastoiement d'un Père à son Fils*, Paris (Rignoux), MDCCCXXIV, Préface, pág. I.

(2) Indudablemente esta colección fué una de las primitivas y anterior desde luego á *Gesta Romanorum*, como lo demuestra, entre otras circunstancias, la cita de Pedro Alfonso que se hace en esta última obra: «Refert Petrus Alphonsus, quod erant duo milites..., etc.» (Ed. cit., cap. 171, *De dilectione et fidelitate nimia et quod veritas a morte liberat*, página 560, que es el mismo de la Fábula II de *Disciplina*.—Edic. cit. pág. 16.)

Cheriton fueron traducidas al francés en el siglo XIII, y al castellano á últimos del XIV ó principios del XV, con el nombre de *Libro de los Gatos*. Es una de las colecciones más originales, aun cuando las fábulas de Esopo y los cuentos árabes pagasen su inevitable tributo: así puede verse en los apólogos del *Lobo con la Cigüeña*, el *de los mures*, el del *Asno con el homme bueno*, etc.[1] Estas fábulas se hallan en el libro, como en todos los demás de la época, parafraseadas y hasta alteradas, lo cual es indicio de las muchas versiones que de ellas existieron por entonces. Llama también la atención que los *enxemplos* de esta obra vayan en su mayor parte dirigidos á censurar con sin igual rigor las costumbres de clérigos y frailes; pero esto quizá se explique teniendo en cuenta que fué fraile el escritor inglés á quien la colección se debe.

***

El *Libro de los Enxemplos*, del mismo tiempo que la traducción anterior, escrito por el Arcediano de Valderas Clemente Sánchez de

(1) *Libro de los Gatos* (B. de AA. E.), II, XII y XXIV.

Bercial [1], es el prototipo de esta clase de centones, pues para que nada falte en él que le caracterice de exclusiva compilación, hasta cuidó el autor de clasificar los cuentos por materias (la *penitencia*, el *consejo*, el *hábito*, la *castidad*, las *riquezas*, la *limosna*, etc.); y no contento con esto, y para hacer más fácil el manejo de su obra, estableció el orden alfabético en las primeras palabras del dístico latino puesto al frente de cada uno de los apólogos, y así, empezando con *Confessio*, termina con *Xpto.* [2].

(1) Mr. Morel Fatio descubrió el autor de esta obra, juntamente con setenta y un *enxemplos* que no figuran en el códice que sirvió para hacer la edición de la B. de AA. E., y los cuales fueron publicados en la revista *Romania* en el año 1878.

(2) Prueba de ello es que el códice que reprodujo el señor Morel Fatio titúlase *El Libro de los Exemplos por A, B, C;* en la dedicatoria también se hace constar esta circunstancia, y se deduce de sus palabras que antes que en castellano, el autor compuso la obra en latín; en efecto, dice lo siguiente:

«Por quanto en el libro que yo conpuse para tu enfor-»macion, que puse nonbre *Compendium censure*, en fin del »te escreui que prpponia de copilar un libro de exenplos »por *a, b, c*, e despues reduçirle en romançe, porque non »solamente a tí, mas aun á los que no saben latin fuese »solaz.....», etc.

Las últimas fábulas de la edición de la *Biblioteca de Au-*

Numerosísimas son las fuentes de este libro, como es fácil comprobar por las obras citadas en el texto. Los *enxemplos* están tomados del *Diálogo* de San Gregorio I, cuyas traducciones á las lenguas romances principian á hacerse en el siglo XII; de los *Dictorum factorumque memorabilium*, de Valerio Máximo; de *Gesta Romanorum;* de los *Fechos de los Angeles*, del venerable Beda; de la *Estoria tripartita*, del obispo Spiridio; de *Las Trufas de los pleitos de Julio César;* de las obras de Séneca; de las *Vidas de los Santos Padres;* de las *Antigüedades*, de Josefo: del *Suenno de Scipión*, de Macróbio; del *Libro de las Naturas*, de Rabanus Maurus, escritor del siglo IX; de las *Etimologías*, de San Isidoro; del *Libro de las Animalias*, que, por la cuenta, sería algún *Bestiario* como los de Felipe de Thaon, Guillermo Le Clerc ó Ricardo de Fournival; y, en fin, de la *Disciplina Clericalis*, libro en el que á duras penas podrá hallarse una fábula que no haya sido trasladada al *Libro de los Enxemplos* [1].

tores Españoles, en las cuales no se observa el orden mencionado, fueron sin duda alguna añadidas al códice del Escorial.

(1) Véanse, entre otras, las siguientes: *Disciplina*, *Fabula* III, *Enxemplos* CXII y CXXVIII. = *Disc.*, IV, *En-*

3

OBRAS DOCTRINALES

Carácter de estas obras.—*Castigos e documentos del Rey Don Sancho.* — Obras del Infante Don Juan Manuel: *Libro del Caballero et del Escudero; Libro de los estados.*

Por tres libros principales está representado este grupo: los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho* y las dos obras del Infante Don Juan Manuel tituladas *Libro del Caballero et del Escudero* y *Libro de los estados.*

Todos ellos coinciden en ser verdaderas *enciclopedias*, en las que con cierta tendencia pedagógica háblase de lo divino y de lo humano, ya con pretexto de la educación de un príncipe ó de un caballero novel, ya con otro por el estilo, género que tuvo por precedente el *Elucidarium*, de Honorato de Bor-

xemplo CCXLVII.=*Disc.*, V., *Enx.* XIII.=*Disc.*, VII, *Enxemplo* L.=*Disc.*, VIII, *Enx.* XCI.=*Disc.*, X, *Enxemplo* LXXXV.=*Disc.* XII, *Enx.* CCXXXV.=*Disc.*, XIII, *Enxemplo* XCII.=*Disc.*, XVIII, *Enx.* XXXI.=*Disc.*, XX, *Enxemplo* LIII.=*Disc.*, XXI, *Enx.* CCCVII.=*Disc.*, XXII, *Enx.* VII.=*Disc.*, XXV, *Enx.* CXXIV.=*Disc.*, XXVIII, *Enx.*, XXX, etc., etc.

goña, mil veces traducido, arreglado y plagiado en italiano, en castellano y en francés. En el inventario de la biblioteca del Rey Don Martín de Aragón, muerto en 1410, figura con el núm. 99 «un altre livre appelat *Lucidari* en cathalá», y con el núm. 14 un «*Compendi en romanç*», que por comenzar con las palabras «Aquest es lo compendi de la conexença», imaginamos que había de tener mucha relación con las obras que quedan citadas [1], como sin duda la tienen también con el tratado *De Regime Principum*, compuesto por Egidio Colona en el siglo XIV.

***

Los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho* es el primero ó uno de los primeros libros de esta clase que se escribieron en Castilla, y en él vemos expuestas muy diversas materias, como los puntos fundamentales de la doctrina cristiana, las virtudes y vicios de los hombres, las costumbres de los reyes, el

(1) I. Massó Torrents: *Inventari dels bens mobles del Rey Martí d'Aragó*, artículo publicado en la *Revue Hispanique*, 1905, tomo XII, núm. 42, pág. 413.

comportamiento de éstos para sí, para los suyos y para sus vasallos, determinado con tanta ó con mayor minuciosidad que la que emplearon al hablar de este asunto los autores de las *Partidas,* el estado y conducta de los clérigos, etc., etc., siendo de notar que con ocasión de dichas cuestiones despliega el autor de la obra, quienquiera que fuese, un gran aparato de erudición, pues por lo visto le eran familiares Aristóteles y Plotino, Cicerón y Catón, Horacio y Virgilio, Macrobio, Valerio Máximo, Vejecio, Boecio, Séneca y Hugo, Orígenes y Eusebio de Cesarea, San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio, San Jerónimo, San Nepociano, San Bernardo y San Anselmo, poseyendo, por tanto, casi toda la cultura de su época en lo que se refería á Moral, Filosofía, Historia y lugares teológicos y de la Sagrada Escritura. Bien es verdad que ya por entonces no hubieran necesitado algunos escritores de las lecciones de Cadalso para sabérselas arreglar á maravilla en todo aquello que á la apariencia de erudición concierne, porque disponian, no de uno, sino de muchos á modo de manuales que les daban hecho en dos palotes cuanto

les fuera menester para auxiliarse en sus discursos; así lo indican algunos de los libros que se enumeran en el mencionado *Inventario* del Rey Martín, tales como el *Compendi*, el de los *Dits de divers filosofs*, la *Summa Istoriarum*, un *Valero Maximo en castellá* y otros de este jaez no menos sospechosos.

Muchos de los puntos examinados en los *Castigos e documentos* acláranse por medio de *enxemplos*, y excusado es decir que algunos de éstos se encuentran en obras anteriores, aunque, por regla general, el autor del libro los buscó en la Sagrada Escritura, en las obras de los Santos Padres, en las Vidas de los Santos y en los historiadores griegos y romanos.

***

El género de que nos ocupamos halló en el Infante Don Juan Manuel un entusiasta cultivador.

Fué el Infante uno de los espíritus más activos de su época y personaje que nos ofrece en cifra el carácter de su siglo. Lo mismo acudía á estudiar y seguir con próspera fortuna y peregrino acierto las nuevas tenden-

cias literarias que en su tiempo se iniciaron, que á tomar una parte principal en las tremendas agitaciones de la minoridad y primeros años del reinado de Don Alfonso XI (en contra del Rey, por supuesto), fomentando el estado anárquico de Castilla con todas las fuerzas y recursos que pudo poner en juego para la empresa. Acaso concibió la idea del *Caballero* y *del Escudero* mientras corría la tierra de Guadalajara y se mandaba á *desnaturar* del Rey, y quizá había puesto ya la pluma sobre los primeros pliegos de *El Conde Lucanor* cuando quiso taimadamente, y casi rayando en lo bellaco, tornar en su provecho el mensaje que Alvar Núñez le envió desde Belver, para sacar el dinero al Conde muy gentilmente y hacerle pagar un tanto cara su amistad y protección; lo cual no era obstáculo para que al regresar á su cámara de estudio enderezase elocuentes y cristianos párrafos sobre las virtudes y costumbres, diese excelentes y útiles consejos á los reyes y á los príncipes y hablase con místico convencimiento de lo fugaz de las glorias humanas y de lo deleznable de las vanidades del mundo.

Su *Libro del Caballero et del Escudero* es un compendio de casi todos los conocimientos de su época, en el que puede apreciarse por modo muy exacto el aspecto intelectual del primer tercio del siglo XIV. Allí se habla de cuanto hay que hablar, desde la naturaleza de Dios y de los ángeles, hasta de las diferentes clases de plantas y minerales; del mar y de la tierra, del hombre y de los brutos, de los elementos y de los planetas; valiéndonos de una locución moderna, diríamos que es una obra de vulgarización, porque aun cuando con ella se tiende á dar una enseñanza enciclopédica de muchas materias, hácese sin ninguna ostentación científica, antes bien, previniendo repetidamente que aquéllas requieren largo tiempo de trabajo y deben ser objeto de las correspondientes ciencias particulares, de las que el autor del libro no hizo otra cosa que entresacar lo que bastaba para la educación de un caballero, ó sea lo indispensable para que á un hombre le fuese posible andar medianamente aviado por el mundo.

Análogo al anterior es el *Libro de los estados,* parecido al *Blanquerza,* de Raimundo

Lulio, *maremagnum* de cuestiones ó tratado de *omni re scibili*. El argumento de la obra es la catequización de un príncipe pagano, de lo que toma pié el autor para hablar, en la primera parte, de todo lo referente á la fe católica, y presentar en una discusión entre el príncipe y el catequista Julio los más importantes extremos de la religión cristiana, llegando á las altas esferas teológicas con las pruebas de la existencia de Dios, del alma y del libre albedrío, asunto que recuerda otra obra de Pedro Alfonso, asimismo de suasoria cristiana, donde se exponen los principios de la doctrina en forma de diálogo que sostiene el autor con un hebreo llamado Moisés [1]. Examina después D. Juan Manuel alguno de los graves problemas políticos de su siglo, como eran la elección del Rey de Romanos y los conflictos que pudieran motivarse entre éste y el Papa por causa de la confirmación, concluyendo dicha primera

(1) *Petri Alfonsi, ex judæo christiani, Dialogi in quibus impiæ Judæorum opiniones evidentissimis cum naturalis, tum cælestis philosophiæ argumentis confutantur, quædamque prophetarum abstrusiora loca explicantur*. J.-P. Migne, *Patrologiæ cursus completus*, Parisiis, 1898, tomo CLVII, pág. 535.

parte con lo que respecta al estado de los seglares, desde el Emperador hasta el lacayo, pero no sin antes haber hablado muy por extenso de las relaciones de vasallaje, de las obligaciones de los monarcas, de cómo éstos deben invertir el tiempo en cada uno de los días de la semana y en cada una de las horas del día y hasta de la noche, porque, no satisfecho con señalarles la ocupación cotidiana, les dice también lo que han de pensar y hacer en el caso de que el insomnio les niegue el descanso nocturno. La segunda parte, en fin, atañe al estado de los clérigos, empezando por el Papa y acabando por el humilde capellán, dedicándose más de la mitad de ella á explicar la Pasión y Muerte de Jesucristo.

El libro, como el del *Caballero et del Escudero*, pone de manifiesto el gran progreso que la prosa castellana había alcanzado en menos de un siglo que media entre él y *Calila e Dymna;* su estilo es severo, al par que sencillo, y el autor desdeña el empleo de los *enxemplos*, tal vez por reputar la materia lo suficientemente elevada para no empequeñecerla con el uso de los apólogos, propios de las obras de mero pasatiempo.

***

Con esto terminamos la presente *Introducción*, acaso demasiado extensa si atendemos á su modesto objeto, pero sin duda rapidísima é incompleta si se tiene en cuenta el interés de la época que en ella se estudia, en la cual se desenvuelve la portentosa infancia del lenguaje de Castilla y da sus pasos primeros nuestra Literatura inmortal.

PRIMERA PARTE

JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA

PRIMERA PARTE

JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA

CAPÍTULO PRIMERO

ÉPOCA Y PATRIA DEL ARCIPRESTE

Son pocas, por desdicha, las noticias que de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, han llegado hasta nosotros, pues se reducen á las que quiso dar el insigne escritor en el único libro suyo respetado por los siglos.

Se cree generalmente que el Arcipreste debió de nacer en los últimos años del XIII y morir en la primera mitad del XIV, ateniéndose á los datos que aparecen en el *Libro de Buen Amor*, al tiempo en que fué Arzobispo de Toledo Don Gil de Albornoz, por cuyo mandado estuvo preso el poeta, y á la fecha de 1351, año posterior al citado por Juan

Ruiz, y en el que desempeñaba ya el Arciprestazgo de Hita un tal Pedro Fernández.

En efecto: de los tres códices conocidos del *Libro de Buen Amor* [1], el principal, que es el de Salamanca, dice en la última de las estrofas que pueden estimarse como pertenecientes á la obra:

Era de mill e tresientos e ochenta e un años
fué compuesto el romançe [2],

lo cual, caso de no estar equivocado el copista que hizo el manuscristo á fines del XIV ó

(1) Estos códices son los siguientes: 1.° El *códice de Salamanca*, llamado así porque perteneció al Colegio Mayor de San Bartolomé (de Salamanca); manuscrito de últimos del XIV ó principios del XV existente en la Biblioteca Real. 2.° El *códice de Gayoso*, que por haberle poseído este señor se conoce con tal nombre: el manuscrito es de 1389 y se halla actualmente en la Biblioteca de la Real Academia Española; y 3.° El *códice de Toledo*, de la misma época que el anterior, que, procedente de la Catedral de aquella ciudad, consérvase en la Biblioteca Nacional.

En un manuscrito de la Biblioteca Real hay también un fragmento del libro del Arcipreste.

(2) Est. 1.634. — Las citas del *Libro de Buen Amor* las haremos con referencia á la esmeradísima y concienzuda edición paleográfica de Mr. Jean Ducamin (*Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Libro de Buen Amor. Texte du XIV° siècle publié pour la première fois, avec les leçons des trois manuscrits connus, par Jean Ducamin Toulouse. 1901*).

principios del XV, demostraría que el Arcipreste terminó su obra en el año 1343.

Recuerda el distinguido literato inglés Mr. Fitzmaurice-Kelly [1] que cierto Francisco de Torres [2] aseguró que el Arcipreste vivía aún en Guadalajara en el año 1410, y añade que tal fecha es incompatible con algunos hechos averiguados de su vida, puesto que Don Gil «ocupó la Sede por los años »de 1337 á 1367, y otro clérigo, llamado »Pedro Fernández, fué Arcipreste de Hita »en 1351» [3]. Bueno será también hacer constar que aun cuando el Arzobispo Don Gil murió en 1368, hacía diez y siete años que estaba desterrado de España, de donde tuvo que emigrar por graves diferencias con Don Pedro I de Castilla, refugiándose en Aviñón y acabando sus días en Viterbo. En cuanto á la fecha de 28 de Julio de 1351, escrita al pie del

(1) *Ob. cit.*, páginas 115 y 116.

(2) Este Francisco de Torres fué el autor de la *Historia de Guadalajara*, manuscrito citado por D. Tomás Antonio Sánchez en su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, y después en el tomo LVII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, donde se reimprimieron las noticias bibliográficas de aquella *Colección*.

(3) *Ob. cit.* Nota (1) de la pág. 116.

último *cantar de ciegos* del códice de Gayoso [1], no quiere decir que el Arcipreste le concluyese ese día, pues la nota en que se cita es uno de tantos colofones de los que acostumbraban poner los copistas en sus manuscritos [2].

Como en la estrofa 493 del *Libro de Buen Amor* se lee

Yo vi en corte de Roma, etc.,

quizá se dedujese de ello que, si realmente estuvo en Roma el Arcipreste, contaría por

(1) El *cantar de ciegos* menciona la fecha consignada en el texto. Véase la cit. ob. de Ducamin, pág. 330.

(2) Este colofón dice así: «Fenito libro graçias á domi»no nostro jesu xpristo; este libro = fué acabado jue»ues XXIII dias de jullio del = año del Nasçimiento del »nuestro salvador jesu xpristo = de mill e tresientos e »ochenta e nueue años».

Obsérvese que en esta nota se dice «Fenito *libro*», pues aunque en el códice de Gayoso esté al pie del segundo *cantar de ciegos*, es sencillamente porque tal cantar es la última poesía que figura en el códice; de modo que, de suponer que la fecha fué puesta por el Arcipreste, habría que deducir que, no el cantar, sino el libro fué terminado en el año 1351 No cabe duda de que dicho colofón es obra del copista, análogo al que se lee al fin del códice de Salamanca, y que dice: «Este es el libro del arçipreste de Hita »el qual compuso seyendo preso por mandado del cardenal »don Gil, arçobispo de Toledo. Laus tibi xpriste quem li»ber explicit iste. Alffonus Peratinen». Y, sin embargo,

entonces diez y nueve ó veinte años cuando menos, y habiéndose trasladado á Aviñón la Sede pontificia en 1309, quizá también fuera posible fijar la época del nacimiento del Arcipreste hacia el 89 ó 90 del siglo XIII. Este argumento, sin embargo, no tiene fuerza alguna; con las frases *Corte*, *Iglesia* y *Casa de Roma*, se quería dar á entender la residencia del Pontífice, hasta cuando se hallaba en Aviñón, y así vemos que en la *Crónica del Rey Don Alfonso el Onceno* consígnase en un pasaje que «el Papa Joan que era en aquel »tiempo [que] moraba en la ciubdat de Aviñón, »dijo que non podia ser Emperador (el Duque »de Baviera) sin conseñamiento de la *Iglesia*

aunque así termine el códice salmantino, no termina del mismo modo el *Libro de Buen Amor* que en él se contiene, sino de este otro:

Era de mill e tresientos e ochenta e un años
fue conpuesto el rromançe, por muchos males e daños
que fasen muchos e muchas á otras con sus engaños
e por mostrar a los synples fablas e versos estraños.

Lo cual demuestra que este final, que también se ve en el códice de Toledo, fué escrito por el Arcipreste, y que el colofón anterior le escribió el copista al pie de un códice en que, á más del *Libro de Buen Amor*, se habían insertado algunas otras composiciones poéticas de Juan Ruiz.

»*de Roma*» [1]; en otro, refiriéndose á la tregua que pusieron entre sí los reyes de Francia é Inglaterra (año 1343), se escribe que los tratos habían de hacerse «en *corte de Roma* á día »cierto» [2], y en el *Poema de Alfonso Onceno*, hablándose de hechos que se verificaban después del traslado de los Papas á la ciudad francesa, leemos

la santa *casa de Roma*
sirven muy de voluntad [3].

Resulta, pues, que los datos que acerca de la época del Arcipreste pueden darse como exactos son: 1.°, que su libro fué terminado el año 1343; 2.°, que el Arcipreste estuvo preso, según él mismo nos dice y confirma, unos cincuenta años más tarde (en que no es de creer que se hubiera borrado su memoria), el copista del códice de Salamanca, quien ade-

(1) *Crónica del Rey Don Alfonso el Onceno de este nombre, de los Reyes que regnaron en Castilla y en Leon.* Segunda edición. Madrid (Sancha). Año de MDCCLXXXVII. Capítulo LXXXII.

(2) *Id.*, cap. CCCX.

(3) *Poema de Alfonso Onceno, Rey de Castilla y de Leon*, con noticias y observaciones de Florencio Janer. Madrid (Rivadeneyra), 1863. Est. 1.096.

más agrega que se le prendió por mandado de Don Gil; y 3.°, que esta prisión no pudo ser posterior á 1350, porque en este año salió el Arzobispo de España para no volver sino muerto, cuando en cumplimiento de su disposición testamentaria fueron conducidos sus restos desde Viterbo á la iglesia de Toledo.

La experiencia de la vida que Juan Ruiz muestra en el transcurso de su libro, sus ideas, á veces pesimistas, su constante humorismo, nos indican claramente que cuando le dió fin, estaba tocando en los umbrales de la vejez; si esto es así, no será aventurado presumir que, ya que no en tiempos de Don Alfonso X, como algunos han supuesto, nació en los últimos días del reinado de Don Sancho IV ó en los primeros de su hijo Don Fernando, caso en el cual, en 1343 frisaría en los sesenta años de su edad.

***

Es general la creencia de que Juan Ruiz fué natural de Alcalá de Henares, aun cuando para apoyarla no haya más que un testimo-

nio harto controvertible, á saber: el verso del *Libro de Buen Amor,* citado por todos cuantos se han ocupado en este asunto,

Fija, mucho vos saluda uno *que es de Alcalá* [1],

palabras que Trotaconventos dirige á la Mora cuando va á llevarle el mensaje. Sin embargo, admitirlo así sin otra discusión, equivaldría á dar por averiguado que el Arcipreste, al escribir los cuentos de su libro, quiso hacer una verdadera historia de su vida y pasar como protagonista de aquellos episodios, extremo que, como pronto hemos de ver, no está tan fuera de duda que sea lícito recibirle como cierto sin incurrir en censurable ligereza. Otros, sin textos más fidedignos, sostienen que Juan Ruiz fué de Guadalajara: mas lo único que puede afirmarse es que en la obra no hay noticias fehacientes sobre este punto, y que han desaparecido ó no se han encontrado todavía las que existiesen ó existan en otros sitios.

No obstante, es inconcuso que el Arcipreste nació, ó por lo menos residió casi toda su vida en tierra de Castilla la Nueva, á juzgar

(1) Est. 1.510.

por el ambiente de su obra y por las referencias á los lugares que conocía. De Toledo habla con insistencia; cita el río Henares en una de sus estrofas [1]; la cordillera del Guadarrama halla también mención en aquel originalísimo pasaje de la corrida de la Sierra, en la que colocó el escenario de varias aventuras: allí vemos los nombres de *Lozoya* [2], de *Sotos Albos* [3], de *Ferreros* [4], de *Riofrío* [5] y de *El Vado* [6], es decir, de los pueblos enclavados en la divisoria de ambas Casti-

(1) Por amor de esta dueña fis trovas e cantares
sembré avena loca *ribera de Henares*. (Est. 170.)

(2) «pasado el *puerto de Loçoya*.....» (Est. 951). En el códice léese *Lacayo*, pero indudablemente es una errata del copista, porque más adelante se dice:
«mas non vine por *Loçoya*». (Est. 974.)

(3) ..... vome fasia *Sotos Albos*». (Est. 960.) La aldea de *Sotosalbos* es de la provincia de Segovia.

(4) «llegué con el sol tenplano al aldea de Ferreros»
(Est. 985)
que será *Otero de Herreros* ó *San Pedro de Herreros*, ambos de la provincia de Segovia.

(5) «Gadea de *Riofrío*». (Est. 987.)

(6) «Cerca de aquesta Sierra, hay un logar honrado
»muy santo e muy devoto, Santa Maria *del Vado;*»
(Est. 1.044.)

El Vado, es, en efecto, otro pueblo de la provincia de Segovia.

llas. Pero aunque así no fuese, proclamarían el origen castellano del Arcipreste la pureza de su decir, su léxico abundantísimo y el gracejo incomparable de su frase, señales evidentes de que aquel que tales y tan gallardas dotes reunía, fué nacido y educado en el centro donde se acrisolaba nuestro idioma, tierra privilegiada de grandes literatos que doscientos años después habían de admirar al mundo con su ingenio.

CAPÍTULO II

LOS TIEMPOS DEL ARCIPRESTE

El olvido, tantas veces injusto con los hombres, ha borrado implacable la memoria de los primeros años y juventud del Arcipreste, salido, á no dudar, de las clases populares, de oscuro origen y de plebeya cuna, y, con tal memoria, el recuerdo del calvario que tendría que recorrer en los comienzos de su carrera eclesiástica, quizá arrinconado en alguna miserable aldea de la Sierra, cuya estrechez le haría ver como Primacía de las Españas el Arciprestazgo de Hita que alcanzó en el ocaso de su vida.

Cuando de ella principiase á darse alguna cuenta, en los postreros días de Don Fernando IV ó en los primeros de Don Alfonso XI, el espectáculo que halló á su alrededor no podía ser más lamentable, ni los ejemplos que por dondequiera se observaban más contrarios á la disciplina social. Acaso era mozo

cuando el tremendo pleito mantenido por los tutores de Don Alfonso fué la causa de que hubiera dos Estados en Castilla, y vería cómo los pueblos, presa del terror que tal situación anárquica llevaba á sus hogares, obedecían á los unos ó á los otros según la mayor ó menor proximidad de las huestes respectivas. Cumplidos tendría los veinte años al tiempo en que Don Juan Manuel, el autor del *Conde Lucanor*, creyéndose despojado en sus derechos con motivo de la famosa venta de villas que Doña Blanca de Portugal hizo en favor de Don Pedro, corrió la tierra de Guadalajara, y acaso sería testigo presencial de aquella hazaña de bandidos que, capitaneados por el ilustre infante, robaron y saquearon los pueblos á mansalva [1]. Más de una perdida consideración le sugeriría á su temperamento crítico el hecho que Castilla contemplaba un año después, viendo erigirse otro poder frente al del Rey, gracias al pacto de Don Juan y Don Fernando, quienes junta-

(1) La *Crónica del Rey Don Alfonso el Onceno*, antes citada, dice que el Infante Don Juan Manuel «robó et fizo »mucho mal et mucho daño en todos esos logares». Cap. X, página 26.

dos en Burgos con los Concejos y no contentos con haber echado siete servicios sobre la tierra, osaron prohibir que los rieptos y querellas fuesen en alzada al tribunal del Monarca; sucesos todos que, á pesar de su gravedad, no eran sino el anuncio de lo que había de ocurrir cuando á la muerte de Doña María de Molina quedó Don Alfonso, niño entonces de unos cinco años, entregado indefenso á las ambiciones y á los odios de los magnates, que vivian «de robos et de tomas que facían »en la tierra». A imitación de ellos, los vecinos de las villas y aldeas estaban también en bandos divididos, y aun hubo algunos que, cansados de tanto oprobio y anticipándose en dos siglos al ejemplo de los Comuneros, levantáronse «á voz de comun et mataron »algunos de los que los apremiaban, et toma»ron et destroyeron todos sus algos» [1], revancha sangrienta cuyo relato recuerda el trágico episodio de *Fuente Ovejuna* que el gran Lope llevó á la patria escena, pero explicable, en verdad, porque, según la *Crónica*, ni se hacía justicia, ni derecho, ni los viandantes se aventuraban á ir por los cami-

(1) *Crónica del Rey Don Alfonso el Onceno,* cap. XL.

nos, sino bien armados y en compañía, siendo el robo, el hurto, el asesinato y los daños de todas clases cosas ordinarias de las que ya nadie se extrañaba.

En tal medio social transcurrió la juventud de Juan Ruiz, circunstancia que bien pudo contribuir á formar el fondo, á veces pesimista y siempre indisciplinado, de su carácter.

Quizá viese también de cerca, hombre ya de treinta y tantos años, aquellos primeros intentos del Rey para reivindicar sus fueros y prerrogativas contra los poderosos de su tierra, y la manera que éstos tuvieron de responder á intentos tales, cercándole á Escalona, no dejándole entrar en Valladolid, y poniendo al poder real en tan graves aprietos, no sólo en Castilla, sino en los demás reinos de España, que fué preciso que los monarcas hiciesen ligas y pactos con el fin de resistir el empuje de los nobles, por el estilo de aquel que en 1327 suscribieron los reyes de Castilla, de Aragón y de Portugal. Del mismo modo vería cómo los patrióticos deseos de Don Alfonso XI de proseguir la reconquista se frustran y desbaratan no bien

puestos en práctica, porque tuvo que otorgar una tregua al rey de Granada para volver desde Sevilla al interior del reino, donde el Infante Don Juan, dando de mano á sus tareas literarias y prevaliéndose de la ausencia del monarca, le corría la tierra haciendo de las suyas. Quién sabe si el Arcipreste estaría en Toledo cuando en el año 1329 fué allá Don Alfonso para reprimir los desmanes y atropellos que en la ciudad se cometían á diario, pues, al decir del cronista, era muy menguada la justicia y había muchos *caballeros malfechores* á quienes el rey mandó matar [1], mientras que el de Granada, ante el estado anárquico de Castilla, y atreviéndose á tomar la ofensiva, cerca y combate sucesivamente á Castro, Gibraltar y Cabra, obligando al monarca castellano á marchar á tierra de moros, aunque para dejarla apenas llegado á ella, porque Don Juan Manuel y Don Juan Núñez, después de haberse comprometido con el Rey á auxiliarle en la guerra, recibiendo con este objeto el dinero necesario, faltaron á su palabra con sin igual desparpajo tan pronto como le vieron ausente y dedicaron el di-

(1) *Crónica del Rey Don Alfonso el Onceno*, cap. XCVII.

nero de las regias arcas á tomar y saquear los lugares que á Don Alfonso pertenecían. ¡Buenos estaban los reinos cristianos para pensar en más que en vivir de cualquier modo y en guardarse los unos de los otros! Así lo juzgaría el Arcipreste cuando, ya rayano en los cincuenta, vió cómo todas las discordias de que había sido testigo durante su vida, y todos los loables propósitos de continuar la tradición de Fernando III, desde él interrumpida, resuélvense en 1334, en que castellanos y leoneses, aragoneses y navarros dejan la guerra contra los infieles para matarse con sañudo encarnizamiento en los campos de Tudela.

Cuando los asuntos de Castilla empiezan á ponerse en orden, allá por 1339 á 1342, gracias á la constancia tenaz y valerosa energía de Don Alfonso XI, que, á pesar de los obstáculos que tuvo que vencer, supo dar glorias á su patria como la del Salado y la del casi helénico asedio de Algeciras, Juan Ruiz había pasado ya de los cincuenta años; es muy posible que las alegres nuevas de los laureles conquistados por las armas castellanas las supiese en la prisión y acaso llegasen hasta

él envueltas en el eco de los versos entonados por el juglar callejero que divertía á la plebe con el romance de las épicas hazañas.

Tales fueron los tiempos del Arcipreste. Luchaban en España los reinos entre sí, los nobles con los reyes y los cristianos con los moros; temblaba la Iglesia en sus cimientos seculares, conmovida por las perturbaciones iniciadas á principios del siglo XIV, presagios tempestuosos del cisma de Occidente; Inglaterra era enemiga de Francia, y Francia de Castilla, y Castilla de Aragón, y Aragón de Cataluña; el feudalismo jugaba sus últimas cartas y el poder real se defendía bravamente, pero á la desesperada, de sus ataques formidables; la inquietud de los ánimos, la inseguridad de las personas y haciendas, la desmoralización profunda y la más desvergonzada indisciplina, forman las negras notas de aquel cuadro, juntamente con la gran penuria, general en todos, lo mismo en los reyes, que acudían al préstamo judío para alquilar las escuadras genovesas, que en los súbditos de sus Estados, ya nobles, ya pecheros, que abandonaban sus tierras para concurrir á empresas lejanas, no tanto por

espíritu aventurero ó por obtener las indulgencias de Cruzada que solían concederse, cuanto por la esperanza de que el botín viniese á consolar sus bolsas desmedradas: tiempos de confusión y de crisis en que se revolvía el viejo fondo de la Edad Media, para extraer de él, de modo inconsciente, los elementos aprovechables que habían de preparar la augusta aparición del Renacimiento.

CAPÍTULO III

PRIMERAS EMPRESAS LITERARIAS DE JUAN RUIZ. SU PRISIÓN.—LUGAR EN QUE ESCRIBIÓ SU OBRA

MOTIVOS suficientes hay para imaginar que Juan Ruiz dió sus primeros pasos literarios con los *mesteres de ioglaría*, que sin duda escribió para venderlos y participar de este modo vergonzante de los productos de la limosna, á las veces pagada en especie, que ciegos y lisiados, juglares y juglaresas, estudiantes, hampones y demás gente miserable lograban entonando los cantares del Arcipreste, el cual muéstrase en su obra gran conocedor de esas cantigas y estilos, de los instrumentos con que se acompañaban y de cuáles de ellos eran más adecuados al carácter peculiar de cada composición:

Despues fise muchas cantigas de dança e tro-
[teras
para judías e moras e para entendederas,

para en instrumentos de comunales maneras,
el cantar que non sabes, oylo á cantaderas.
Cantares fis algunos de los que disen los siegos,
e para escolares que andan nocherniegos
e para muchos otros por puertas andariegos,
caçurros e de bulrras, non cabrían en dies prie-
[gos [1].

Y, en efecto, nos dejó testimonio de ellos en las incomparables *cantigas de serrana*, en los *loores* y *gozos de la Virgen*, y especialmente en los *cantares de ciegos y de escolares que demandan por Dios*, cuyas estrofas prometen todas las bienaventuranzas del Paraíso y todos los bienes de la tierra, soñados con hambrienta musa, á cambio de limosna ó ración, meaja ó bodigo que dieren las buenas almas para aliviar las lacerias de los desheredados de la suerte.

Esta fué la razón de que el Arcipreste viviera en íntimo contacto con el pueblo, y por eso nada tiene de extraño que buscase en él el numen primordial para sus versos, en los que tan pronto nos parece oir el eco de una oración campesina, como el romance de la vieja, ó el cuento de labradores, ó las mur-

(1) *Libro de Buen Amor*, est.ª 1.513 y 1.514.

muraciones de las comadres, ó las marrullerías del aldeano de Castilla, con esa nota de frescura que da á sus producciones el que copia del natural y con el desenfado propio de una mente rebelde, pero sincera, que ve lo que mira y dice lo que ve, sin ambages ni rodeos.

***

Cualidad que, aunque adorable, tiene sus quiebras, como es sabido, y de ello es buena prueba el Arcipreste mismo, á quien su sinceridad y despreocupación le hicieron dar con su cuerpo en la cárcel, donde se dice que pasó los últimos años de su vida y en la que fué recluído por mandato de Don Gil de Albornoz, si hemos de creer lo que al final del códice de Salamanca escribió el copista Alfonso Peratinen [1].

Hay quien asegura, sin indicar siquiera el fundamento [2], que el Arcipreste estuvo

(1) Véase la nota (2) de la pág. 74.

(2) *Principios generales de Literatura é Historia de la Literatura española*, por D. Manuel de la Revilla y D. Pedro de Alcántara García. Madrid, 1877; tomo II, pág. 168. Se dice, en efecto, que «de 1337 á 1350 sufrió una reclu»sión por orden del Arzobispo de Toledo D. Gil de Albor-

preso desde 1337 hasta 1350; pero como no es punto dilucidado, no hacemos más que consignarlo así. Lo único positivo que sabemos, como se ha dicho ya, es que el hecho no pudo tener lugar después del último año citado. Tampoco cabe dudar de él, puesto que Juan Ruiz lo afirma repetidamente:

saca á mi coytado desta mala presion [1]

.....

sacame desta laseria desta presion [2]

.....

libra á mí, Dios mío, desta presion do yago [3]

En cuanto á las causas inmediatas de ello, solamente son posibles las conjeturas. Las noticias que del Arzobispo Don Gil ha conservado la Historia nos permiten suponer que no era éste hombre que se dejase buscar las cosquillas, como vulgarmente se dice. Debió á una intriga y al ascendiente de que gozaba con el Monarca el alto puesto á que

«nóz»; pero no en qué apoya el autor esta afirmación. Verdad es que tal es el sistema general que se advierte en toda la obra.

(1) Est. 1.
(2) Est. 2.
(3) Est. 3.

fué llamado siendo aún muy joven, pues salió del Arcedianato de Calatrava para sentarse en la Silla de Toledo. Gil Alvarez de Cuenca le nombra, á secas, la Crónica, y añade que «por servicios que le avía fecho, el Rey »envió mandar et rogar al Cabildo de la Iglesia de Toledo que le esleyesen por Arzobispo. Et como quier que Don Vasco, Dean de »aquella Iglesia, oviese todas las mas voces »por sí, pero porque el Rey ge lo enviaba »mandar et rogar mucho afincadamiente, »todos tovieron que era razon facer lo que el »Rey les enviaba rogar: et esleyéronle por »Arzobispo»[1]. Desde esta fecha (1335-36) no hay hecho culminante del reinado de Don Alfonso XI en que no se halle Don Gil tomando una parte muy principal. El Papa le dió poder para que en su nombre confiriese ciertos perdones á los que quisieran ir con sus armas y personas á la cerca de Tarifa[2]; el Cardenal fué uno de los que se encontraron presentes en aquel episodio legendario[3] y el que dijo la misa al Rey el 28 de Octubre de 1340

Don Gil very important from 1335 - on

(1) *Crónica de Don Alfonso el Onceno,* cap. CLXXXVIII.
(2) *Id.*, cap. CCXLV.
(3) *Id.*, cap. CCXLVI.

cuando se apercibia con su ejército á batir las huestes de Albohacen y caer después sobre la plaza [1]; estuvo en las Cortes de Burgos de 1342 [2]; en el mismo año fué á Jerez á avistarse con el Rey [3]; con él marchó de la ciudad después de asistir al consejo del Monarca sobre el cerco de Algeciras [4], y desde allí le envió el Rey con mensaje al de Francia con el fin de que le prestase algún haber para el mantenimiento de la hueste [5], todo lo cual demuestra el gran papel que desempeñaba

(1) *Crónica de Don Alfonso el Onceno*, cap. CCLIV.
(2) *Id.*, cap. CCLXIII.
(3) *Id.*, cap. CCLXVIII.
(4) *Id.*, cap.s CCLXX al CCLXXII.
(5) *Id.*, cap. CCLXXVI. Este hecho está también consignado en el *Poema de Don Alfonso Onceno:*

El rrey en priesa estaua,
E perçibiose muy çedo,
E don Gil luego llamaba
Arçobispo de Toledo.
Dixole que se guisase
Muy ayna sin dubdança
E su mensaje le leuase
Al rrey Felipe de Françia.
Que le quisiese acorrer
Sobre joyas muy rreales
E le prestase algund auer
Para pagar sus naturales.

(Est.s 2.194-96.)

en la corte de Don Alfonso. Hombre belicoso, que acompaña al Rey en sus jornadas guerreras y hasta recrimina á los caballeros que estaban á las orillas del Salado sin decidirse á dar la acometida [1], pero hombre al mismo tiempo que, por la cuenta, no gustaba de aventurar en un negocio más que lo preciso, ni de caminar en alas de ardientes entusiasmos; «Señor—le dice al Rey cuando éste, llevado de los arrestos de la sangre moza, se obstina en perseguir hasta aniquilarlos á los moros, que iban de vencida, — Señor, estad »quedo et non pongades en aventura á Cas»tiella et Leon: ca los moros son vencidos, »et fio en Dios que vos sodes el vencedor» [2].

Un hombre como el Arzobispo, más avezado á escuchar los clarines de las mesnadas que el canto de las procesiones; más hecho á la vida inquieta del campamento que á la evangélica y tranquila de la Sede; más acostumbrado á odiar al enemigo que á perdonar al pecador, y más diestro en aconsejar al Rey que en mover á contrición la voluntad del penitente; maestro en el arte de la intriga;

(1) *Crónica*, cap. CCLIV.
(2) *Id.*, cap. CCLIV.

habituado á mirar de cerca á los Monarcas y á recibir delegaciones del Pontífice; un hombre tal, decimos, no es de creer que tolerase en sus subordinados del orden eclesiástico la menor alusión á su persona ó á sus actos que no estuviese inspirada en el respeto más profundo y en el más rendido é incondicional acatamiento. Y acaso por no haberlo hecho así incurriese Juan Ruiz en las iras del magnate. Tal vez éste conoció los cantares licenciosos del Arcipreste ó algún hecho que no hablaba muy en favor de su conducta; tal vez la enemistad dió cuerpo á una calumnia, que halló acogida y crédito en Don Gil, porque el poeta, invocando la protección de la Virgen, dice:

> de aqueste dolor que siento
> en presion, *sin meresçer,*
> tu me deña estorçer [1].

Al lado de estas suposiciones hallamos un hecho que pudo muy bien haber sido el origen de su desgracia; nos referimos á la *Cántica de los clérigos de Talavera,* cuyo asunto es evidente que no fué una mera invención del

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 1.674.

Arcipreste, sino que tuvo por base un hecho real y efectivo que luego Juan Ruiz abultaría á su talante y á merced del gracejo de la sátira. Andaba entonces el clero tan pervertido y relajado cual tendremos lugar de ver más tarde: basta leer las obras de la época para persuadirse de que en España, y en Europa entera, no eran los clérigos dechado de virtudes. El Papa, en su legítimo deseo de corregir estos males, dictaba disposiciones disciplinarias, que, recibidas por los Prelados, eran por éstos remitidas á los pueblos de sus diócesis; quizá una de estas cartas encaminábase á evitar el amancebamiento de los clérigos (pues hubo muchas dirigidas á este fin), y de ello tomó pie el Arcipreste para burlarse de sus colegas de Talavera, á quienes guardaría ojeriza por alguno de esos piques frecuentes entre los vecinos de pueblos próximos, máxime cuando se trata de gentes del mismo oficio, y no desperdició la ocasión para describir el efecto desastroso que en aquéllos produjo la orden pontificia. En dicha sátira, no sólo pinta la indignación de los clérigos talaveranos, mentando á algunos con sus nombres, sino que, así como al des-

cuido, les atribuye la idea y propósito heréticos, expresados por boca del Deán, de *apelar* del decreto del Papa ante el Rey de Castilla, pues, aunque clérigos, eran naturales y vasallos del monarca [1], y entendían, por lo visto, que éste podía revocar las decisiones del Pontífice, bien como los que vivían en plenos tiempos del *cautiverio de Babilonia*. Cual si esto no fuese bastante, aun imputa al Tesorero el hecho de habérselas jurado á Don Gil y la amenaza de dar al Cardenal tal recorrido que no le quedasen ganas de volver á inmiscuirse en las interioridades de la gente honrada [2], palabras que apoya el Chantre Sancho Muñoz, hablando pestes del Prelado y proponiendo que no se cumpla la carta. Creemos que una composición en que tales

(1) A do estaban juntados todos en la capilla,
levantose el dean á mostrar su mansilla,
dis: amigos, yo querría que toda esta quadrilla
apellasemos del papa ant'el Rey de Castilla;
que magüer que somos clerigos, somos sus naturales,
servímosle muy bien, fuémosle siempre leales, etc.
(Est.ª 1.696-97.)

(2) Sy yo toviese al arçobispo en otro tal angosto,
yo le daría tal vuelta que nunca viese el agosto.
(Est. 1.704.)

lindezas se contienen, es suficiente, no ya para meter en la cárcel á un arcipreste, sino hasta para quitarle las órdenes sagradas, mucho más cuando los clérigos de Talavera, y singularmente el Deán, el Tesorero, Sancho Muñoz y el canónigo Don Gonzalo, nombrados en la sátira, no serían perezosos en deshacer el agravio inferido á sus personas, ni en ejercitar cuantos medios tuviesen á su alcance para extender la cizaña, hasta conseguir que el pleito llegase á oídos de Don Gil y le tomase por su cuenta. Cierto que, si fué así, Juan Ruiz no dió señales de arrepentimiento en la prisión, porque, de ser exacto que en ella escribió todo su libro, siguió profiriendo irreverencias todavía de mayor calibre que las de la cantiga famosa; pero prescindiendo de que no consta en ningún sitio si redactó en la cárcel toda la obra ó sólo parte de ella, obsérvese que en ninguna de las estrofas del *Libro de Buen Amor*, aunque se critique acerbamente, se atrevió á citar los nombres como en el cantar que nos ocupa.

*
* *

Á nuestro juicio, es indiscutible que el *Libro de Buen Amor,* ó al menos parte de él, fué escrito en Toledo, pues sin necesidad de recordar que el mismo autor declara que hizo algunos pasajes en la prisión, y es lo más probable que ésta se hallase en la capital de la archidiócesis, hay ciertas frases en la obra que nos hacen sospechar que el Arcipreste estaba en la imperial ciudad cuando compuso muchos de sus cantares:

do todo se escribe, *en Toledo* no hay papel [1]

dice excusándose de entrar en más detalles al describir la tienda del Amor. Después de la corrida de la Sierra, dice también

entrada la quaresma, *vineme* para *Toledo* [2],

lo cual denota que este verso en Toledo se escribía; y, en fin, razones hay asimismo para creer que la escena del episodio de Don Melón y Doña Endrina púsola en Toledo, como son las muchas veces que se cita la

(1) Est. 1.269.
(2) Est. 1.305.

ciudad y aun la descripción de algunos de sus parajes [1].

(1) Véanse, entre otras, las est.ª 596, 657 y 705 La 1.306 dice:

echaronme de la çibdat por la *Puerta de Visagra.*

CAPÍTULO IV

EL *LIBRO DE BUEN AMOR* Y LOS DATOS AUTOBIOGRÁFICOS DEL ARCIPRESTE. — PERSONALIDAD DE JUAN RUIZ.

Casi todos los que han hablado del Arcipreste afirman que fué un mal clérigo, de vida disipada, lujurioso, desvergonzado y cínico, fama que han deducido de su *Libro de Buen Amor,* en el que es frecuente ver una á modo de autobiografía de Juan Ruiz, así como también hallar en los cuentos y fábulas de aquél un trasunto de los lances de su vida.

Cierto que no hemos de ser nosotros, ¡Dios nos libre!, quienes salgamos á la liza á romper una lanza en defensa de la pureza de costumbres del gran satírico, ni, por otra parte, entendemos que tal circunstancia interese poco ni mucho á la posteridad. El que escribía del modo que Juan Ruiz, dió pruebas de ser hombre antes que clérigo, y de

sus versos se induce que, á lo menos en sus mocedades, procuró aprovecharse del mundo, sacar de él espléndida experiencia y obtener de sus ejemplos profundo conocimiento de los hombres y aun de las mujeres; pero de esto á mantener que quiso contarnos en el libro sus empresas galantes hay una distancia inmensa. En primer término, la mayor parte de los episodios, en los que, según los títulos, se dice ser él protagonista, no le mencionan siquiera en las estrofas; tal sucede, v. gr., en el de *Doña Endrina*, pues á pesar de que el autor hable en personal y rece un título del mismo «De cómo Doña Endrina fué á casa de la vieja y *el arcipreste* acabó lo que quiso», resulta luego que no es él, sino *Don Melón de la Huerta* quien da cima á la aventura; y citamos este episodio porque aunque Juan Ruiz hubiera intentado (que no lo intentó) hacernos creer que desempeñaba el papel de actor en aquel cuento de amores, le hubiéramos cogido muy pronto en el renuncio, una vez que en la historia no hizo más que copiar, casi al pie de la letra, la antigua comedia latina *Pamphilus de Amore*. Hemos dicho que no pretendió pasar por

protagonista de la fábula, y debemos añadir que él mismo lo dice así, para que no quepa duda de ningún género.

Entiende bien mi estoria de la fija del endrino,
dixela por te dar ensienpro, *non porque á mí*
[*vino*[1].

Una cosa análoga sucede con otros pasajes, cuales son los de las conquistas de las serranas, realizadas por el Arcipreste, según los títulos, pero no según el texto de los versos; y si bien en algunos lugares se nombra á sí mismo, como cuando dice Trotaconventos,

arçipreste, más es el rroydo que las nueses[2],

no puede, en buena lógica, afirmarse en ello hipótesis contraria á la que sostenemos, pues en este caso sería también lógico creer, por ejemplo, que si en las *serranillas* de Santillana habla el poeta en personal, es porque fué el Marqués actor en tales escenas. Mienten mucho los vates en cuestión de amores, y tienen grande afán por deslumbrar al lector presentándose ante sus ojos como terribles

(1) Est. 909.
(2) Est. 946.

Tenorios y como hombres á quienes nada sorprende ya, porque todo lo han gozado y todo lo han sufrido; y, sin embargo, tal hay de entre ellos que presume de conquistador de princesas no más que en uso del perfectísimo derecho que le asiste para idealizar á su antojo las daifas callejeras, y tal otro que dice haber libado en la áurea copa del festín, que ni bebe gota, ni ha visto más copas que las de vidrio ordinario, ni asistido á más festines que á alguno que otro convite de familia.

Por todo esto, nos inclinamos á la idea de que Juan Ruiz, aunque hablaba en personal, *no siempre*, ni aun las más veces, se propuso retratarse á sí mismo, sino al personaje ó personajes imaginarios de sus relatos, y que los títulos en los que se ve su nombre escribiéronles los copistas, pero no el autor; así lo ratifica el hecho de carecer de títulos los códices de Gayoso y de Toledo, y, por tanto, de las divisiones del manuscrito de Salamanca.

Otra cosa es que utilizase la propia experiencia y el recuerdo de alguna calaverada juvenil para componer los episodios de su

libro, y de aquí que en éste, según escribe el maestro insigne Sr. Menéndez y Pelayo, no haya «de buscarse una nimia fidelidad de detalle, sino una impresión de conjunto» [1].

Y no es que nos admiremos de que un Arcipreste fuese tan mal cumplidor de las prácticas de la moral cristiana, pues hay precedentes en nuestra literatura que nos autorizan á pensar que, caso de que Juan Ruiz hubiese sido tan relajado como se dice, no llegó, ciertamente, ni con mucho, á la perversión de aquel otro *arçipreste malo que yva á caçar*, del que nos habla el *Poema de Fernán González*, el cual, yendo con sus perros por un monte, y habiendo descubierto al Conde y á su esposa Doña Sancha fugitivos de los navarros, quiso asir villanamente la ocasión y pidió á aquél, no menos sino que le dejase hacer su voluntad con la condesa, so pena de delatarlos á sus enemigos antes de que pudieran ganar la frontera de Castilla [2]. Tales clérigos de perro y jabalina debían de

(1) Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*. Tomo III, pág. LXVIII.

(2) *Poema de Fernán González*. Est. 638.

ser entonces personajes de quienes nadie se maravillase grandemente.

***

Fué el Arcipreste un hombre de elevada talla, la cabeza grande, el pelo negro, el cuello corto y robusto, la tez cetrina; sus ojos, pequeños y escudriñadores, ocultábanse bajo dos cejas apartadas y espesas; la nariz larga, la boca rasgada y los labios gruesos, eran señales de su temperamento ardiente; de su complexión vigorosa, éranlo el ancho pecho, las vellosas muñecas y los brazos membrudos; y del equilibrio de su espíritu, lo sosegado de su paso, lo tranquilo de sus movimientos y el tono profundo de su voz. Tuvo un natural alegre y expansivo, tañía hábilmente los instrumentos musicales y aprendió al dedillo las artes juglarescas.

Este retrato, que él mismo nos hace de su persona [1], corresponde con el fondo que reflejan los versos que escribió, por los cuales podemos ver en el Arcipréste al hombre aplomado que no se paga de la garrulería

(1) Véanse las est.ª 1.485 y siguientes.

vana, sino que, como todo aquel que quiere llegar más allá de la superficie de las cosas, desdeña los circunloquios y ama la línea recta, las pláticas cortas, las razones breves,

ca poco e bien dicho afíncase en el coraçon [1].

Una de las cualidades por las que más se distingue es por la gran sinceridad de sus palabras y por la despreocupación soberana que manifiesta al revelarnos los más apartados escondrijos de su mente. No se tuvo por hombre extraordinario, ni creyó jamás que su misión en el mundo fuese transcendental; considérase como uno de tantos y se decide á aceptar la vida tal como la encontró al nacer, sin que se le ocurra que sus actos puedan importar en lo más mínimo á los demás hombres. Por eso se confiesa ingenuamente y declara con llaneza sus antiguas debilidades:

E yo como soy ome como otro pecador,
ove de las mugeres, á las veses, grand amor [2],

entre otras razones, porque acata la doctrina de que el hombre debe conocerlo todo, de-

(1) Est. 1.606.
(2) Est. 76.

jando á un lado escrúpulos y miedos, y, en vista de lo que la vida le enseñe, trazarse la regla de conducta individual;

> probar ome las cosas, non es por ende peor
> e saber bien e mal e usar lo mejor [1],

en lo que aplicaba la máxima del Apóstol que manda «probar todas las cosas» [2], deduciendo después de seguido al pie de la letra el apostólico precepto que el que busca «más de pan de trigo» no tiene muy cabal su entendimiento.

El pecado para Juan Ruiz, profesando como profesa cierta especie de fatalismo acomodaticio, no es más que una consecuencia necesaria de la naturaleza humana, ante cuyas leyes no puede el hombre hacer más que desviarse un poco con el fin de que el golpe no le coja de plano. Cuando se nos pinta como amador vémosle guardándose y defendiéndose en lo posible, sin entregarse nunca por completo, ni por completo arriesgar el alma en la aventura: goza de la dicha cuando la halla y aun pone los medios que conducen

(1) Est. 76.
(2) Est. 950.

á alcanzarla; pero el fracaso no lo estima en un ardite, y obedeciendo la sentencia popular que dice:

..... por lo perdido non estes mano en mexilla [1],

hace por consolarse pronto y compensar el tiempo malgastado. Es alegre en sus cantares, porque como mira la realidad, ve que la alegría es cosa que, á veces, existe en la tierra, y cuando no, es necesario y hasta profundamente moral buscarla á toda costa; pero á través de los destellos de su jocunda musa, francamente humana, carnal, si se quiere, adivínase un germen pesimista en sus ideas, ya al hablarnos de la eterna infidelidad de las mujeres, ya de la falacia de los amigos, ya de lo interesado del cariño de los parientes, ó cuando concibe el mundo como edificio deleznable que tiene por cimientos el engaño y la avaricia, y á los hombres como seres para quienes el dinero es el solo poder efectivo y el único móvil de sus actos. Sin embargo, su pesimismo es de esa especie de pesimismo resignado que, por tal razón, es el que más pronto llega al alma del lector; de aquí que

(1) Est. 179.

la *sátira* del Arcipreste, que forzosamente había de surgir en él por ser su expresión natural, dados los profundos contrastes de su temperamento, es de las que no hacen sangre, porque no tiene acentos de protesta, ni vislumbres de ira, ni de burla descarada; por eso también es de efecto seguro y despierta un movimiento de simpatía hacia el autor, tal vez por presentirse que detrás de sus palabras no hay resquemores de odio, sino amor á los hombres y dolor agudísimo, pero callado, de que no sean ó no puedan ser mejores de lo que son.

Sí; el Arcipreste, como todo el que goza de grande equilibrio mental, no odia nunca; caen bajo su sátira hombres y mujeres, clérigos y seglares, magnates, jueces, mercaderes y pecheros; pero su donaire no es agresivo, ni sus censuras atrabiliarias ni enojosas. Hasta en las cuestiones de creencias, que de tal modo separaban á los hombres en aquel tiempo, no nos da un solo indicio de que en su pecho se albergase la animadversión hacia los creyentes de distinto campo, y teniendo como tuvo más de una oportunidad de hablar de los judíos, ni les maltrata, ni les za-

hiere, ni siquiera les llama perros, como era uso, por pensar, sin duda, que la tierra es bastante grande para que quepan todos, y creer además que las cosas de este mundo allá se ordenan por quien puede ordenarlas, siendo inútil que los pobres mortales sueñen con cambiar el rumbo del planeta ó se pudran la sangre por minucia tan insignificante cual es la de que cada uno tenga su alma en su almario y procure vivir como Dios le dé á entender.

CAPÍTULO V

CULTURA DEL ARCIPRESTE

No fué Juan Ruiz uno de los escritores más eruditos de su tiempo. Comparado, por ejemplo, con el Infante Don Juan Manuel, resulta muy inferior en cuanto á la extensión de sus estudios, y aunque posee una cultura general muy apreciable, no suspende por lo extraordinario de la misma. Verdad es que tampoco se lo propone, porque espontánea y sencillamente confiesa lo limitado de su saber cuando dice:

So rudo e sin çiençia, non me oso aventurar [1].

. . . . . .

Con la çiençia poca he gran miedo de fallir [2].

. . . . . .

Escolar so muy rudo, nin maestro ni dotor
aprendí, e se poco para ser demostrador [3].

(1) Est. 1.133.
(2) Est. 1.134.
(3) Est. 1.135.

Pero á pesar de estas modestas prevenciones, aun hallamos testimonios en sus cantares de que tenía noticia de los autores griegos, sabe Dios por qué cauces y conductos, arreglos y versiones llegados hasta él, como cuando alude á los *Aforismos* de Hipócrates en la estrofa

El comer sin mesura e la gran venternia,
otrossy mucho vino con mucha beberría
más mata que cuchillo, *Ipocras* lo desía [1],

ó invoca los nombres de Platón y de Ptolomeo, hablando de temas astrológicos, tratados por el primero en el *Timeo*, y por el segundo en la *Hipótesis y épocas de los planetas* [2], ó se acuerda de Aristóteles, á quien conocería por los autores árabes, para sostener con epicúreo convencimiento que

el mundo por dos cosas trabaja: por la primera,
por aver mantenençia; la otra cosa era
por aver juntamiento con fembra plasentera [3].

(1) Est. 303.

(2) qu'el omme quando nasçe, luego en su naçençia
el signo en que nasçe le jusgan por sentençia;
esto dis Tholomeo e diselo Platon.
(Est.ª 123 y 124.)

(3) Est. 71.

En cambio, de los autores latinos acusa una relativa ignorancia, pues, aparte de tres citas de Catón [1], tomadas de alguna referencia á los *Orígenes* ó á las *Catonianas*, si es que no se sirvió del seudo Catón, como opina el Sr. Menéndez y Pelayo [2], solamente nombra á Virgilio y á Ovidio; al primero con motivo de la aventura del cesto [3], para lo cual no necesitó, ciertamente, ni leerle siquiera, porque la anécdota corría de boca en boca y era cuento obligado en las escuelas, y al segundo para colgarle la paternidad de la comedia

(1) «Ca dise Caton: Nemo sine crimine vivit.»
(*Proemio*, pág. 4. — *Edic. cit.*)

Palabras son de sabio e dixolo Caton,
que omme á sus coydados que tiene en coraçon
entre ponga plaseres é alegre la rason,
que la mucha tristesa mucho coydado pon.
(Est. 44.)

Caton, sabio romano, en su libro lo manda,
dis que la buena poridat en buen amigo anda.
(Est. 568.)

(2) *Antología de poetas líricos*. Tomo III, pág. LXXXV.

(3) Non te quiero por vesino nin me vengas tan presto.
Al sabidor Virgillio, como dise en el testo,
engañolo la dueña, quando lo colgó en el çesto.
(Est. 261.)

Pamphilus de Amore [1], lo cual denuncia que no tuvo el paladar muy delicado, cuando, dejándose llevar de la común creencia, confundió los refinados versos del poeta con el estilo mazorral y el latín macarrónico del autor que en la Edad Media compuso aquel erótico episodio. Claro es [2], y digamos esto en exculpación de errores tales, que á un escritor de mediados del siglo XIV no es posible exigirle exquisiteces de cultura clásica; harto hacía el Arcipreste con no desconocer algunos extremos de ella, cuales la historia de la guerra de Troya, el juicio de Paris y el robo

(1) si villanía he dicho, aya de vos perdon,
que lo feo de [la] estoria dis Panfilo e Nason.

(Est. 891.)

(2) en la cama muy loca en casa muy cuerda,
non olvides tal dueña mas de ella te enamora (?);
esto que te castigo con Ovidio concuerda.

(Est. 446.)

El amor leó á Ovidio en la escuela
que non ha muger en el mundo, nin grande nin mo-
[çuela,
que trabajo e serviçio non la traya al espuela;
que tarde ó que ayna crey que de tí se duela.

(Est. 612.)

de Elena [1], y no debe, por tanto, parecernos caso raro que estuviese tan atrasado en Mitología como lo dejó patente, al hacer aquel peregrino desposorio de Venus con Cupido.

Más versado fué en las Sagradas Escrituras y en las obras de los Santos Padres, sin los alardes de pedantesca erudición del autor de los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, pero con mayor cultura teológica que la que solían y suelen tener los curas de aldea. De ello podemos convencernos viendo, de un lado, el singularísimo proemio en prosa de su libro, que por la doctrina y mansedumbre parece abrir la puerta á algún místico y edificante tratado de Moral, pues en él campean los versículos de David, los de San Juan Apóstol en el Apocalipsis, los del Libro de Job, las sentencias de San Gregorio y las palabras del Símbolo de la Fe, y, de otro, su conocimiento de la cuestión magna de la *predestinación y la gracia*, examinada por él

(1) Por cobdiçia feciste á Troya destroyr,
por la mançana escripta, que se non debiera escrebir,
cuando la dió á Venus Paris, por le indusir,
que troxo á Elena que cobdiçiaba servir.
(Est. 223.)

tan sutil y metafísicamente como podía haberlo hecho un escolar de *quadrivium* de la Universidad de París [1].

Tampoco ignora los cánones y las obras de los glosadores, y no solamente muestra hallarse instruído en ellas al citar las *Clemen-*

(1) El Arcipreste cree en los *hados* que se refieren al destino de los hombres; pero cree en ellos en tanto que pueden ser verdaderos, «segun natural curso» (est. 127). Este *natural curso* quiere decir que «en lo que Dios ordena en como ha de ser» nada puede la voluntad del hombre (est. 136); cree, pues, en la ciencia de los *estrelleros* que averiguan tales designios, aunque no en la fatalidad absoluta de las leyes que descubren y del sino que predicen, fundándose en que

..... Dios que crió natura e açidente
puede los demudar e faser otra mente (est. 140),

del mismo modo que el rey puede suspender los efectos de la ley en beneficio de alguno. Por eso entiende Juan Ruiz que Dios

..... quando el çielo crió
puso en él sus signos e planetas ordenó,
sus poderíos çiertos e juisios otorgó
pero *mayor poder retuvo en sí* que les non dió.

(Est. 148.)

El influjo adverso todavía puede cambiarlo el hombre en cierto modo por medio del ayuno, de la oración y de la limosna; en una palabra, empleando su vida en servicio de Dios. (Est. 149.)

tinas [1], las *Decretales*, los libros del *Ostiense*, el *Inocencio IV*, el *Rosario de Guido* y demás *repertorios* de la época [2], sino que hasta se atreve á echar su cuarto á espadas en asuntos tales cuando expone con todo aparato dogmático y canónico la materia de la confesión, el punto transcendental de si la contrición basta ó no á la penitencia y los casos reservados.

En fin, para afirmar que no fué ajeno á la Jurisprudencia, hallamos asimismo alguno que otro dato en el *Libro de Buen Amor*, como son las alusiones al *Espéculo* [3], á *Maestre Roldán*, indiscutiblemente en su *Ordenamiento de las Tafurerías* [4], y el donoso *proceso ante el Alcalde de Buxía*, que indica que aquel que lo escribió tenía de memoria las leyes procesa-

(1) « .... e diselo la primera decretal de las *Crementinas* que comiença: Fidei catholiçe fundamento», etc.
(*Proemio*, pág. 7.)

(2) los libros de Ostiense, que son grand parlatorio,
el Inocençio Quarto, un sotil consistorio,
el Rosario de Guido, novela e diratorio,
Decretales más de çiento, etc.
(Est. 1.152-53.)

(3) lea en el *Espéculo*, etc. (Est. 1.152.)

(4) los malos de los dados díselo Maestre Roldan.
(Est. 556.)

les, con toda su insufrible, rutinaria y odiosa balumba de comparecencias, demandas, réplicas, plazos, pruebas y excepciones.

Llama la atención que un escritor como el Arcipreste que, aunque no quiso pasar por erudito, se complacía de vez en cuando en echar por delante algunos textos, omita, en absoluto, citar las obras literarias de su época; pero de ninguno de los libros y autores que en la *Introducción* dejamos apuntados, hace la más ligera mención en sus cantares, cosa que no quiere decir que no se beneficiase de ellos, como veremos con respecto á la *Disciplina Clericalis*, al *Poema de Alexandre*, etcétera, etc., si bien en otras ocasiones quédanos la duda de que ciertos libros hubiesen llegado á él, cual sucede, por ejemplo, con *Calila e Dymna*, en que las dos ó tres coincidencias de concepto que se advierten con el *Libro de Buen Amor*, son lugares demasiado comunes para inferir que Juan Ruiz lo tuviese á la vista. En el mismo caso se hallan el *Libro de los Estados* y las demás obras del Infante Don Juan Manuel.

De las composiciones en verso, excusado es decir que aunque no las cite, debía de

estar perfectamente enterado de ellas, bien como el que consagró gran parte de su vida á los *mesteres*, y hasta fué un revolucionario de la métrica.

Prescindiendo de su mayor ó menor conocimiento de los escritores castellanos y de su menor ó mayor posesión de los latinos, no cabe negar que en el Arcipreste se echa de ver la influencia francesa, pues hay señales inequívocas de que después de las fábulas esópicas y de algunos cuentos populares, que ora recogía del vulgo, ora de obras anteriores, los *fableaux* y los *lais* franceses hubo de utilizarlos en su libro. Hacemos aquí punto, porque tal influencia se ha de examinar luego con más extensión.

Pero no terminaremos esta parte sin hacer notar que el Arcipreste, que toma sus episodios de todo cuanto ve y que á tan rica y abundante cantidad de objetos dedicó el gracejo de su pluma pintoresca, guarda silencio acerca de los asuntos de caballerías, á pesar de que ya andaban en libros y romances. El mismo Juan Ruiz hace la cita de *Blanca Flor* y la curiosísima de *Tristán*, como si se tratase de la obra de un autor contemporá-

neo [1], del mismo modo que en el *Poema de Alfonso Onceno* se nos habla del *Arzobispo Turpín*, de *Obruero* y de *Roldán* [2], y sorprende tanto más cuanto que en las obras de entonces, y hasta en los hechos de que pudo ser testigo el Arcipreste, flotaba el espíritu caballeresco: recuérdense las románticas escenas de la coronación de Don Alfonso XI en las Huelgas de Burgos; el lujo y ostentación de la Corte en aquel acto; cómo el Rey, con ocasión de tan feliz suceso, armó por su mano á muchos caballeros, que velaron las armas por la noche,

(1) Ca nunca fué tan leal *Blanca Flor* á Frores
nin es agora *Tristan* con todos sus amores.
(Est. 1.703.)

Es algo difícil averiguar la versión de la historia de Tristán que conoció el Arcipreste, aunque no haya imposibilidad absoluta en presumir que fuese por el texto castellano que ha llegado hasta nosotros. Una de estas historias compúsola, en el último tercio del siglo XII, el famoso Christian de Troies, que sin duda fué la que sirvió de base á las posteriores de La Chêvre (hoy perdida), de Brèri, de Thomas y á los *lais* de María de Francia. Quizá por estos últimos llegase á noticia del Arcipreste.

(2) Nin fue mejor cavallero
el arçobispo don Torpin,
nin el cortes Obruero,
nin el Roldan palaçin.
(Edic. cit., 1.739.)

conforme al más antiguo y clásico ritual, y recuérdese también el torneo que tres años después se celebró en Valladolid, por orden del Monarca, entre los *caballeros de la Banda* y los *caballeros de la Ventura*, que trae á la memoria remembranzas de las viejas tradiciones germánicas.

*
* *

Estas son las noticias que hemos podido reunir acerca de la persona de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Vamos á entrar en el análisis de su obra.

SEGUNDA PARTE

EL *LIBRO DE BUEN AMOR*

SEGUNDA PARTE

EL *LIBRO DE BUEN AMOR*

CAPÍTULO PRIMERO

PLAN DE ESTA PARTE. — NUEVOS ELEMENTOS QUE APORTA EL ARCIPRESTE Á LAS LETRAS CASTELLANAS.

Nos corresponde ahora examinar el libro del Arcipreste de Hita, viendo en primer término cuál es el papel que Juan Ruiz representa en la historia de la Literatura hispana y analizando después el *Libro de Buen Amor* en sus elementos externos é internos, para lo cual nos ofrecen ancho palenque las *materias* que comprende, la investigación de sus *fuentes* principales y las *ideas* que aparecen en la obra.

*
* *

Queda dicho en la *Introducción* que al venir el Arcipreste al campo de las letras halló en la Poesía dos solas direcciones: la de aquellos que buscaban el manantial de su inspiración en las épicas gestas de los héroes y la de aquellos otros que iban en demanda de ella á las vidas y milagros de los Santos. Quizá á Juan Ruiz, cuando pensó en consagrar su ingenio á algo más que á los mesteres de juglaría de sus cantares de ciegos y de estudiantes pobres, dignificando su plectro con la elección de asuntos que por su elevación tuviesen otro público distinto de la plebe hambrienta ó de la canalla del arroyo, se le pasó por las mientes la idea de continuar la tradición poética castellana, evitándose de este modo quebraderos de cabeza; pero quizá pensase también que en el caso de determinarse á olvidar sus antiguos manes por el grave mester de clerecía, habíasele de reir Cupido en sus barbas, como dicen que se rió de Ovidio cuando quiso cantar con pomposo estilo el estrépito de las armas y el horror de los combates:

..... rississe Cupido
dicitur atque unum surripuisse pedem.

Era la poesía castellana harto solemne en su misma sobriedad primitiva y cultivada principalmente por los que se retiraban del mundo á la celda pacífica del monasterio; estaban los poemas cortados por el mismo patrón y sus autores pasaban silenciosos por todo aquello que alarmase las conciencias: para ellos el amor era un pecado, y lo que con él se relaciona objeto de vergüenza, que saca al rostro los colores, y que, por tanto, es preciso velar cuanto se pueda á la contemplación de los hombres, los cuales claro está que seguían pecando, sin perjuicio de vestirse en público con la alba túnica de la inocencia. Con esto precisamente es con lo que no se avino Juan Ruiz, juzgando que, como el poeta de Sulmona, debía echar lejos de sí á los taciturnos y severos moralistas, por no ser el auditorio que requerían sus acentos: cantar para lectores de carne y hueso, que supiesen ver en sus estrofas la imagen encendida de las pasiones que el amor inflama en los pechos juveniles, y conseguir que la hermosa doncella ó el apuesto mozo, al escu-

char los versos que brotaban de su pluma, creyesen que eran las palabras de un mágico adivino que había sondeado los más escondidos secretos de sus almas. Por eso el Arcipreste, desdeñando la rutina, arrojando al suelo con soberano desprecio la máscara de moralizar, dejando á los guerreros de leyenda dormir el sueño de sus tumbas ignoradas y á los Santos gozar de la divina presencia del Señor, prorrumpe en abierta carcajada que ahoga los acentos de salmodia de su tiempo, y, sin cesar de reir, entona un himno al amor, himno sincero, ardiente, viril, cuyos ecos repercutieron en las edades sucesivas. Con sus trovas solamente á divertir aspira, en *rason plasentera* y *fablar apostado*, y no persigue otro fin sino el de que aquellos que las lean ó las oigan den tregua por un momento á las tristezas del mundo y conforten el espíritu con las francas expansiones de una alegría sana:

El que fiso el çielo la tierra e el mar,
él me done su graçia e me quiera alumbrar
que pueda de cantares un librete rimar
que los que lo oyeren puedan solás tomar;
Tú, Señor, Dios mio, que'l omme crieste

enforma e ayuda á mi el tu arçipreste,
que pueda faser un libro de buen amor aqueste,
que los cuerpos alegre e á las almas preste.

Pero no es el amor la única idea que aporta á sus decires. Al descender de las alturas épicas ó religiosas desde las que cantaron los demás poetas, fué porque en su ánimo tenían mayor interés los hechos en que él ó sus contemporáneos eran actores, que aquellos otros que se referían á los milagros de los elegidos de Dios, ó á las batallas de los griegos; es decir, que amó la vida, y, por tanto, le impresionó fuertemente ver lo que los hombres piensan y hacen, cuáles son sus afanes, sus virtudes y sus miserias, para sentir después el interno regodeo de meditar á solas sobre todo ello, y, acaso, compadecerse de este pobre género humano, sometido á la horrenda desproporción entre el constante anhelar que supone la ruda faena cotidiana y las exiguas victorias que obtiene sobre el dolor. Tal vez, por no aumentarle, ocultó sus lágrimas con la risa de Demócrito; él fué el primero, desde los tiempos clásicos, que tuvo esta percepción del mundo, y de aquí que en él se diesen á un

mismo tiempo el escritor realista y el escritor satírico, porque, en efecto, son el realismo, y, sobre todo, la sátira, las dos grandes novedades que el Arcipreste introdujo en las letras castellanas.

En su libro armoniza los elementos de las obras de los poetas y de los prosistas. Toma de los primeros la forma poética y de los segundos la viveza de la acción, imaginando un argumento con exuberancia de episodios, de harto más interés que cuantos halló en los autores entonces en boga; acepta también de los prosistas el uso del *enxemplo*, que, quizá por creerlo vulgar, nunca habían empleado los poetas, pues á partir del *Poema del Cid*, no recordamos más que un solo caso en que uno de aquéllos se haya remitido á él, y, para eso, brevemente y como de pasada [1]. Bajo este aspecto, el sistema, ó, mejor dicho, el procedimiento literario del Arcipreste, no discrepa del de las obras en

(1) En el *Libro de Alexandre* se leen los siguientes versos:

Tu feziste el enxemplo que fizo la cordera
que temió los canes, exió de la carrera,
fuió contra los lobos, cayó enna lendrera.
(Est. 1.618.)

prosa, desde *Calila e Dymna* hasta el *Conde Lucanor*, pero se distingue de ellas en lo más humano del asunto y en el deseo de darle mayor valor; porque si es cierto que abundan por modo extraordinario las digresiones, ni se quebranta la unidad ni producen cansancio en la atención, y, al contrario de lo que en tales obras sucede, en las que la trama es no más que el pretexto para intercalar *enxemplos,* éstos en Juan Ruiz son á todas luces la parte secundaria de su libro, compuesto indudablemente en varios períodos de la vida de su autor, quien al escribirle iría incorporando á la obra diversos trozos en otro tiempo terminados. De aquí que el *Libro de Buen Amor*, sin carecer de unidad, tenga cierto carácter de centón, en el que se tratan muy diversas materias, y alguna analogía, por lo que concierne al orden y á la factura, con el *Roman de Renard*, pues como éste, es, más bien que un poema, una serie de poemas, aunque, á diferencia de él, escritos todos en la misma época y de la misma mano.

CAPÍTULO II

EL TÍTULO DEL LIBRO DEL ARCIPRESTE: SU SIGNIFICACIÓN. — FIN DE LA OBRA. — EL ESTILO.

La obra que nos ocupa ha sido conocida hasta hace poco tiempo con los nombres de *Poesías* ó *Libro de cantares del Arcipreste de Hita*, quizá porque en ella no se había acertado á ver sino una colección de composiciones, pero no un todo homogéneo cuyas partes respondiesen al desarrollo de un mismo plan.

Con el nombre de *Poesías del Arcipreste de Hita* fué publicada por Sánchez en 1790[1] y reimpresa en 1842 bajo la dirección de don Eugenio de Ochoa; con el de *Libro de cantares de Joan Roiz, Arçipreste de Fita*, se incluye, preparada por Janer, en el tomo LVII de la *Biblioteca de Autores Españoles*, y por

(1) *Colección de Poesías castellanas anteriores al siglo XV.* Tomo IV.

vez primera figura con el título de *Libro de Buen Amor* en la edición paleográfica hecha en 1901 por Mr. Jean Ducamin [1], título que es también en nuestra opinión el que debe dársele, porque si es cierto que no consta que con él saliese de manos de Juan Ruiz, sabemos que así la llamó su mismo autor, como lo dice en uno de sus versos:

..... e por desir rason
Buen Amor dixe al libro, etc.

Ahora bien: ¿cuál es la significación de esta frase? [2]

En el beatífico proemio que el Arcipreste puso al poema más atrevidamente descarado y erótico de la Edad Media, escribe entre otras cosas:

«E desque el alma con el buen entendimiento »e buena voluntad, con buena remembranza es»coge e ama el *buen Amor, que es el de Dios*, et»cétera [3]»,

(1) Véase la nota (2) de la pág. 72.

(2) El Sr. Menéndez y Pelayo dice que acaso esté «to»mado este vocablo *amor*, no solamente en su sentido lite»ral, sino en el muy vago que los provenzales le daban, ha»ciéndole sinónimo de cortesía, de saber gentil y aun de »poesía». (*Antología*, tomo III, pág. LXX.)

(3) *Proemio*, pág. 4.

con lo que no puede quedar más claro el sentido de tales palabras. Y que el concepto se contrapone al de *amor mundano*, tampoco da lugar á duda al que lea en el mismo proemio:

«E compuse este nuevo libro en que son es»criptas algunas maneras e maestrías e sotile»zas engañosas del loco *amor del mundo* que »usan algunos para pecar, etc.[1]»

Aparte de que la frase vémosla en otros muchos pasajes de la obra[2], sabemos que el concepto y aun las palabras eran corrientes por entonces. En el *Libro de Alexandre* se dice:

sequier los vassallos, sequier el sennor
bebrien agua del rio de *bon amor*[3];

y de un párrafo de los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho* se desprende que la idea

(1) *Proemio*, pág. 5.

(2) lo que *buen amor* dise, con rason te lo pruebo.
(Est. 66.)
las de *buen amor* son rasones encubiertas.
(Est. 68.)
Nunca digas nombre malo nin de fealdat,
llamatme *buen amor* e faré yo lealtat.
(Est. 932.)

(3) Est. 1.986.

podía venir nada menos que de San Agustín en la *Ciudad de Dios*, párrafo que dice así:

«Et allí muestra muy enteramente sant Agos»tin, como se puebla la cibdat del cielo e la cib»dat del infierno, ca con *amor ordenado* se pue»bla el paraiso, e con amor desordenado se »puebla el infierno, segund que el dice —Mas »conviene de saber que amor ordenado es amar »más los mayores bienes e preciarlos más que »los menores, e son cuatro los grados de los bie»nes: el primer grado es de los muy grandes »*bienes*, que son bienes *espirituales e de Dios*, et»cétera[1].»

El Arcipreste cita en el proemio á los profetas y á San Gregorio, y no á San Agustín; mas la semejanza entre su idea y la de la *Ciudad de Dios* no puede estar más manifiesta.

El mismo asunto es el que casi un siglo después desenvolvió el Arcipreste de Talavera en su libro titulado *Reprobación del Amor mundano*, la Primera parte del cual va encaminada á la condenación del amor del mundo y á ensalzar el amor de Dios, abominando

(1) *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, cap. LXI, página 188.

de todos los males que de aquél son consecuencia [1]; pero, dicho sea de paso, sin el arte y sin la gracia con que lo hizo Juan Ruiz, pues no contando con el ingenio fino que es menester para hablar medio en burla medio en veras, no consiguió otra cosa que legar á la posteridad un mamotreto, á veces insoportable, algunos de cuyos tratados parecen concebidos y hechos con el exclusivo objeto de probar la resistencia de quien les coge en sus manos, aunque haya quienes juzgasen dignos de exhumación aquellos interminables capítulos de la Tercera parte sobre la *complixión* de los hombres y la matraca ingente sobre la predestinación y el libre albedrío con que en las últimas páginas se atormenta al pacientísimo lector.

*
* *

Dijérase, pues, que el título anuncia un

(1) «E por quanto el intento de la obra es prinçipal»mente de reprobaçion de amor terrenal, el amor de Dios »loando», etc.

ARCIPRESTE DE TALAVERA, *Corvacho ó reprobacion del Amor mundano*, por el Bachiller Alfonso Martinez de Toledo. Madrid MCMI (Sociedad de Bibliófilos españoles), Parte segunda, cap. XIV, pág. 90.

contenido por todo extremo edificante y honesto, sin mezcla alguna de frases ó de conceptos que no pudieran ser escuchados ó sostenidos por púdicas vírgenes y ejemplarísimos varones. Así quieren darlo á entender las sesudas advertencias del autor en las primeras estrofas de su libro, en las que principia con ferviente súplica al poder divino, y el pasaje donde explica de este modo el fin que se propuso: «fis esta chica escritura en memoria del bien» [1]. El Arcipreste teme, sin embargo, que ni por hacer protesta tal, ni por haber comentado con tanta unción el texto de David, *Intellectum tibi dabo*, *etc.*, ha de ser creído cuando la gente se entere de la mercancía que cubre tan honrado pabellón, y saliendo al paso á posibles críticas y reparos, dice:

non tengades que es libro neçio de devaneo
nin creades que es chufa algo que en él leo [2],

no hallando el menor inconveniente en mantener con una tranquilidad y un desparpajo admirables que es más lo que en su libro se

(1) *Proemio*, pág. 4.
(2) Est. 16.

habla de cosas santas que de cosas terrenas,

de la santidat mucha es bien gran liçionario,
mas de juego e de burla es chico breviario [1].

En efecto, así lo pensaría el que lo abriese por sus comienzos, por los *Gozos de Santa María*, ó por la *Pasión de Jesucristo;* mas cuando ve que el Arcipreste, á raíz de haber tomado en sus labios el nombre de Dios y de afirmar que el objeto de su obra es prevenir contra las maestrías, sutilezas y engaños del loco amor, escribe:

«empero, porque es umanal cosa el pecar, si »algunos, lo que non los consejo, quieren usar »del loco amor, aquí fallarán algunas maneras »para ello [2]»,

el lector, ó pierde la brújula, ó cae en la cuenta de que se las tiene que haber con un humorista socarrón, dispuesto á reirse de él muy á su sabor, y, si le apuran, á ponerse el mundo por montera.

Acaso, la paradisiaca desnudez con que en la obra se presentan las ideas más atrevidas obedezca á que el Arcipreste entendía, como

(1) Est. 1.632.
(2) *Proemio*, pág. 6.

entendió más tarde el autor de la *Celestina*, que el moralista no debe encubrir los medios de pecar, y que el conocerlos antes sirve de provechosa lección que de incentivo, al revés de lo que opinó el Arcipreste de Talavera, quien preocupándose más que el de Hita del escándalo que en las gentes honestas y temerosas de Dios pudieran producir sus enseñanzas, callóse muchas cosas que él seguramente sabía muy bien, porque explicarlas era «mucho más avisar que corregir y castigar» [1].

Quizá también la crudeza del concepto sea una de las razones por las que Juan Ruiz, queriendo vestir de apariencias morales á su libro, insista tanto en que se procure desentrañar el sentido verdadero:

Entiende bien mis dichos e piensa la sentençia [2].

.....

La manera del libro entiendela sotil [3].

.....

Las del buen amor son rasones encubiertas [4].

.....

(1) *Ob. cit.* Parte primera, XXIII, pág. 99.
(2) Est. 46.
(3) Est. 65.
(4) Est. 68.

Fasta que el libro entiendas del bien non digas
[nin mal,
ca tu entenderás uno e el libro díse al [1].

.....

Muchos leen el libro, toviendolo en poder,
que non saben que leen, nin lo pueden entender [2].

.....

..... sobre cada fabla se entiende otra cosa [3],

si bien no es menos cierto que estas advertencias dimanan del carácter simbólico que el Arcipreste, influído por las obras de origen oriental, dió á muchas de las escenas de su libro, adoptando el *enxemplo* y la alegoría. Recomendaciones tales son muy comunes á todos los que escribieron apólogos, desde Fedro, que en su traducción de Esopo cuidaba de puntualizar la moral de la fábula en uno ó más versos colocados al principio de ella (sistema seguido por Sánchez de Bercial en el *Libro de los Enxemplos)*, hasta la traducción castellana de *Calila e Dymna,* cuyo prologuista dice que «si el entendudo alguna cosa »leyere deste libro, es menester que lo afirme

(1) Est. 986.
(2) Est. 1.390.
(3) Est. 1.631.

»bien, et que entienda lo que leyere, e que »sepa que ha otro seso encobierto; ca si non »lo supiere, non le terná pro lo que leyere» [1]. El mismo Gonzalo de Berceo, hablándonos en los *Milagros de Nuestra Señora* de aquel sueño que le dió motivo para hacer una de las más hermosas descripciones que en lengua castellana están escritas, agrega también que

..... lo que dicho avemos
palabra es oscura, esponerla queremos,
tolgamos la corteza, al meollo entremos,
prendamos lo de dentro, lo de fuera dessemos [2].

*
* *

Poco hemos de decir acerca del estilo del Arcipreste; solamente leyendo su poema, con previo conocimiento de las obras poéticas anteriores, es posible apreciar con alguna exactitud el progreso inmenso que acusa respecto de ellas el *Libro de Buen Amor*.

Acaso la frase de Juan Ruiz sea por lo general más dura que la de alguno de los poe-

(1) *Calila e Dymna*. Prólogo, pág. 11.
(2) *Milagros de Nuestra Señora*, est. 16.

tas que le precedieron (Berceo, por ejemplo), lo cual, á nuestro juicio, es debido á que dispone de un vocabulario tan extenso, que á veces quita espontaneidad poética á sus estrofas. Fué, sin embargo, el que cumplía á su temperamento literario, porque de otro modo ni hubiera podido comunicar á sus cantares aquel plasticismo, aquella fibra recia y aquella entereza viril que entre todos los poetas de su tiempo le distinguen con trazos de robusta personalidad, ni asumir como asumió en un momento dado la representación legítima de la musa castellana. Pero esto no fué obstáculo para que el Arcipreste supiese ser, cuando quería, tan delicado como el que más pudo serlo, y si no recuérdense la *cántica de serrana*,

Cerca La Tablada,

con su lozanía y frescura campesinas, con el ambiente y color de los severos paisajes de la Sierra; las estrofas de la *Pasión de Jesucristo*, llenas de soberana grandeza y de augusta poesía; el episodio del *recibimiento del Amor*, en que hasta la naturaleza se engalana para modular un canto de juventud que llevan

por los campos las ondas del aire, impregnadas del perfume de las flores, y dígase si hubo otro en Castilla que, como el Arcipreste, tuviese para sus versos tan múltiples registros.

Si por esto maravilla, asombra también por su léxico extraordinario; es preciso andar cerca de tres siglos en la historia de la Literatura y llegar hasta el gran Quevedo para que hallemos quien pueda dignamente competir con él. Merecería bien de las Letras españolas el que emprendiese la obra de reunir el vocabulario del Arcipreste de Hita, antes de que de fuera nos venga hecha, como otras muchas cosas han venido, para mengua nuestra y perpetua memoria de una punible negligencia, indisculpable en aquellos españoles que menosprecian, por lo mismo que la ignoran, la historia de la Patria y encuentran más cómodo ganar nombre y fama mediante el socorrido procedimiento de echarse á discurrir con libertad salvaje por el ancho campo de la estulticia humana.

CAPÍTULO III

MATERIAS QUE COMPRENDE EL *LIBRO DE BUEN AMOR*.—EL ARGUMENTO

EXAMINEMOS ahora los elementos que constituyen la obra del Arcipreste, y para ello vamos á empezar por los externos, estudiando las materias que comprende el libro, sus fuentes principales y las clases de composiciones y de metros empleados en el mismo.

El Sr. Menéndez y Pelayo analiza los asuntos tratados en el *Libro de Buen Amor* del modo siguiente:

1.° Una novela picaresca.

2.° Una colección de *enxiemplos*.

3.° Una paráfrasis del *Arte de amar* de Ovidio.

4.° La comedia *De Vetula*, imitada ó más bien parafraseada.

5.° El poema burlesco ó parodia épica de

la *Batalla de Don Carnal y de Doña Cuaresma*, y otros fragmentos del mismo género.

6.° Varias sátiras.

7.° Una colección de poesías líricas.

8.° Varias digresiones morales y ascéticas [1].

A pesar de esto, el Maestro afirma la unidad de la obra, y añade que por perderla de vista «se ha desconocido el verdadero carác»ter del poema, se ha amenguado su impor»tancia en la historia literaria, y se han come»tido no leves errores sobre la filiación de su »autor» [2].

Ciego será quien no vea tal unidad en el libro, cuyo argumento es completísimo, no obstante las muchas digresiones de la acción principal.

***

Contiene en primer término el *Libro de Buen Amor* una invocación á Dios y á la Virgen, seguida, como queda dicho, de un largo pasaje en prosa, en el que diserta el Arcipreste sobre el fin de su obra y comenta va-

(1) *Antología de poetas líricos*. Tomo III, pág. LXXI.
(2) *Id.*, id.

rios versículos de la Sagrada Escritura. A continuación, y por «que de todo bien es, co»mienço e rais la Virgen Santa María», dedica dos composiciones á los *siete gozos*, y, despachados tan piadosos deberes, prepara ya la verdadera idea de la obra, cantando la alegría cual huésped al que debe recibirse de buen grado cuando por acaso quiera venir á visitarnos. Esto le lleva á hablar del Amor como alma del mundo, á cuyo imperio viven sometidos todos los seres, é inmediatamente saca á escena al protagonista (que parece á veces el mismo Arcipreste, á veces un fingido personaje), y dan principio las aventuras que forman la trama y desenvuelven el argumento.

El protagonista, cediendo á la inexorable ley, préndase de una dueña, á la que intenta seducir; pero ni con ella ni con las otras dos á quienes sucesivamente requiere de amores, es afortunado. Compadecido de él, se le aparece el Amor, diciéndole que nada logrará mientras no acate sus consejos, y, en efecto, se los da tales y tan buenos, que con la mitad de ellos bastaría para escribir un tratado amatorio; pero la conversación que sostienen des-

pierta en el galán la conciencia y el recelo del pecado; conviértese la plática en disputa, porque el Amor déjale entrever sus encantos y aquél le echa en cara las desdichas que acarrea, haciéndole responsable de todos los dolores que nos contristan, idea que da margen al autor para discurrir acerca de los pecados capitales y de si los hombres pueden ó no contrariar el signo en que nacen, con lo que dió cabida en su libro á una de las cuestiones batallonas que más revueltos traían por entonces á los teólogos. La intervención de Venus en el asunto acaba de rendir las débiles fuerzas humanas, porque le promete protegerle en la conquista de una joven viuda, cuya púdica resistencia vence al cabo, gracias á la diosa y á los oficios de Trotaconventos, mensajera vieja y redomada, harto más hábil para estos negocios que el criado follón á quien en otros tiempos encomendó el encargo de una tercería. Tras de otro idilio, interrumpido á destiempo por la muerte de la nueva amada, va á correr la Sierra y á gozar del amor campesino; pero cansado de pecar y al acercarse el tiempo santo de Cuaresma, siente un pasajero re-

mordimiento que le mueve á hacer penitencia en un devoto Santuario, donde dirige efusivas plegarias á la Virgen María y memora con ejemplar recogimiento la Pasión y Muerte de Jesucristo.

En esto halló propicia ocasión el Arcipreste para pintar la eterna lucha que riñen en el mundo los principios de la Moral austera y los vehementes deseos de la naturaleza humana, y con tal objeto intercaló en su obra el episodio del *Carnal y la Cuaresma*, en el que vemos que la Templanza subyuga á la Carne en un punto de descuido; pero ésta resurge con más bríos, y, llamando al Amor en su socorro, vuelve victoriosa á apoderarse de sus dominios, sin que halle fuerza que la resista, ni freno que la sujete, ni amenaza que la acobarde. El pecador, impresionado por cuadro tan esplendente, olvídase de sus loables propósitos de enmienda y torna á ser quien siempre fué, emprendiendo primero la seducción de una dueña á la que vió, como Raimundo Lulio, haciendo oración en un templo; luego la de una monja, más tarde la de una mora, hasta que la muerte de la mensajera que le sirvió fielmente en sus amores,

y la fatiga de su vida disipada, hácenle meditar en lo fugaz de las venturas de la tierra y en los arduos problemas que se plantean ante la tumba, dándonos de paso muy útiles enseñanzas para que sepamos esquivar las tentaciones del demonio.

Tal es el argumento de la obra, y en verdad que no hay nada más humano, porque es la vida del pecador, que vale tanto como decir la vida del hombre, en la que los instantes de arrepentimiento son aquellos que coinciden con la duda ó con el hastío, y en la que también el goce viene perseguido muy de cerca por el miedo de la sanción, siquiera de él triunfe casi siempre el anhelo del deleite; pero la lucha que se entabla entre sentimientos tales informa la vida entera, mientras no se oye la voz de la eternidad, que con sus apocalípticos acentos infunde el espanto en el aterrado espíritu y en el cuerpo caduco, suscita la idea de los estériles años gastados en lo que el viejo estima ya como dicha efímera, aunque el mozo siga creyéndolo el fin principal de la existencia, idea, sin embargo, que, sembrada en el borde del sepulcro, hace germinar la planta del perdón y del consuelo,

como flor de esperanza que nace entre la luz que se extingue y las tinieblas que se acercan.

Así termina el libro del Arcipreste en el códice de Toledo; todo lo demás que se lee en el de Salamanca (acaso con la excepción de los *Loores de la Virgen)* [1], es decir, los *Gozos de Santa María,* la *Cántica de los escolares que demandan por Dios*, el *Ave María* y la *Cántica de los clérigos de Talavera*, así como los dos *Cantares de ciegos* del códice de Gayoso, ni pertenecen al *Libro de Buen Amor,* ni con él guardan relación alguna, pues al menos para nosotros no hay duda de que fueron puestos allí por los copistas, sin más razón para ello que la de tratarse de composiciones del mismo autor.

(1) Las cuatro *Cánticas de Loores de Santa María* que aparecen en los folios 101 y 102 (ó CIX y CX, según la numeración primitiva), á pesar de estar colocadas después de la estrofa 1.634, que es la última del *Libro de Buen Amor*, creemos que debieron de ser incluídas antes de ella, pues el Arcipreste dice en la 1.626:

Porque Santa María, segund que dicho he
es comienço e fin del bien, tal es mi fe,
fisle *cuatro* cantares, e con tanto faré
punto á mi librete..., etc.

Y, como las *cánticas de loores* son *cuatro* precisamente, de aquí nuestra suposición de que sean las que prometió hacer el autor en la estrofa mencionada.

CAPÍTULO IV

FUENTES PRINCIPALES DEL *LIBRO DE BUEN AMOR*. ADVERTENCIA PREVIA.—LOS PROCEDIMIENTOS LITERARIOS EN LA EDAD MEDIA.—SEMEJANZAS DE CIERTOS PASAJES DEL ARCIPRESTE CON ALGUNAS OBRAS DE LA ÉPOCA.

L entrar en el estudio de las fuentes principales en que se inspiró el Arcipreste, conviene advertir que, respecto de este punto, solamente hemos de hacer ahora una indicación general, porque cuando hablemos de las ideas del *Libro de Buen Amor* se completará, hasta donde nos sea posible, el análisis de los orígenes y precedentes de cada una de ellas, así como las diversas influencias que experimentó el autor.

También diremos previamente que es grande nuestra desconfianza en cuanto se refiere á las afinidades que con frecuencia existen entre dos ó más obras, y por eso no nos basta hallar un pensamiento igual ó pa-

recido en una de ellas para deducir, como tantas veces se ha hecho con precipitación indisculpable, que el autor tuvo á la vista uno ó varios textos anteriores.

Hay que no olvidar, sin embargo, que fué común achaque de los escritores, y especialmente de los poetas de la Edad Media, copiar y plagiar cuanto encontraban á su alcance, en lo cual, por cierto, pudieran reputarse como ascendientes de más de un moderno literato y de más de dos amenos cultivadores de la Sociología. Tomaban, en efecto, de otras obras, sin el menor escrúpulo, lo que les venía en gana: el mismo Arcipreste dió pruebas de tener, como pocos, una gran elasticidad de conciencia literaria, y así lo acreditan el episodio de *Doña Endrina*, el del *Carnal y la Cuaresma* y otros varios de los que hemos de tratar más adelante. Por eso, si siempre es difícil y empresa para pocos reservada determinar con relativa exactitud los orígenes de una obra, lo es mucho más en las de este tiempo, en que los escritores saqueaban los libros que caían en sus manos, apropiándose, como si fuese botín, de cuanto de ellos les conviniera utilizar para los suyos.

***

La costumbre de empezar con una invocación al poder divino descúbrese en buen número de las obras poéticas de la Edad Media; nada, pues, tiene de particular que Juan Ruiz diese de este modo comienzo á su libro. Pero no pueden por menos de llamarnos la atención algunas semejanzas, que exceden de la categoría de meras casualidades, entre este pasaje del *Libro de Buen Amor* y otras invocaciones por el estilo, anteriores y posteriores á él. Por ejemplo, los versos de aquel libro,

Señor, tú que libreste á Santa Susana
del falso testimonio de la falsa compaña [1].
.....
A Jonás el profecta del vientre de la ballena,
en que moró tres dias dentro en la mar llena,
sacástelo tú sano, etc. [2],

parece que se escribieron teniendo ante los ojos los versos del *Poema del Cid* que dicen:

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 4.
(2) *Id.*, est. 5.

Salvest a Santa Susanna del falso criminal [1].

....

Salvest á Ionas, quando cayó en la mar [2],

y, de la misma manera, las palabras del Arcipreste,

Señor, tu diste graçia á Ester la Reyna [3],

.....

á Santa Marina libreste del vientre del drago [4].

.....

Señor á los tres niños de muerte los libraste
del forno del grand fuego, etc. [5],

tienen indudable analogía con aquellos otros que leemos en el *Poema de Fernán González*,

e de muerte libreste a Ester la reyna
e del dragon libreste a la Virgen Maryna [6].

.....

Libreste á los tres ninnos de los fuegos ardien-
[tes [7].

(1) *Poema del Cid*. Edición anotada por Ramón Menéndez Pidal. Madrid, 1900: verso 342. — También es parecido al verso de la est. 109 del *Poema de Fernán González*,

Tu que libreste á Susanna de los falsos varones.

(2) *Id.*, verso 339.

(3) *Libro de Buen Amor*, est. 2.

(4) *Id.*, est. 3.

(5) *Id.*, est. 6.

(6) *Poema de Fernán González*, est. 107.

(7) *Id.*, est. 110.

Cierto es que Juan Ruiz, andando el tiempo, pagó con creces estos hurtos, si es que lo fueron, pues el *Rimado de Palacio* nos demuestra que el Canciller Ayala, no sólo tomó de la invocación del Arcipreste alguna de sus comparaciones, sino hasta la situación dramática, por decirlo así, en que nuestro poeta se coloca en ella, al pedir á los poderes celestiales que vengan en su favor para librarle de la cárcel, cosa que en otro poeta que no fuese de la Edad Media, no justificaría ni aun la circunstancia de que el autor del *Rimado* estuviese en prisión, como Juan Ruiz, cuando le copiaba sus estrofas:

Señor Dios que á los judios pueblo de perdiçion
sacaste de cabtivo del poder de Faraon,
á Daniel saçaste del poço de Babilon,
saca a mi coytado desta mala presion [1].

. . . . . .

A Jonas el profecta del vientre de la ballena
en que moró tres días dentro en la mar llena
sacastelo tu sano, así como de casa buena;
Mexias, tú me salva, sin culpa e sin pena [2].

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 1.
(2) *Id.*, est. 5.

.....

Señor, tú que sacaste al profecta del lago [1].

Tales son las primeras estrofas del *Libro de Buen Amor*. López de Ayala, para no molestarse en hacer de nuevo lo que otro había hecho ya, escribe de este modo:

Señor tú que sacaste al pueblo de Israel
De tierra de Egipto de poder muy cruel,
Tú me saca de aqui, do yago muy lasrado, etc. [2].

.....

Señor, tú que á Jonás del vientre de la ballena
Libraste de perigro en que estaba en pena
Tú me libra, Señor, etc. [3].

.....

A Daniel tu libraste del lago de los leones [4].

Muchas coincidencias como estas cabría señalar entre el libro del Arcipreste y los de sus predecesores y contemporáneos si tal fuese nuestro ánimo ó creyésemos, por lo menos, que era cuestión de interés. Veríamos por ellas cómo no ya en las palabras y en las

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 3.
(2) *Rimado de Palacio*, est. 765.
(3) *Id.*, est. 769.
(4) *Id.*, est. 770.

frases, pero hasta en lo que llamaríamos la dirección de las ideas, parécese el Arcipreste á los escritores de su tiempo, aun cuando esto no sea suficiente para concluir que todas las veces les copiase, sino que, por respirar el mismo ambiente que ellos, era partícipe en el común patrimonio literario. Así, el asunto de los pecados capitales, que con tal extensión se explana en el *Libro de Buen Amor,* fué tratado por casi todos los autores de entonces, tanto poetas como prosistas, los cuales procuraban encauzar la narración de modo que viniese á pelo la doctrina, especie de tópico de que ninguno de ellos sabía prescindir.

En otras ocasiones, leyendo las estrofas de Juan Ruiz, recordamos á Gonzalo de Berceo, sin ir más lejos en el desarrollo episódico que el primero dió á la fábula del *Alcalde de Buxía,* cuento que, por la minuciosa descripción de los detalles procesales, trae á las mientes aquel otro juicio, concebido también en los procedimientos legales de la época, llevados á lugar tan augusto como el cielo, en que Berceo relata el pleito que ángeles y demonios sostuvieron al disputarse la posesión de un alma, y que, previos los correspon-

dientes alegatos de las partes, falla la Virgen María, finalizando en última instancia con la confirmación que Jesucristo hace de la sentencia por los trámites comunes ante los tribunales del fuero [1], pleito que supusiérase inspirado en las mismas fuentes que el célebre *Processus Satanae contra Virginem coram Jesu judice* que en el siglo XIII escribió un desconocido autor italiano, y en el que es de ver cómo los litigantes citan ante el divino tribunal textos del Derecho romano y del Derecho canónico para reforzar sus razones respectivas. Otras veces contemplamos en el *Libro de Buen Amor* ideas y palabras que sugieren la sospecha de que quien las pensó y escribió había leído con mucho aprovechamiento los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho;* tal sucede, v. gr., con las estrofas 1.579 y siguientes, en las que nos habla el Arcipreste «de quales armas se debe armar »todo cristiano para vencer el diablo, el »mundo e la carne», pasaje que por comparar las diversas virtudes á la *loriga* [2], á la

(1) *Milagros de Nuestra Señora*, II.
(2) *Libro de Buen Amor*, est. 1.587.

espada [1], á la *capellina* [2], al *escudo* [3] y á la *lanza* [4], recuérdanos aquel capítulo de los *Castigos* que trata del diablo y de «las armas para »defender y armas para ferirle» [5], donde asimismo se compara el temor de Dios á la *loriga,* la justicia á la *espada,* el conocimiento de Dios á la *capellina,* el *escudo* á la creencia firme y la *lanza* á la fortaleza de corazón. Otras, en fin, despierta la memoria del *Poema de Alexandre,* libro que el Arcipreste espigó muy prolijamente, cual puede verse en las descripciones de la tienda del Amor y en la de los instrumentos musicales, descripción esta última que certifica una vez más lo que antes hemos dicho acerca del despojo literario de la época; porque, en efecto, en el *Roman de la Rose* [6] se enumeran los instrumentos musicales de Pigmalión [7], y es casi segu-

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 1.588.

(2) *Id.*, est. 1.594.

(3) *Id.*, est. 1.598.

(4) *Id.*, est. 1.602.

(5) *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, cap. I, página 89.

(6) Versos, del 21.803 al 21.834.

(7) Véase sobre estas cuestiones el erudito artículo de Mr. Frederick Bliss Luquiens, *The Roman de la Rose and*

ro que el que compuso el *Alexandre* francés tuvo en cuenta este trozo para escribir el de su obra, que, traducido al castellano en el poema, fué en cierto modo trasladado por el Arcipreste al *Libro de Buen Amor* y desde éste al *Poema de Don Alfonso Onceno*, cuyo autor también quiso hacer alarde de saber lo que eran laúdes y vihuelas, rabeles y salterios, guitarras y exabeas moriscas [1], de todo lo cual se desprende que el campo de la literatura era considerado como de dominio común, en el que no se conocía siquiera la doctrina del primer ocupante.

medieval Castilian literature, publicado en la *Romanische Forschungen*, vol. XX, pág. 284.

(1) *Poema de Don Alfonso Onceno*, coplas 406 y siguientes.

CAPÍTULO V

FUENTES PRINCIPALES DEL *LIBRO DE BUEN AMOR* *(continuación)*. LAS FÁBULAS ESÓPICAS.

EXCEPCIONAL importancia habían de tener en la Edad Media las fábulas de Esopo, dado el sistema del apólogo que, merced á las obras orientales, se impuso á todos los escritores de aquella época. Por eso, si los *enxemplos* sacados del *Pantschatantra*, del *Hitopadeza*, del *Sendebar* y de las fábulas de Lokman, forman la corriente oriental que tantos materiales proporcionó á las literaturas europeas, la occidental puede estimarse, en cierto modo, formada por los cuentos esópicos; y decimos en cierto modo, porque aunque su origen permanezca todavía en el misterio, es muy verosímil que también se importasen en Grecia por conducto del Oriente; así se presume por los muchos extremos en que convienen las fábulas que se atribuyen á Esopo y algunos de

los apólogos de las obras arriba mencionadas. Ha de notarse, sin embargo, que es labor llena de dificultades, casi siempre insuperables, la de discernir cuáles sean las fábulas del autor griego y las que como de él corrieron en la Edad Media y corren aún en nuestros días, porque las primitivas versiones fueron constantemente modificadas. Acaso la traducción poética de Fedro nos sirviese de punto de referencia si no hubiera motivos para pensar, por un lado, que al autor latino llegaron ya las fábulas de Esopo un tanto adulteradas, y, por otro, que el original que siguió no debía de ser el único que existiese en su tiempo, pues las variantes entre tal versión y la hecha después por Aviano, dícennos que no tuvieron un antecedente común.

En la Edad Media se conocieron dos antiguas colecciones esópicas en latín, base de todas las posteriores, á saber: la ya citada de Aviano, escrita en dísticos latinos, puestos en prosa más tarde, y el *Romulus imperator*, también en prosa, tomada del libro de Fedro, hacia el siglo XII traducida al inglés, que fué la primera lengua occidental que poseyó versión propia de las fábulas de Esopo,

y de la cual pasaron luego á los idiomas del Continente.

No hay que decir que estas fábulas, como todas las colecciones de apólogos, explotáronse en grande escala, y quizá en mayor que ninguna otra por ser uno de los más antiguos *repertorios;* pero nadie como el Arcipreste las utilizó hasta casi apurar los centones esópicos.

En el *Conde Lucanor* hay algunas de ellas, cuales la de la *Raposa y el Cuervo* [1], y la de la *Golondrina y las otras aves* [2], y *enxemplos* hay también, aunque no en gran número, en obras anteriores con asuntos que siempre han sido señalados como de los célebres apólogos. Bien es cierto que, según se ha expresado ya, no siempre es fácil fijar los *enxemplos* castellanos que tienen su origen en tales fábulas, porque en las viejas colecciones hubo muchas que se creía ser de Esopo, y han venido á resultar después de una antigüedad más remota; esto sucede, entre otras, con la del *Hombre, el Asno y la Perrilla*, cuya idea há-

(1) *Conde Lucanor*, cap. V.
(2) *Id.*, cap. VI.

llase en el *Hitopadeza* [1]; con la de la *Lima y la Serpiente*, que es la del *Herrero y el Perro*, de Lokman [2]; con la de la *Zorra y las Gallinas*, que es la de la *Garduña y las Gallinas*, del propio autor [3]; con la del *Perro y la carne*, que es la que en la misma obra se titula *El Perro y el Milano* [4], etc., etc.

El Arcipreste llevó á su libro una gran parte de las fábulas que en su tiempo eran juzgadas como esópicas, y esto es precisamente lo que da á sus *enxemplos* el mayor valor, pues su conjunto es, sin duda alguna, la primera colección castellana conocida de los apólogos de Esopo.

Ignoramos cuál fué la versión de que pudo servirse Juan Ruiz. Las palabras de uno de sus *enxemplos*,

Esta fabla compuesta, de *Isopete* sacada [5]

movieron á decir á Wolf que se refieren «á »una de aquellas compilaciones de fábulas

(1) Véase la *Introducción*, pág. 44, nota (8).

(2) Véase A. Cherbonneau, *Fables de Lokman*, París, 1864, fáb. 29, pág. 56.

(3) *Id.*, fáb. 33, pág. 62.

(4) *Id.*, fáb. 41, pág. 76.

(5) *Libro de Buen Amor*, est. 96.

»esópicas, corrientes en la Edad Media, que »él (el Arcipreste) lo mismo que los troveros »llama *Isopete* (los troveros *Isopet)*», y añade que quizá «era su fuente inmediata una re»dacción francesa del Norte» [1]. En efecto: por el verso que se ha citado conjeturamos que ni de la colección latina de Aviano ni del *Romulus imperator* tuvo noticia Juan Ruiz, y que, por tanto, la que él vió sería probablemente, ó bien la que María de Francia compuso con el título de *Isopet*, en tiempo de Enrique II, traducida de la primera versión inglesa de las fábulas de Fedro, ó bien alguna de las que con el mismo nombre hiciéronse en Francia en los siglos XIII y XIV, acaso el *Isopet de Lyon*, cuya popularidad en la Edad Media fué mucho mayor que la del de París ó *Isopet-Avionet*, como se le llamaba entonces. De todos modos, la versión de que usó el Arcipreste tuvo necesariamente que ser anterior á la de Planudes, si es que éste, como dice Fabricio [2], floreció en 1380, ó sea

(1) *Historia de las literaturas castellana y portuguesa por Fernando Wolf* (traducción castellana de *La España Moderna*), tomo I, pág. 117, nota 2.ª

(2) *Bibliotheca Graeca*, libro III, cap. 28.

cerca de cuarenta años después de escrito el *Libro de Buen Amor.*

Comparados los *enxemplos* esópicos de este libro con la traducción de Fedro y con las versiones de otros *intérpretes* como Valla, Guillermo Gudano, Barlando, Remicio, etcétera, que fueron clásicas en las escuelas hasta principios del siglo XIX, vense algunas diferencias que patentizan que el Arcipreste ó que los autores posteriores á él que hemos nombrado, alteraron á veces el texto primitivo; así, en el *enxemplo* que titula Juan Ruiz *De como el león estaba doliente y las otras animalias lo venian á ver* [1], el león enfermo recibe la visita de varios animales que para darle alimento matan á un toro, siendo el lobo el que hace el primer reparto, mientras que en la fábula *De leone et aliis*, de la colección de Barlando, el león no está enfermo, sino que va de caza con una zorra y con un asno, que es el que, por no atinar á complacer á aquél en la división de la presa, paga su torpeza con la vida; del mismo modo se cuenta la historia en el célebre *partage* del *Roman de Renard.* En el *Enxiemplo de las ranas en como de-*

(1) *Libro de Buen Amor*, pág. 22.

mandaban rey á don Jupiter [1], éste envía á la laguna

..... una *viga de lagar,*
la mayor que él pudo, etc. [2];

y, en efecto, si el tamaño del palo está conforme con las palabras «*dejicit ille* trabem, *ea* molis ingenti», que leemos en la versión de Guillermo Gudano *De Ranis et earum rege* [3], no lo está ni con la de Hermann, *De Ranis Regem petentibus,* que dice *lignum in stagni medium dimisit* [4], ni con la de Fedro, que, más ajustado con esta última, se vale de la frase

..... atque illis dedit
Parvum tigilum [5].

Además, en las versiones de Fedro y en la de Gudano, el segundo rey que manda el dios enojado es una hidra; pero en el *enxemplo* del Arcipreste y en el arreglo de Hermann es una cigüeña. El cuento que en el *Libro de Buen Amor* titúlase *de la Abutarda e de la Go-*

(1) *Libro de Buen Amor*, pág. 39.
(2) Est. 200.
(3) *Æsopi phrigius et aliorum fabulae*, Matriti, Viuda de Barco López, 1825; pág. 268.
(4) *Id.*, pág. 167.
(5) *Fábulas de Phedro.* Madrid (Sancha), 1781; pág. 7.

londrina [1], que es el *De hirundine et aliis aviculis*, de Gudano, discrepa más de la fábula esópica que el que vemos en el *Conde Lucanor*, *De lo que contesçió á la golondrina con las otras aves quando el ome sembrava lino* [2], y, por este orden, si nos propusiéramos hacer una nimia comparación entre los varios intérpretes de Esopo, citaríamos repetidos casos de diferencias en el detalle y aun en el concepto, como acontece, v. gr., en el *enxemplo* de *Las Liebres (De leporibus inaniter timentibus)* [3].

Lo que caracteriza á la versión del *Libro de Buen Amor* es el desenvolvimiento de los asuntos, hasta el extremo de que puede decirse que con las ideas de aquellas fábulas consiguió el Arcipreste hacer una obra nueva y de vigorosa personalidad. La concisión que desde Fedro presentaban los apólogos de Esopo no se observa en los cuentos del poeta, á los que más bien que el aspecto de simples relatos les dió el de verdaderos episodios, juntamente con una animación extraor-

(1) *Libro de Buen Amor*, pág. 132.

(2) *Conde Lucanor*, cap. VI.

(3) De este ejemplo dice el señor de la Barra *(ob. cit.)* que está «lleno de movimiento imitativo y de leporosos temblores» (pág. 35).

dinaria; así, la fábula *Lupus et vulpis, judice simio*, que en Fedro no excede de diez versos, le bastó á Juan Ruiz para escribir casi un poema en su *enxemplo* del *pleito que el Lobo y la Raposa hubieron ante don Ximio, alcalde de Buxía* [1], cuento en el cual, con motivo del hurto, ofrécenos un cuadro de vivo color, describiendo un juicio en derecho con gran riqueza de detalles, los alegatos de las partes, la defensa y las acusaciones de los letrados, las artimañas y sutilezas de éstos, las vacilaciones del juez, y hasta los intentos de cohechar al magistrado. Recuérdese también la narración que hizo con la idea de la fábula del *Ratón de la ciudad y el del campo*, cuya acción coloca, no en un campo y en una ciudad cualesquiera, sino en pueblos que le eran familiares, como Guadalajara y Monferrado, adonde el primer mur va á ver al segundo aprovechando un lunes, que era día de mercado, ni más ni menos que como lo aprovecharía á veces el mismo Arcipreste para visitar á algún colega suyo que residiese en aquella aldea, y se convendrá en que los *enxemplos* de Juan Ruiz, más que por ser de Esopo, nos

(1) *Libro de Buen Amor*, pág. 58.

interesan por la transformación genial que experimentan al pasar por su mente y por su pluma, que, depurándoles del sabor exótico, lograron convertirles en cuentos y escenas de tierra castellana [1].

(1) Todo lo referente á las fábulas de Esopo en la Edad Media ha sido desde hace tiempo objeto de estudio, especialmente en Inglaterra; ya en 1786, Mr. R. Dodsley publicó un libro titulado *Select fables of Esop*, London, 1786, precedido de una *Nueva vida de Esopo* (A new life of Esop) escrita por un *learned friend* que no quiso dar su nombre, á la que sigue un *ensayo sobre la fábula* (An essay on Fable), probablemente del mismo autor, lleno de curiosas noticias. El año 1889 apareció la obra, que se ha hecho clásica, de Mr. J. Jacobs *History of the Æsopic Fable* (Londres), y en el mismo año, y escrita por el mismo autor, vió la luz otra no menos notable, titulada *The Fables of Æsop as first printed by Caxton.*

En Francia también goza de grande autoridad el libro de L. Herrieux, *Les Fabulistes latins depuis le siècle d'Auguste jusqu'à la fin du moyen age* (París, 1884). Puede verse además la citada obra de Mr. Gaston Paris, *La litterature française au moyen age*, §§ 79 y 80.

En Alemania existen las obras de Keller y Steinschneider, tituladas respectivamente *Untersuchungen über die Geschichte der griechischen Fabel* é *Ysopet hebräisch*, citadas por G. Paris en la obra antes mencionada (pág. 298) y que nosotros desconocemos.

Por último, en España se ha ocupado del asunto el señor Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas líricos castellanos* (tomo III, *Introducción)*, y últimamente en sus *Orígenes de la Novela* (II y III).

CAPÍTULO VI

FUENTES PRINCIPALES DEL *LIBRO DE BUEN AMOR* *(continuación)*.—CUENTOS NO ESÓPICOS CON ASUNTOS RELIGIOSOS Y PROFANOS.

VARIOS cuentos hay en el *Libro de Buen Amor* cuyas fuentes no son las fábulas de Esopo, unos inspirados en temas religiosos, y otros en materias profanas.

Entre los primeros clasificamos la hermosísima *leyenda del ermitaño* á quien perdió el demonio [1], que es de las más típicas de la Edad Media. Trátase de un santo eremita que por espacio de cuarenta años había vivido en austera penitencia; el demonio, pesaroso de tanta devoción, va un día á la choza donde aquél se alberga; con pretexto de hacerle comulgar con la Sangre de Jesucristo, le insti-

(1) *Libro de Buen Amor*, pág. 96.

ga á beber vino, y calculando que ha de persistir en la bebida y que ésta le obligará á dormir más tiempo del que acostumbró hasta entonces, recomiéndale que adquiera un gallo (con sus correspondientes gallinas, por supuesto), para que le anuncie las horas con su canto y no recele conceder al cuerpo mayor reposo del que requiere la vida penitente. Accede á ello el eremita incauto, quien desde entonces, en los intervalos que sus meditaciones le dejaban libres, pudo convencerse de que, como dice la copla popular,

> las gallinas y el gallo
> son el demonio,

pues nadie más que ellas y él avivaron en su mente las imágenes lascivas y los propósitos pecaminosos que le llevaron á forzar una mujer que halló en el campo, á la que después, por haber pedido auxilio y ante el temor de ser descubierto, privó el menguado de la vida.

Cuentos semejantes á éste fueron muy comunes en la Edad Media: uno análogo al

que dejamos referido, insértase en los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho* [1], y otro, que es fundamentalmente igual que aquél, en el *Libro de los Enxemplos* [2], pues en los dos se tiende á enseñar que el vicio de la embriaguez puede ser el origen de todos los demás *(Ebrietas plura vitia inducit)*; no obstante, el cuento de Sánchez de Bercial no debe de estar tomado de la misma fuente que el del Arcipreste, pues el ermitaño del *enxemplo* no es tentado por el demonio, sino que quiere retirarse voluntariamente de la vida de penitencia, y al oir que un ángel le dice que en tal caso no se librará de caer en uno de los tres vicios, de embriaguez, codicia ó lujuria, escoge el primero por suponerle pecado menos censurable, si bien es la causa de que incurra en los demás y hasta de que cometa un homicidio.

Mayor parecido que con este cuento tiene el del Arcipreste con uno del *Libro de Apolonio*, y el cual, aunque narrado á la ligera, no nos cabe duda alguna de que es el que á Juan

(1) *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, capítulo XXXIX.

(2) *Libro de los Enxemplos*, LVI.

Ruiz le dió ocasión para escribir el suyo; aludimos á la estrofa

De un ermitanyo santo oyemos retrayer
porquel fiço el pecado el vino beber,
ovo en adulterio por ello a cayer,
despues en adulterios las manos á meter [1],

idea que, como se ve, es idéntica á la de Juan Ruiz, aunque ambos autores, y especialmente el Arcipreste, copiaron el argumento de dos *fableaux* titulados *L'Eremite qui s'enyvra* y *L'Ermyte que le Deable conchia du coc et de la geline* [2].

Al mismo grupo que el *enxemplo* anterior corresponde el del ladrón *que fiso carta al diablo de su ánima* [3], derivado de una de las muchas consejas de pacto demoniaco que tan populares fueron en la Edad Media, y cuyos dispersos elementos habían de recogerse más tarde en la leyenda de Fausto. El cuento le vemos también en el *Conde Lucanor* [4], con exposición que recuerda la que hizo el Arci-

(1) *Libro de Apolonio*, est. 55.

(2) Véase *Nouveau Recueil de Fabliaux*, por Mr. Mèon, tomo II, páginas 173 y 362.

(3) *Libro de Buen Amor*, pág. 267.

(4) *Conde Lucanor*, cap. XLVIII.

preste, por más que varía un tanto el desenlace [1].

En el otro grupo, ó sea en el de los cuentos con asunto profano, incluímos varios *enxemplos* del *Libro de Buen Amor*, de los que unos tienen origen hasta cierto punto averiguado, aunque el de los demás sea de nosotros desconocido.

El primero que se lee en la obra de Juan Ruiz es el de la *disputación que los griegos y los romanos en uno hobieron* [2]. Cuando, según es fama, los romanos solicitaron leyes de los griegos, éstos, antes de concedérselas, quisieron persuadirse de si eran ó no dignos de lo que pedían, pues teníanles por gente demasiado ruda para que supiesen usar de aquéllas rectamente. Creyeron, pues, oportuno someterles á una especie de examen, mediante el cual acreditasen su calidad de pueblo culto. Así lo hicieron; pero como unos y

(1) Dice Wolf que tiene alguna semejanza con este cuento una historia «que se halla en el «*Schimp und Ernst*» »(«Burla y veras») de Pauli, bajo el título de «Del diablo »y el mal espíritu», según la edición de Francfort, del »año 1594, hoja 232 v.» (*Obra citada*, pág. 143, nota.)

(2) *Libro de Buen Amor*, pág. 15.

otros hablaban distinta lengua, preciso fué que conviniesen en entenderse por señas. El portavoz de los romanos fué un bellaco sin ningunas letras, pero de insigne desparpajo y falta absoluta de vergüenza, á quien vistieron paños valiosísimos para que representase más propiamente su papel; en cambio, su contendiente era un griego de los más sabios, escogido por los suyos en consideración á sus profundos estudios. Este, al ver al romano, le enseñó el dedo índice en alto levantado, y el romano le contestó á su vez levantando tres dedos; replicóle el griego mostrándole la palma de la mano, y el romano á él cerrando el puño. Dióse con esto por terminada la prueba, y el griego opinó que, sin duda, los romanos eran merecedores de las leyes, pues tal sabiduría demostraban; declaró entonces las misteriosas señas, diciendo que cuando levantó el índice, quiso significar que había un Dios, y el otro, levantando los tres dedos, quiso contestarle que era uno en tres personas; él entonces tendió la mano, como indicándole que todo en el mundo está sometido á la divina voluntad, y el romano, cerrando el puño, le replicó que Dios, en su poder, te-

nía el universo. Por su parte, el romano explicaba la pantomima manifestando que el griego, al levantar el dedo índice, pretendió decirle que le quebrantaría un ojo, y él le contestó que le quebrantaría á él los dos y los dientes, por añadidura; y como creyese que el contrario, extendiendo la mano, le amenazaba con darle una bofetada, él con el puño cerrado advirtió al griego de que en tal caso descargaría sobre él tan formidable golpe, que guardase recuerdo amargo por todos los días de su vida.

No dudamos un instante de que este cuento, que con alguna variante hemos oído en tierra de León, y también nos parece haber visto en una comedia de nuestro Teatro del siglo XVII, le tomó el Arcipreste de cierto comentario de Accursio (nacido en Florencia en 1182 y muerto en 1260) al Título Segundo del *Digesto*, *De Origine Juris*, según el texto de Pomponio, circunstancia que conocemos por otro comentario que á su vez escribió Antonio de Nebrija, poniendo á Accursio cual no digan dueñas y echándole en cara, con indignación de humanista, su crasa ignorancia cronológica claramente descubierta al hacer-

se eco de aquella patraña que pinta á los griegos y romanos hablando de la unidad de Dios y de la Santísima Trinidad. El texto de Nebrija hállase con el título *De legatis Athenas missis, Somnium Accursii*, entre otros sitios, en el *Vocabularium utriusque Juris;* copiaremos el párrafo, porque es interesante:

«Ante, inquit (Accursio), quam hoc fieret, mi»serunt Graeci Roman quendam sapientem ut »exploraret, an digni essent Romani legibus; qui »cum Roman venisset, Romani cogitantes quid »poterat fieri, quendam stultum ad disputandum »cum Graeco posuerunt, ut si perderet tantum »derisio esset. Graecus nutu disputare coepit et »elevavit unum digitum, unum Deum significans. »Stultus credens quod vellet eum uno oculo de»caecare elevavit duos, et cum eis elevavit etiam »pollicem, sicut naturaliter evenit, quasi caecare »eum vellet de utroque, Graecus autem credidit »quod Trinitatem ostenderet. Item Graecus aper»tam manum ostendit, ut ostenderet omnia nuda »et aperta Deo. Stultus autem timens maxillatam »sibi dari, pugnum clausum quasi repercussurus »levavit. Graecus intelexit quod Deus omnia clau»deret palma; et sic credens Romanos dignos »legibus, recessit [1].»

(1) *Vocabularium utriusque Juris*, Lugdini, 1591; pág. 603

Creemos que el asunto, y hasta el modo especial de contarlo, tienen completa semejanza, y que no es necesario insistir en cuál fué el origen del *enxemplo* en que el Arcipreste apoyó su idea de que

non ha mala palabra si non es a mal tenida [1].

Hay, en fin, en el *Libro de Buen Amor* otros cuentos cuyas fuentes no hemos visto en las obras castellanas anteriores ó contemporáneas, pero que podrían encontrarse escudriñando con cuidado los libros extranjeros de la época. Tal sucede con el *enxemplo* de *los dos peresosos que querian casar con una dueña* [2], del que casi estamos tentados á decir que es de cepa y enjundia castellana, por cierta similitud con nuestra anécdota del *haragán de Utrera* [3]; el que *fabla de la constelaçion e de la*

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 64.

(2) *Id.*, pág. 83.

(3) Un cuento algo parecido á éste hallamos en *Gesta Romanorum* (cap. 91. *De accidia et pigricia*, pag. 418); pero en él no se trata de pretendientes, sino de los tres hijos de Polimio, á quienes llamó el padre con objeto de conceder el reino al que de ellos demostrase ser más perezoso; da la casualidad de que la prueba que ofrece el tercer hijo es idéntica á la de uno de los perezosos del Arcipreste; «dum su-

planeta en que los ommes nasçen e del juysio de los çinco sabios naturales dieron en el nasçemiento del fijo del Rey Alcares [1], que por su fondo es de origen oriental (como aquel otro que, también de astrólogos y de horóscopo, vemos en el *Conde Lucanor* [2]), y algunos más que citar podríamos, entre los que hay tres ó cuatro que aunque no figuran en las colecciones esópicas que han llegado hasta nosotros, es muy probable que estuviesen en el *Isopete* de Juan Ruiz.

»perius in lecto jaceo et gutte aque propter magnam pigri»ciam super caput et super utrumque oculum cadunt, me »movere nescio ad destram vel sinistram, nec volo», dícese en *Gesta Romanorum*, y en el *Libro de Buen Amor* leemos:

Más vos diré, señora, una noche yasía
en la cama despierto e muy fuerte llovía,
dábame una gotera del agua que fasía,
en el mi ojo muy resia a menudo fería.
Yo hobe grand peresa de la cabeça redrar, etc.

(Estrofas 464-65.)

El cuento de *Gesta Romanorum*, con ligeras variantes, figura, según vemos, como de Esopo entre las extravagantes contenidas en *La vida y fábulas de Ysopo* (Amberes, J. Steelsio, edición cit. por Wolf) con el núm. XIII y bajo el título *Del padre y de los hijos*.

(1) *Libro de Buen Amor*, pág. 28.

(2) *Conde Lucanor*, cap. XXI.

El episodio de *Don Melón y de Doña Endrina*, que es uno de los más extensos de la obra, será tratado con el detenimiento que merece su importancia en los capítulos sucesivos, por lo cual, y para evitar repeticiones, nada decimos ahora acerca de él.

CAPÍTULO VII

FUENTES PRINCIPALES DEL *LIBRO DE BUEN AMOR* *(conclusión)*.—LA INFLUENCIA FRANCESA EN EL ARCIPRESTE: SU CARÁCTER.—CUENTOS Y EPISODIOS TOMADOS DEL FRANCÉS.

Muy discutida ha sido la influencia que la literatura francesa ejerció sobre Juan Ruiz, y bastante común sostener que fué decisiva en él, como en todos los escritores castellanos de su tiempo, partiéndose de esta afirmación, á todas luces precipitada, para negarle originalidad, para hacerle desmerecer como escritor y hasta para regatearle el lugar que tan por derecho propio ocupa en la historia literaria.

Ya dijimos en otro sitio (véase *Introducción*, II-1) nuestro modo de pensar en la cuestión; pero preciso es que ahora se la examine de nuevo por lo que respecta al Arcipreste.

¿Cómo negar que en él influyó aquella literatura? En primer término, tenemos por casi seguro que estuvo en Aviñón, y claro es

que no pasaría por Francia de un modo indiferente, dadas sus aficiones literarias y el movimiento entonces espléndido de las letras francesas. Aunque así no fuese, tampoco le hubiera sido posible sustraerse á influencia tal, porque, en su tiempo, la comunicación entre ambos países era más frecuente de lo que cabría esperar atendiendo á la rudeza de la época. Sabido es que en los años 1335 al 38, por virtud de la alianza pactada entre el Rey de Francia y Don Alfonso XI, éste envió á aquél un ejército castellano para auxiliarle en la guerra que mantenía con los ingleses, y que en 1343, merced á los perdones de Cruzada dispensados por el Papa, y á la gran penuria de las gentes, concurrió á la cerca de Algeciras buen golpe de aventureros franceses. Tales idas y venidas era forzoso que dejasen algún rastro, y es indudable que á oídos del Arcipreste llegó más de una anécdota de campamento, cuyo ignorado narrador no pensaba ciertamente que el relato con que divertía á los camaradas en las horas de tregua, había de perpetuarse en uno de los libros más admirables que registra la literatura española.

Aparte de esto, las letras castellanas de la Edad Media retienen de la influencia francesa indelebles testimonios, pues sin hablar, por ser cuestión muy delicada, de la que ejerció en el *Poema del Cid*, ahí están para probarlo algunas obras de Gonzalo de Berceo, como los *Signos que aparesçerán antes del Juiçio*, que aquél tomó de los *Quinze Signes*, conforme á los *rifacimenti* de la antigua leyenda hechos en Francia á mediados del XIII; la *Vida de Santa María Egipciaca;* el *Libro de Alexàndre*, basado en las últimas versiones de Venelais y de Guido de Cambray; el *Libro de Apolonio*, copia del *Jourdain de Blaie;* el *Libro de los Gatos,* trasladado al castellano de una traducción francesa de las *Narrations*, de Cheriton, etc., etc. Lógico es, pues, que el Arcipreste experimentase el general influjo; pero conviene puntualizar un poco el carácter que en él revistió, para no incurrir en apreciaciones erróneas, y, lo que es peor, completamente injustas.

En nuestra opinión, la influencia de la literatura francesa en el Arcipreste no se determina tanto en lo interno como en lo externo, es decir, que más que en el pensa-

miento, en la peculiar manera de sentir y de hacer y en la concepción de los asuntos, está en lo que copió, plagió ó tradujo de las obras francesas, y claro es que de lo que se traduce, se plagia ó se copia no es lícito decir, con propiedad al menos, que sea el producto ó resultado del mayor ó menor poder que ejerza una literatura, sino una consecuencia del mayor ó menor desahogo del escritor. Pero aun cuando el Arcipreste tomase del francés los asuntos de varios de sus cuentos y episodios, los sintió al modo castellano, porque nunca hizo el sacrificio de su musa en aras de otra musa extraña, ni el temple castizo de su ingenio se quebró jamás por el choque con exóticas ideas.

Juan Ruiz, en efecto, copió algunos cuentos franceses, ó, mejor dicho, extrajo de ellos la fábula que les sirve de armazón: pero nadie que haya leído el *Libro de Buen Amor* juzgará que *imitó* á los literatos de allende el Pirineo, único caso en el cual sería posible deducir que estaba influído por su literatura.

Circunscrita, pues, de este modo la influencia francesa en el Arcipreste á los que es-

timamos sus justos límites, veamos cómo se refleja en la obra.

*
* *

Una de las novedades que, copiada, no imitada del francés, trae el Arcipreste á las letras de Castilla, es la de introducir en su libro, á modo de personajes, las representaciones de ideas y de seres inanimados, como el *Amor*, la *Cuaresma*, el *Carnal*, los *Meses del año*, etc., etc., lo cual era casi desconocido en nuestra tierra, pero no en las literaturas francesa é inglesa: en la Primera parte del *Roman de la Rose*, escrita á mediados del siglo XIII por Guillermo de Lorris, todo es alegórico, comenzando por el argumento y terminando por los que en la acción intervienen, cuyos nombres son *Danger, Felonie, Bassesse, Haine, Avarice*, etc.; en la Segunda parte del mismo poema, escrita á últimos del XIII ó principios del XIV por Juan de Meun, el héroe principal es *Faux Semblant*, llevando todos los demás nombres de esta naturaleza; y, en fin, en la antes citada obra inglesa de Odo de Cheriton,

intervienen en uno de sus *enxemplos* la *Buena Verdad* y la *Mala Verdad* [1].

Pero dejando á un lado esta circunstancia y alguna otra de menor interés, son innegables los orígenes franceses de algunos de los cuentos y escenas escritos por Juan Ruiz.

Francés, sin duda de ninguna clase, es el donoso *enxemplo* titulado *de lo que conteçió á don Pitas Payas, pintor de Bretañia* [2], narración tan subida de color que raya en lo pornográfico. No nos consta su origen inmediato, pero basta fijarse en su índole peculiar para convencerse de lo que decimos, y en que, además, como ha notado el Sr. Menéndez y Pelayo, el Arcipreste quiso conservar en él la dicción francesa ó, más bien, su parodia, en las palabras *monseñer, volo, faser, portare, muyta, dona*, etc. El cuento debió de ser muy popular en Francia, porque en el siglo XVI no se había olvidado aún; vese con alguna variante en el *Formulaire de tous contrats, donations, etc., de Bredin-le-Cocu*, atribuído á Benoist du Troncy; se inserta en el

(1) Véase el *enxemplo* XXVIII del *Libro de los Gatos*.
(2) *Libro de Buen Amor*, pág. 87.

ignominioso y burdelesco centón que con el nombre de *Le Moyen de parvenir* dícese que escribió en el mismo siglo el canónigo de Saint Gatien de Tours, Beroaldo de Verville, almacenando en él, con baja y execrable delectación, todas las inmundicias del arroyo y todas las desvergüenzas de los lupanares [1], y fué igualmente imitado por La Fontaine en su fábula *Le Bât* (Libro III). La diferencia principal de estas versiones con relación á la del Arcipreste es que la figura hecha por el pintor no es la de un cordero, sino la de un asno, y aun agrega Verville que por haberle hallado el artista con una flamante albarda, siendo así que él le pintó en pelo, quedó la frase *baster l'asne*, *para hablar en términos encubiertos*, y como equivalente á *faire*, *verminer*, *besongner*, etc. [2]. Tampoco en España se perdió la memoria de este *enxemplo*, pues el Licenciado Tamariz, asimismo en el siglo XVI, escribió una de sus fábulas (manuscrito de la Biblioteca Nacional) con el título

(1) *Le Moyen de parvenir* par Bèroalde de Verville, París (Garnier Frères), LXXIV, These, pág. 264.

(2) *Id.*, pág. 266.

de *Novela del Corderito* [1], aunque por alguna variante presumimos que Tamariz no tomó el cuento del *Libro de Buen Amor*, de cuyos códices ni siquiera tendría noticia, y que quizá le recogiese del pueblo, que le guardó como tantos otros en su repertorio inagotable.

El episodio de *la pelea que hobo Don Carnal con la Quaresma* [2] procede también de la literatura francesa.

Los escritores de aquella nación, que hasta el siglo XIII habían cultivado los *fableaux* con rara fecundidad, en el primer tercio de dicha centuria empiezan á gustar de un nuevo género, á saber: de los poemas en que juegan las representaciones de dos ideas antitéticas frente á frente colocadas, ora como ejércitos apercibidos para el combate, ora como polemistas dispuestos para la controversia, forma literaria que, como dice Gaston Paris [3], tiene acaso su precedente en la *Psicomachia*, de Prudencio, y su causa próxima en la invasión que la dialéctica iba haciendo

(1) Citada por el Sr. Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas líricos castellanos*, tomo III, pág. LVI.

(2) *Libro de Buen Amor*, pág. 819.

(3) *Ob. cit.*, cap. IV, § 110.

por entonces en los espíritus cultos. Pues bien: entre las composiciones de esta clase, como el *Debat de l'hiver et de l'eté*, el *Debat du denier et de la brebis*, la *Dispute des vins blancs*, etcétera, hay una que se titula *Bataille de Carême et de Charnage*, que fué el modelo del Arcipreste para el episodio que hemos mencionado, y su idea se abrió camino tal en la literatura castellana, que no limitándose á tomar carta de naturaleza en el *Libro de Buen Amor*, siglo y medio después refrenda su nueva nacionalidad en la *Égloga*, de Juan de la Encina, *representada en la noche de Antruejo*, que empieza

¡Carnal fuera! ¡Carnal fuera! [1].

El propio origen tiene el *enxemplo del garçon que queria casar con tres mugeres*, cuya expresión literaria se asemeja de tal modo al de los muchos que coleccionó Boccaccio en tierra de Francia para su Decameron; el cuento proviene de los *Fabliaux du Vallet aux douze fames* [2], pero los mismos extranjeros han re-

(1) *Teatro completo de Juan del Encina*, edición de la R. Academia Española. Madrid, 1893; pág. 75.

(2) Barbazan et Méon, *Fabliaux*, tomo III, pág. 148.

conocido que el Arcipreste sobrepujó al original «en la ingenuidad del relato y en las »circunstancias accesorias que lo acompa»ñan» [1].

En cuanto á la descripción célebre de la *tienda del Amor* [2], pudiera recordar remotamente aquella otra que se hace en el *Poema del Cid* de la tienda de campaña del Rey de Marruecos, que tenía los tendales de oro, y que por su riqueza fué presente remitido por Rodrigo Díaz de Vivar al monarca castellano después de la conquista de Valencia [3]; sin embargo, basta saber, para precisar su mediato origen francés, que es una paráfrasis del *Libro de Alexandre* [4], hasta el punto de que, leyendo los dos pasajes, nos persuadi-

(1) Véase Wolf, *ob. cit.*, pág. 121, nota 1.ª

(2) *Libro de Buen Amor*, est.ª 1.266 y siguientes.

(3) *Poema del Cid*, edic. cit., versos 1.785 y siguientes.

(4) *Libro de Alexandre*, estrofas 2.376 y siguientes. Que el Arcipreste conocía muy bien tal descripción, lo demuestra, no solamente lo que decimos en el texto, sino además la circunstancia de haberla recordado en otro episodio del *Libro de Buen Amor*:

desque vino el dia del plaso señalado
vino don Carnal que ante estaba esforçado,
de gentes muy garnidas, muy bien acompañado,
serie *don Alexandre de tal real* pagado. (Est. 1.081.)

mos de que el uno es casi una copia del otro, pues el Arcipreste no perdonó ni aquella alegoría de los *meses*, desde el primer momento descifrada en el poema, y por Juan Ruiz sostenida hasta el final en forma de adivinanza; huelga decir que el pasaje se transformó bajo los puntos de su pluma; la alegoría le dió materia para trazar un cuadro real de la vida castellana, en el que se pintan las faenas del campo, las labores propias de cada estación, el cuidado del labrador para sus ganados, las tareas de recolección de las cosechas, las comadres que refieren sus consejas al amor de la lumbre, los cantares y requiebros de los mozos y los productos de la tierra ó de la industria doméstica que con sus rítmicas apariciones marcan las épocas del año en los hogares campesinos, no faltando tampoco tal cual chispazo del gracejo malicioso de su autor, como cuando cuenta de aquel caballero de la segunda mesa (el mes de Marzo) que era el más propicio para las empresas amatorias, por disponer á su antojo de tres diablos que en el tiempo de su reinado mandaba, para hacerles perder el seso, á las dueñas, á los abades y á los asnos.

Hasta la descripción del *cortejo del Amor* [1] trae á la memoria la que se hace en el *Libro de Alexandre* de la primera entrada del conquistador en Babilonia, y la del *triunfo del Amor*, de la elegía de Ovidio [2], aunque también á esta última escena supo imprimirle personalidad, pues mientras que en Ovidio la entrada del Amor es la del general victorioso que conduce como trofeo á los vencidos, encadenados á su carro de guerra,

En ego confiteor: tua sum nova praeda, Cupido;
Porrigimus victas ad tua iura manus,

en el libro de Juan Ruiz es más bien la de un mesías en la ciudad de sus creyentes, que aclaman al huésped augusto y se disputan el honor de recibirle en sus moradas.

* * *

Terminamos con esto el estudio general de las fuentes del *Libro de Buen Amor:* pero, como se dijo al principio, procuraremos ampliar tal estudio en los capítulos siguientes,

(1) *Libro de Buen Amor*, est.ª 1.225 y siguientes.
(2) *Amorum*, Lib. Primus, II.

en los que hemos de ver el elemento verdaderamente personal de Juan Ruiz. Antes, sin embargo, y con objeto de completar el examen que venimos haciendo de lo que pudiéramos llamar circunstancias externas de la obra, dedicaremos algún espacio á tratar de la métrica del Arcipreste.

CAPÍTULO VIII

LA MÉTRICA DEL ARCIPRESTE. — EL *LIBRO DE BUEN AMOR* COMO TRATADO DE METRIFICACIÓN. — COMPOSICIONES POÉTICAS USADAS HASTA JUAN RUIZ: EL ASONANTE, LA RIMA, LOS METROS Y LAS COMBINACIONES. — NOVEDADES INTRODUCIDAS POR EL ARCIPRESTE. — METROS EMPLEADOS EN SU OBRA.

PARTE de las bellezas que atesora, el *Libro de Buen Amor* tiene un aspecto en extremo interesante, cual es el de ser un tratado de metrificación; y no tan sólo porque así se deduzca de la gran variedad de metros y composiciones que contiene, sino porque tal fué uno de los fines que Juan Ruiz se propuso al escribirlo, según dice en el siguiente párrafo del proemio:

«E composelo otrosi á dar algunos leçion e »muestra de metrificar e rimar e de trovar; ca »trobas e notas e rimas e ditados e versos que

»fis complidamente, segund que esta çiencia re-»quiere»[1].

Necesario es, por tanto, aun cuando la tarea sea algo árida, que nos detengamos en este asunto, por creerlo de importancia para la historia de la métrica castellana.

***

Conocidas son las clases y naturaleza de las composiciones poéticas usadas por los escritores anteriores al Arcipreste de Hita.

Da sus primeros pasos la poesía patria con los cantares de gesta, de los que guardan innúmeros fragmentos los romances viejos, que con acierto genial, asombrosa erudición y nunca igualada crítica, ni en el fondo ni en la forma, ha publicado recientemente el Maestro eximio Sr. Menéndez y Pelayo, prosiguiendo la labor meritísima y sin ejemplo, que de tal modo tienen que agradecerle las letras españolas. Tanto en estos cantares, como en la *Leyenda de los Infantes de Lara*, como en el *Poema del Cid*, primitivos monu-

(1) *Libro de Buen Amor*, proemio, pág. 7.

mentos de nuestra poesía, es el *asonante* la única cadencia; el consonante es casual, y se da singularmente en los infinitivos de una misma terminación; pero en las obras posteriores á aquéllas vese ya el *consonante* de un modo exclusivo.

Por lo que se refiere á los *metros* empleados, hácese muy pronto el recuento.

Los versos del *Poema del Cid* no son, en rigor, de catorce sílabas: hay en sus hemistiquios cierta tendencia al octosílabo que no cabe negar;

Con lumbres et con candelas—
al corral dieron salto,
con tan gran gozo reçiben—
al que en buen hora nasco [1].

A partir de esta época, el metro adoptado preferentemente por los poetas es el alejandrino, si bien las composiciones de algunos de ellos propenden asimismo al octosílabo, aunque sin conseguirlo con toda perfección, como vemos en la *cántica* del *Duelo de la Virgen*, de Gonzalo de Berceo:

(1) *Poema del Cid* (edic. cit.), versos 244-45.

ca furtárvoslo querrán
Andres e Peidro e Iohan,
non sabedes tanto descanto
que salgades de so el canto, etc.,

y en el *Poema de Santa María Egipciaca:*

Cató ayuso á los puertos
on solia fer sus depuertos
una galeya arribar
que estaba dentro en la mar [1].

Escribieron también los poetas del siglo XIII en versos de doce sílabas, no siempre justas; las composiciones hechas en este metro debieron de destinarse á ser cantadas, y de ellas son ejemplos la de Gonzalo de Berceo en la citada *cántica*, que empieza,

(1) La procedencia francesa de esta composición vese bien claramente con sólo fijarse en el metro y en la combinación empleada en ella, pues, en efecto, el octosílabo pareado fué de uso muy frecuente en los poetas franceses desde el siglo XIII.

En esta forma se hizo la traducción de la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso:

Qui veut henor en siecle aveir
Premereinement deit saveir
Que ne puet à henor venir
Qui ne se veut à bien tenir.

(*Le Chastoiement d'un Père à son Fils* (edic. cit.), pág. 1.

Velat aliama de los iudiós
que non vos furten al Fijo de Dios;

la del poema de *Santa María Egipciaca*:

Oit varones una razon
en que non ha sí verdat non,

y la de los *Reyes de Oriente*:

Pues muchas veces oyestes contar
de los tres Reys que vinieron buscar;

las tres del mismo género y metro que la que, con música y todo, hállase en las *Cantigas* de Don Alfonso X:

Por que trobar e cousa en que iaz
entendimento por en quen' o faz.

En cuanto á las *clases de composiciones* anteriores al Arcipreste son muy poco numerosas. Las *asonantadas* quedan reducidas á las de la leyenda de los *Infantes de Lara*, las del *Poema del Cid* y las de los *cantares de gesta*, aun cuando en aquellas en que se emplea el *consonante* exista una mayor variedad. Vemos en primer término la *estrofa alejandrina*, *tetrástrofo* ó *quaderna via*, llamada así por ser cuatro los versos que la forman: hay, sin embargo, estrofas de catorce síla-

bas con tres, cinco y seis versos, y si bien tal circunstancia antes se ha de atribuir á descuido del poeta ó á infidelidad de la copia que á deliberado propósito de servirse de este artificio, el caso no es tan raro que no tengamos de él varios ejemplos. En el *Libro de Alexandre* se lee la estrofa siguiente:

Fué quando esto vió Pausana esforçiado;
El que mal siegro aya fue tan segurado
Cuemo si lo oviese de sus parientes ganado [1];

en la *Vida de San Millán*, de Berceo, esta otra:

Valdesaz, Valdeolmiello, Rinoso con Quintana,
con Villa Envistia á vueltas Torquemada
de Tariego á suso, do es la derrunnada,
Monzon en Baltanas deven cada posada
con todos sus alfoçes arrienzos en soldada [2];

en el *Martyrio de Sant Laurençio* esta, asimismo de cinco versos:

(1) *Libro de Alexandre*, est. 154. Pueden verse también las 170, 199, 200, 244, 313 y algunas más, todas de tres versos.

(2) *Vida de San Millán*, est. 473.

Sennor, disso Valerio, ayamos avenençia,
que non sea sonada esta nuestra entençia;
prendi qual tu quisieres, tu fes la descogençia,
yo vivré con el otro, mas no sin repindençia:
disso el apostoligo: otorgo la sentençia [1];

en los *Milagros de Nuestra Sennora* otra parecida:

Confessose el monge e fiso penitençia,
meiorose de toda su mala contenençia,
sirvió a la Gloriosa mientre ovo potençia,
finó quando Dios quiso sin mala repindençia,
requiescat in pace cum divina clemençia [2];

y, en fin, en el *Poema de Fernán González* encontramos esta de seis versos:

Sabrás como as de façer contra el tu enemigo;
el conde Ferran Gonçales, de todo byen conpli-
[do,
contra el monie San Pelayo, que se fizo su ami-
[go,
del monie San Pelayo resçibió su convydo.
Del ermitanno santo tovo se por bien servido,
meior non alvergara despues que fuera vivo [3].

(1) *Martyrio de Sant Laurençio*, est. 15.
(2) *Milagros de Nuestra Sennora*, est. 99.
(3) *Poema del Conde Fernán González*, est. 237.

Berceo, además de la estrofa alejandrina, tiene una combinación métrica por el estilo de aquellas de que hemos dicho antes que debieron de escribirse para ser cantadas, indicio que corrobora la *cántica* que se inserta en el *Duelo de la Virgen;* consta de dos versos dodecasílabos, aconsonantados entre sí y seguidos de versos octosílabos que conciertan dos á dos en esta forma:

Velat aliama de los iudiós,
que non vos furten el Fijo de Dios
Ca furtarvoslo querran
Andres e Peidro e Iohan.
Non sabedes tanto descanto
que salgades de so el canto, etc. [1].
¡Eya, velar!

Merece notarse en esta composición la particularidad de que al final de cada verso agréganse las palabras *eya, velar*, siendo muy posible que en ella los versos fuesen cantados por una sola voz, á la que contestasen con dichas palabras, á modo de estribillo, las voces del coro.

(1) *Duelo que hizo la Virgen María el dia de la Pasion de su hijo Jesucristo*, est.ª 178 y siguientes.

Al mismo estilo que la anterior pertenece la del poema de los *Reyes de Oriente:*

Pues muchas veces oyestes contar
de los tres Reyes que vinieron buscar
á Ihesuchristo que era nado,
una estrella los guiando, etc. [1].

Tales son los metros y las clases de composiciones más comunes en las obras poéticas castellanas anteriores al *Libro de Buen Amor* [2]. Veamos ahora lo que hay en éste acerca del asunto.

***

Nadie hasta el Arcipreste hizo gala de tanta variedad de metros y de composiciones en sus poesías, cual si hubiera querido cumplir á conciencia su promesa de dar á algunos «leçion e muestra de metrificar e rimar e de trovar»; y es evidente que en esta materia de forma fué, como en las de fondo, un verda-

(1) *Libro de los Reyes de Oriente*, est. 1.ª

(2) La obra fundamental que debe ser consultada por todo aquel que quiera hacer un estudio profundo acerca de esta materia es la del Sr. Milá y Fontanals, titulada *De la Poesía heroico-popular castellana*, Barcelona, 1874.

dero *iconoclasta*, un enemigo de los *moldes*, como hoy se diría, un innovador revolucionario que saltó por todo, sin más fueros que sus bríos y sin más premáticas que su voluntad. De muchas de sus combinaciones métricas, ni encontramos precedente en los autores antiguos ni imitación en los que vivieron después de él, hecho que puede obedecer, ya á la pérdida de aquellas obras, lo cual sería extraño, pues se necesitaría admitir que desaparecieron todas las que tales composiciones contenían, ó á que en las posteriores no hallaron eco, ó bien á que el Arcipreste, y esto es lo más verosímil, trasladó á su libro las poesías destinadas al canto callejero, cosa á que no se habían atrevido los otros poetas, por pensar quizá que estos versos eran propios de juglares é indignos del mester de clerecía. Debieran fijarse en ello los musicógrafos españoles, y analizar con cuidado la métrica del Arcipreste, qué es, en nuestro sentir, de excepcional transcendencia para el estudio del canto popular.

Juan Ruiz, como sus predecesores desde el siglo XIII, no usó más que el *consonante:* las muchas asonancias que tan á menudo se re-

paran en su obra, como en las de todos los poetas del XIII y del XIV, han de imputarse á imperfección las unas y á negligencia de los copistas las otras.

Los *metros* en que escribió el Arcipreste no pueden ser más varios: los tiene alejandrinos ó de catorce sílabas, dodecasílabos (divididos en hemistiquios de á seis), endecasílabos, octosílabos, heptasílabos, exasílabos, pentasílabos y tetrasílabos. Pongamos un ejemplo de cada uno de ellos para que se aprecie la riqueza métrica del *Libro de Buen Amor*.

Alejandrinos son la mayor parte de sus versos:

Señor Dios que á los judíos, pueblo de perdiçión.

Los *dodecasílabos*, divididos en hemistiquios de á seis, son de este modo:

Miercoles á terçia | el cuerpo de Xristo
Judea lo apreçia: | esa hora fué visto [1].

Los *endecasílabos* (ejemplo que debe apuntarse, pues es la vez primera que se escriben en lengua castellana) los vemos en aquella composición que comienza:

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 1.049.

Quiero seguir á ti, flor de las flores [1];

los *octosílabos*, en el *cantar de ciegos:*

Xristianos de Dios amigos,
á estos çiegos mendigos
con meajas e con bodigos, etc. [2];

los *heptasílabos*, en los *Gozos de Santa María:*

yo pecador, por tanto,
te ofresco en serviçio
los tus gosos que canto, etc. [3];

los *exasílabos*, en la *cántica de serrana:*

Cerca La Tablada,
la Sierra pasada [4];

los *pentasílabos*, en los *Loores de Santa María:*

non me partir
de te servir [5];

y, en fin, *tetrasílabos* son los que, combinados con versos de diferente medida, hállanse en algunas estrofas, como el siguiente que leemos en el *Ave María:*

(1) Est. 1.678.
(2) Est. 1.720.
(3) Est. 1.636.
(4) Est. 1.022.
(5) Est. 1.678.

Virgen santa preçiosa,
como eres piadosa
todavía [1].

(1) Est. 1.665.

Al tratar de la métrica del Arcipreste no podemos por menos de recordar el ya citado folleto de D. Eduardo de la Barra, *Las fábulas de Juan Ruiz, Arciprestе de Hita, restauradas*. Está dividido en tres *parágrafos;* en el primero se exponen las reglas mediante las cuales se ha hecho la restauración; en el segundo se insertan las fábulas ya restauradas (únicamente las de procedencia esópica y no todas las de esta clase); y en el tercero se ofrecen respecto de las fuentes noticias tan estupendas cual hemos tenido ocasión de ver en otro lugar. Por lo que hace á la métrica, el autor dice haber «dado tras largas cavilaciones con la verdadera lectura y escansión del alejandrino antiguo» (pág. 4), y estar convencido de que «la mayor parte de las faltas »atribuidas á los copiantes provienen de nosotros mismos, por no saber leer los versos antiguos», así como también por olvidar que éstos eran «para cantados y contaban con el recurso de la música» (pág. 5). En consecuencia de ello, el señor de la Barra sostiene que debe cargarse el acento rítmico en las sílabas 2.ª, 4.ª, 6.ª, 9.ª y 13.ª, sea cualquiera el acento prosódico y aunque nos veamos en la dura necesidad de decir *diá* por día, *cáballo* por caballo y *asnó* por asno:

cadá diá contesçe al cobdicioso atal (fáb. III).
Ibá lidiar en campo el *cáballo* valiente (fáb. IV).
Muchó delante del iba el *asnó* doliente (fáb. IV).

El autor asegura que de tal suerte se leían los versos y que «así debemos leerlos y escandirlos» (pág. 7), pues de este modo se enderezan y suenan bien» (pág. 6).

Dado este primer paso en la restauración de las fábulas, quedaba por vencer otra grande dificultad, cual era la de los casos (harto frecuentes) en que los versos tuviesen más de catorce sílabas y ni forzando los acentos fuese posible reducirlas á ese número; pero el señor de la Barra la vence también, suprimiendo de un golpe todas las sílabas que le sobran; así, cuando se encuentra con este verso:

pidieron rey á don Jupiter, mucho ge lo rogaban,

le sustituye con este otro:

rey *piden* á don *Jupe*, mucho se lo rogaban (fáb. II).

En fin, al tropezar con algún defecto de rima, lo arregla y pone el consonante por su cuenta, aunque ciertamente con poca fortuna, pues queriendo corregir al Arcipreste, que había escrito *silba* para concertar con *iba*, *viva* y *esquiva*, el señor de la Barra estampó *fustiga;*

quando no le trayo nada non me falaga nin me *silba*

(Est. 1.361.)

cuandó nadá le trayo agora me *fustiga* (fáb. XIII),

con todo lo cual no hay que decir que las fábulas quedan como nuevas y la *restauración* completísima. Mas como el señor de la Barra advierte que es preciso *canturiar* los versos «para comprender el valor de la restauración» (pág. 6), y afirma que los versos antiguos se escribían para ser cantados, es lástima que no haya completado su labor descubriendo la música con que se cantaban los alejandrinos del Arcipreste, y *restaurándola* después, cosa que, dado su sistema, no le hubiera sido muy difícil.

CAPÍTULO IX

LA MÉTRICA DEL ARCIPRESTE *(conclusión)*.— CLASES DE COMPOSICIONES QUE APARECEN EN SU LIBRO.

MAYOR todavía que la diversidad de metros es la de composiciones que hizo el Arcipreste, y advertiremos, antes de enumerarlas, que hemos dado á los versos la disposición que, atendiendo á los consonantes, nos ha parecido la más natural, pues en los códices y en las ediciones es muy común ver unidos en un solo renglón dos versos de á seis sílabas, dos de á ocho, etc., que se confunden á primera vista con los de doce y de diez y seis, respectivamente, siendo así que los consonantes de los hemistiquios están indicando que el autor no quiso disponerlos de aquel modo.

Por lo que hace á la medida de los versos, es preciso muchas veces atenerse, no tanto al número de sílabas como á la tendencia,

porque sabido es que los poetas del siglo XIV, de igual suerte que los anteriores á ellos, no eran muy escrupulosos en esta materia.

Nada menos que *diez y nueve* clases de composiciones hay en el libro de Juan Ruiz, y aun tememos que, á pesar de la diligencia que pusimos en buscarlas, pasásemos alguna inadvertida. Dichas clases son las siguientes:

1.ª *Estrofa alejandrina* ó versos por la *quaderna via;* las composiciones de esta clase son las más numerosas. Copiaremos un ejemplo, no ciertamente porque sea necesario, pues el tetrástrofo es de todos bien conocido, sino para que el cuadro resulte completo, ya que también los hemos de citar de todas las demás:

Señor Dios que á los judíos, pueblo de perdi-
[çion,
sacaste del cabtivo del poder de Faraon,
á Daniel sacaste del poço de Babilon,
saca á mi coytado desta mala presion [1].

2.ª Combinación métrica de cuatro versos, los tres primeros alejandrinos y el cuarto octosílabo. Los alejandrinos se dividen en

(1) Est. 1.ª

hemistiquios, consonando el primer hemistiquio con el tercero, el segundo con el cuarto y el quinto con el sexto. El octosílabo final consuena con los hemistiquios segundo y cuarto en esta forma:

Pasando una *mañana* por el puerto de MALA-
[GOSTO,
salteome una *serrana* á la asomada del ROSTRO;
fade maja, dis, donde **andas** que buscas ó que
[**demandas**
por aqueste puerto ANGOSTO [1].

Obsérvese que esta estrofa puede disponerse también en forma de una septeta octosílaba.

3.ª Combinación métrica de seis pies, de los cuales los dos primeros son alejandrinos y los cuatro finales octosílabos, consonando el 1.º con el 2.º, 3.º y 6.º, y el 4.º con el 5.º:

Miraglos muchos fase Virgen siempre pura
aguardando los coytados de dolor e de tristura;
el que loa tu figura
non lo dejas olvidado,
non catando su pecado
salvas lo de amargura [2].

(1) Est. 959.
(2) Est. 1.668.

4.ª Combinación de ocho versos, en la que son octosílabos los 1.º, 2.º, 3.º y 8.º, y los 4.º, 5.º y 6.º alejandrinos. Consuenan el 1.º con el 2.º, el 3.º con el 8.º y el 4.º con el 5.º, 6.º y 7.º, y en tal composición, los versos finales de cada una de las estrofas tienen el mismo consonante:

Siempre se me verná miente
desta serrana valiente,
Gadea de Riofrío;
á la fuera de esta aldea, la que aquí he nombrado,
encontreme con Gadea, vacas guarda en el prado;
yol dije: ¡en buen hora sea de vos, cuerpo tan [guisado!;
ella me respuso: ca la carrera has errado
é andas como radío [1].

5.ª Estrofas de cuatro versos de doce sílabas, cuyos consonantes son iguales en los versos 1.º, 2.º y 3.º: el 4.º de cada estrofa es el mismo en todas las de la composición:

Miércoles á terçia, el cuerpo de Xristo
Judea lo apreçia: esa hora fué visto
quan poco le preçia al tu fijo quisto
Judas el quel' vendió, su disçipulo traidor.

(1) Est.ª 987-88.

Por treinta dineros fué el vendimiento
quel caen señores del noble ungüento,
fueron plasenteros del pleiteamiento,
diéronle algo al falso vendedor [1].

6.ª Estrofas de cinco versos, los dos primeros endecasílabos, el 3.º y el 4.º pentasílabos y el 5.º heptasílabo; consuenan el 1.º con el 2.º y 5.º, y el 3.º con el 4.º:

Quiero seguir á ti, flor de las flores,
siempre desir cantar de tus loores,
non me partir
de te servir,
mejor de las mejores [2].

7.ª Composición de versos de ocho sílabas, que comienza con una redondilla y sigue en octavillas. El verso último de la redondilla sirve de pie á la octavilla primera, el último de ésta á la siguiente, etc.:

Santa Virgen escogida,
de Dios madre muy amada,
en los çielos ensalçada,
del mundo salud e vida.

---

(1) Est.ª 1.049-50.
(2) Est. 1.678.

Del mundo salud e vida,
de muerte destruimiento,
de graçia buena complida,
de coitados salvamiento;
de aqueste dolor que siento
en presion, sin meresçer,
tu me deña estorçer
con el tu defendimiento.

Con el tu defendimiento, etc. [1].

8.ª Sextiila de versos octosílabos, en que consuenan el 1.º con el 3.º y 5.º, y el 2.º con el 4.º y 6.º:

Varones buenos e honrados,
queret nos ya ayudar,
á estos çiegos lasrados
la vuestra limosna dar;
somos pobres menguados,
avemoslo á demandar [2].

9.ª Sextilla de la misma medida, cuyos versos consuenan pareados:

(1) Est.ª 1.673 y siguientes.
(2) Est. 1.710.

Si de vos non lo avemos,
otro algo non tenemos
con que nos desayunar;
non lo podemos ganar
con estos cuerpos lasrados,
çiegos, pobres e cuytados [1].

10.ª Sextilla en la cual los versos 3.º y 4.º son pentasílabos y octosílabos los demás:

Desir [2] de tu alegría,
rogándote todavía
yo pecador;
mas al loor
que á la grand culpa mía
non pares mientes, María [3].

11.ª Septilla octosílaba; conciertan en ella los versos 1.º, 3.º y 5.º y los 2.º, 4.º, 6.º y 7.º:

Sé faser el altibaxo
e sotar á cualquier muedo,
non fallo alto nin baxo
que me vença, segund cuedo;
cuando á la lucha me abaxo,
al que una ves trabar puedo,
derribol, si me denuedo [4].

(1) Est. 1.721.
(2) Debe de ser: Desir *he* de tu alegría.
(3) Est. 34.
(4) Est. 1.001.

12.ª Composición que comienza con un pareado octosílabo y sigue con estrofas de á cuatro versos, de los cuales el 1.º, 2.º y 4.º son octosílabos, y el 3.º de seis sílabas, consonando el 1.º con 2.º y 4.º, y el 3.º de todas las estrofas con los pareados:

Mis ojos non veran lus,
pues perdido he a crus.

Crus crusada panadera,
tomé por entendedera;
como andalus,
tomé senda por carrera [1].

13.ª Otra combinación métrica parecida á la anterior, con las diferencias de que todos los versos son octosílabos y de que el consonante forzado viene en el último pie de cada estrofa:

Señores, dat al escolar
que vos vien demandar.

Dat limosna ó raçion,
fare por vos oraçion
que Dios vos de salvaçion;
quered, por Dios, á mi dar [2].

(1) Est.ª 115-16.
(2) Est.ª 1.650-51.

14.ª Composición que empieza con una cuarteta octosílaba y continúa con sextillas de seis sílabas, concertando el 1.° con 2.°, 4.° y 5.°, y el 3.° con el 6.°:

En ti es mi esperança,
Virgen Santa María,
en señor de tal valía
es raçon de aver fiança.

Ventura astrosa,
cruel, enojosa,
captiva, mesquina,
por que eres sañosa,
contra mí tan dapñosa
e falsa vesina [1].

15.ª Combinación métrica de cuatro versos, de los cuales los tres primeros parecen octosílabos de medida defectuosa, y el último de cuatro sílabas. Estos versos sirven como de introducción á una serie de estrofas de á diez versos; en ellas son octosílabos los versos 1.°, 3.°, 4.°, 6.°, 7.°, 8.° y 9.°, y tetrasílabos los 2.°, 5.° y 10.° En la introducción consuenan el 1.° con el 2.° y 3.°, y en la estrofa,

(1) Est.ª 1.684-85.

el 1.° con el 4.°, el 2.° con el 5.°, el 3.° con el 6.° y 7.°, el 8.° con el 9.°, y el 10.° de todas las estrofas con el 4.° de la introducción:

Ave Maria gloriosa,
Virgen santa preçiosa,
como eres piadosa,
todavía,
Graçia plena, sin mansilla,
abogada,
por la tu merçed, Señora,
fas esta maravilla
señalada,
por la tu bondad agora,
guardame toda ora
de muerte vergoñosa,
porque loe á tí, fermosa,
noche e día [1].

16.ª Estrofa de ocho versos, en la que son heptasílabos los 1.°, 2.°, 4.° y 8.°, tetrasílabos el 5.° y el 6.°, y octosílabos el 3.° y el 7.° Consuenan el 1.° con el 3.°, el 2.° con el 4.° y 8.°, y el 5.° con el 6.° y 7.°:

El terçero la estrella
guió los Reyes poro,

(1) Est.ª 1.661-62.

venieron á la lus della
con su noble thesoro,
e laudaron,
e adoraron,
al tu fijo presentaron
ençienso, mirra, oro [1].

17.ª Composición de versos de seis sílabas que comienza con cuatro de consonante monorrimo á los que siguen estrofas de cinco pies; en ellas conciertan el 1.º con el 2.º, el 3.º con el 4.º, y el 5.º de todas las estrofas con los cuatro primeros versos de la introducción:

Cerca La Tablada,
la Sierra pasada,
falleme con Aldara
á la madrugada.

En çima del puerto,
coide ser muerto
de nieve e de frio
e dese roçio
e de grand helada [2].

18.ª Estrofa de siete versos de seis sílabas,

(1) Est. 1.638.
(2) Est.ª 1.022-23.

excepto el séptimo que es de cuatro; consuenan el 1.° con el 3.° y 5.°, y el 2.° con el 4.°, 6.° y 7.°:

Todos bendigamos
á la Virgen santa,
sus Gosos digamos
e su vida quanta
fué, segund fallamos
que la estoria canta,
vida tanta [1].

19.ª Composición de cuatro versos octosílabos (algunos defectuosos) que comienza con cuatro tetrasílabos; éstos obedecen á un mismo consonante, y los octosílabos conciertan el 1.° con el 2.°, y el 4.° y el 3.° de todas las estrofas con el de la introducción:

¡O Santa Maria
lus del dia,
todavía
tú me guia.

Gáname graçia e bendiçión
e de Jhesu consolaçion

(1) Est. 1.642.

cantar de tu alegría
que pueda con devoçión [1].

*
* *

Aun cuando el cuadro que precede sea nutridísimo, sospechamos que las composiciones usadas por Juan Ruiz no se limitaron al número de las que quedan transcritas,

(1) Est.ª 20 y 21.

Wolf creyó ver una antigua forma del romance en los versos correspondientes al episodio de Trotaconventos y la Mora (estrofas 1.508 y siguientes), suponiendo que tienen manifiestamente otro ritmo que las restantes estrofas alejandrinas, y que si se las divide «se llega á *redondillas* »(debe de haberse equivocado el traductor) *las más, octosí-* »*labas* (ó el autor ó el traductor no andaban bien de métri- »ca castellana, pues las redondillas no tienen ni menos ni »más de ocho sílabas), por ejemplo:

»Ya amiga, ya amiga,
»Quánto ha que non vos ví?
»Non es quien ver vos pueda
»Cómo sodes ansí?
»Saludaros amor nuevo;
»Dixo la mora: yxnedrí», etc.

Ciertamente que estos versos así divididos parecen algo distintos de los demás alejandrinos; pero, en nuestra opinión, no dejan de ser verdaderos tetrástrofos, sin otra particularidad que la de tener la acentuación aguda de un modo constante en la palabra final del segundo hemisti-

pues, sin duda, hizo otras muchas con destino al *Libro de Buen Amor*, que desaparecieron de las copias. En distintos pasajes anuncia, en efecto, el Arcipreste que, con motivo de los lances que describe, compuso determinados cantares y trovas, como refiriéndose á versos que se insertan ó debieron insertarse en la obra, pero que, por desgracia, no se trasladaron á los códices, ya por causa de los copistas, ya por descuido del mismo autor, pues acaso se tratase de coplas que había hecho en otro tiempo y que tuvo intención de intercalar en su libro, olvidándose de ello cuando terminó de escribirle, siendo tanto más sensible cuanto que las cánticas perdidas no estarían en alejandrinos, sino en

quio. Por eso, el mismo efecto que los versos que se han citado producen estos otros, si se les divide de igual modo:

El nombre profetisado
fue grande, Hemanuel,
fijo de Dios muy alto,
salvador de Israel;
en la salutaçion
el angel Grabiel
te fiso çierta desto,
tú fueste çierta d'él. (Est. 8.ª)

y otros muchos por el estilo que hay en la obra.

los metros y estilos propios de la poesía popular del siglo XIV, para cuyo estudio son tan escasos los elementos de que podemos disponer [1]. Pero de todos modos, después de conocido aquel cuadro, se convendrá en

(1) En comprobación de lo que decimos, véanse los siguientes versos, en que el Arcipreste se refiere á composiciones que, ó han desaparecido del *Libro de Buen Amor*, ó nunca estuvieron en él:

Enviele esta cantiga, que es de yuso puesta
(Est. 80).

.....
con ello estas cantigas que son de yuso escriptas
(Est. 171).

.....
luego, en el comienço, fis aquestos cantares
(Est. 915).

.....
fis cantares caçurros de quanto mal me dixo
(Est. 947).

.....
Con la mi vejesuela enviele ya que,
con ella estas cantigas que vos aqui robre
(Est. 1.319).

.....
con el mucho quebranto fis aquesta endecha
(Est. 1.507).

.....
Dil aquestos cantares al que de Dios mal fado
(Est. 1.625).

que ninguno de los poetas que florecieron hasta mediados de dicho siglo superó ni aun igualó al Arcipreste de Hita en cuanto á la variedad de metros y de composiciones, y que se necesita que lleguemos al ilustre López de Ayala para encontrar quien se le parezca, pues en el *Rimado de Palacio* usó, además del verso alejandrino, de gloriosa historia en nuestra poesía, el de diez y seis sílabas, con cierta tendencia á la uniformidad de esta medida [1]; el dodecasílabo, y el octosílabo; y por lo que respecta á las composiciones hizo los tetrástrofos, las estancias reales, lo cantares de cuartetas combinadas con versos de diez y seis sílabas [2], otros que recuerdan la estructura de la glosa [3], los *deytados* de seis versos [4], etc., etc.

Por cierto que en el libro del famoso Canciller hay un dato que quizá nos explique la razón de que los poetas anteriores al Arcipreste no usasen, con muy contadas excepciones, más que el alejandrino, cual si hubie-

(1) Véase el *Rimado de Palacio*, est.° 337 y siguientes.
(2) *Id.*, est.° 707 y siguientes.
(3) *Id.*, est.° 754 y siguientes.
(4) *Id.*, est.° 712 y siguientes.

ran desdeñado los restantes; dice, en efecto, López de Ayala:

Della fise algunos cantares
de *grueso stilo,* quales tú veras
aquí luego, e sy bien los catares
la mi devocion pequenna entenderás,
que con *versetes,* compuestos á pares,
materia ruda, non lo tacharás [1].

Reputábanse, pues, los cantares como de *grueso estilo*, y como *versetes* eran considerados por los poetas los que el Arcipreste, con más amplias miras que ellos, no tuvo obstáculo en llevar á su obra, y que son, á pesar del concepto que á los cultos merecían, los de mayor frescura que vemos en sus páginas, por estar sentidos en la musa popular, á la que entonces, como ahora y como siempre, ha sido, es y será preciso demandar aquella espontánea y adorable sencillez que forma el mejor consorcio con la inspiración verdadera.

(1) *Rimado de Palacio*, est. 829.

CAPÍTULO X

LAS IDEAS DEL ARCIPRESTE DE HITA: SU CLASIFICACIÓN PARA EL PRESENTE ESTUDIO.—IDEAS SOBRE EL AMOR.—CONSIDERACIONES GENERALES.—LA INFLUENCIA DE OVIDIO.

ESTUDIADAS en los capítulos que anteceden las circunstancias externas del *Libro de Buen Amor*, vamos á entrar ya en el examen de las ideas del Arcipreste, es decir, en lo que determina su elemento personal; y como en ellas descúbrense tres grupos principales, á saber: las *ideas sobre el Amor*, las *ideas acerca de la Moral* y las *ideas referentes á la Religión*, hemos de exponer por separado cada uno de los mismos, prescindiendo de todos aquellos otros aspectos que solamente pueden despertar un interés secundario.

***

Las ideas amatorias constituyen el núcleo de la obra.

Llama la atención de algunos críticos é historiadores de nuestra literatura que un escritor del siglo XIV afrontase tal materia con el desahogo y la desnudez con que lo hizo el Arcipreste de Hita, y hay quien imputa la causa de ello á sus costumbres pervertidas, más propias de un *bravo* de burdel que de un sacerdote del Señor. Si Juan Ruiz hubiese vivido un siglo después, es muy probable (otras cosas más peregrinas se han visto) que á estas horas su obra estuviese señalada como uno de los primeros destellos del Renacimiento, estimándose de mérito insigne su pretendida inspiración en los poetas clásicos, ya que de algunos de éstos arranca la *tradición erótica* que el Arcipreste, entre otros muchos, hizo revivir en la Edad Media, época en la que no puede desconocerse la influencia de Ovidio. En el último tercio del siglo XII, Cristian de Troies imitó, según nos dice, los episodios de *Pelops* y de *Filomela:* del mismo tiempo datan otras imitaciones de las historias de *Piramo y Tisbe,* de *Narciso,* de *Filis,* de *Hero,* de *Biblis* y de *Orfeo:* en el siglo XIII, y sugeridos por el gran poeta, Jacques d'Amiens, Andrés le Chapelain,

Drouart la Vache, Fournival y otros escribieron poemas como los titulados la *Clef d'Amour*, *De Arte honesti amandi, Le Conseil d'Amour*, la *Puissance d'Amour* y el *Jugement d'Amour*, este último fundado en una alegoría poética del XI; y, en fin, á principios del XIV, un ignorado autor dedicó á la reina Juana de Francia una traducción abreviada de las *Fábulas* de Ovidio, al modo de la que hizo en latín Pedro Berçuire.

Indiscutible parece á primera vista que Juan Ruiz conoció las obras del cantor de los amores y que las recordó en muchos pasajes, si bien con ciertas diferencias, pues aun cuando el Arcipreste habla siempre con franqueza primitiva y no suele recurrir al eufemismo para expresar lo que tiene que decir, no llega al punto á que llegó Ovidio en algunos trozos del *Ars amatoria* y en otros de sus elegías, entre las cuales puede citarse, como el más alto grado que alcanzó jamás la desvergüenza de un escritor, la VII del Libro III de *Amorum*. No sabemos cómo el Arcipreste terminaría de narrar la escena culminante del episodio de *Doña Endrina*, ya que una mano cuidadosa y honesta curó de arrancar

de los códices los folios correspondientes, aunque es de suponer que no andaría buscando las palabras con candil: pero por mucho cariño que Juan Ruiz profesase á la claridad, no deleitaría sus apetitos con remembranzas como ésta:

At nuper bis flava Chlide, ter candida Pitho,
  Ter Libas officio continuata meost;
Exigere a nobis angusta nocte Corinnam,
  Me memini numeros sustinuisse novem [1].

Repetimos que á primera vista se juzga evidente que el Arcipreste leyó y releyó las obras de Ovidio; así nos lo hace presentir más de una idea de su libro. Por ejemplo, cuando el protagonista, como amador pobre que es, á falta de dones más sustanciosos, obsequia á sus damas con versos y cantares, da muestras de haber aprovechado bien la lección que dice:

Pauperibus vates ego sum, quia pauper amavi;
  Cum dare non possem munera, verba dabam [2];

(1) *Amorum*, lib. III-VII-23 á 26.
(2) *Ars amatoria*, Lib. II-165-66.

el que escribió los versos

quando vieres algunos de los de su compaña
fasles muchos plaseres, fáblales bien con maña
....
en quanto estan ellos de tus bienes fablando.
luego está la dueña en su coraçon pensando
si lo fara ó non... [1],

creeríase que había leído aquellos otros

Hanc matutinos pectens ancilla capillos
Incitet et velo remigis addat opem
Et secum tenui suspirans murmure dicat:
«At, puto, non poteras ipsa referre vicem [2]»;

el que pensaba que

Por mejor tiene la dueña ser un poco forçada
que deçir: fas tu talente, como desvergonçada [3],

coincidió en gran modo con quien dijo antes que él,

Vim licet appelles, gratast vis ista puellis:
Quod iuvat, invitae saepe dedisse volunt [4];

(1) *Libro de Buen Amor*, est.ª 638 y 640.
(2) *Ars amatoria*, lib. I-367 y siguientes.
(3) *Libro de Buen Amor*, est. 631.
(4) *Ars amatoria*, lib. I-673 y siguientes.

y al escribir:

sey franco de palabra, non le digas rason loca;
quien non tiene miel en la orça, téngala en la [boca[1],

recordaba, sin duda, que en alguna otra parte vió escrito:

Este procul, lites et amarae proelia linguae!
Dulcibus est verbis mollis alendus amor[2].

La influencia de Ovidio diríase también patente cuando de la lectura de las estrofas del Arcipreste vemos desprenderse un concepto del amor, basado en la idea de que es una necesidad de la carne; pero como no es cosa de que el hombre la cumpla y satisfaga al modo de los brutos, pues no en vano tiene inteligencia para enmendar la plana á la naturaleza, refinando las sensaciones, debe utilizar un cierto arte que no se precisaría en el caso de no tratarse de un ser consciente. Produce, en efecto, la ilusión de tener ante los ojos los versos de Ovidio ver la importancia

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 514.
(2) *Ars amatoria*, lib. II-151 y 152.

que en los del Arcipreste se da al *arte* en cuestión de amores:

Sírvela con arte e mucho te achaca,
el can que mucho lame, sin dubda sangre saca;
maestría e arte de fuerte fase flaca,
el conejo, por maña, doñea á la vaca.
A la muela pesada de la peña mayor
maestría e arte la arrancan mejor,
anda por maestría ligera enderedor,
mover se ha la dueña por artero servidor, etc. [1].

Y no menos suscita la memoria del poeta latino aquella invitación á la alegría, canto juvenil y lleno de promesas:

El alegría al ome faselo apuesto e fermoso,
más sotil e más ardit, más franco e más donoso [2];

las estrofas en que, demostrando quien las escribió haber sondeado los corazones femeninos, enseña que

ante ella non alabes otra de paresçer;
. . . . . .
quien contra esto fase tarde o nunca recabda [3];

(1) *Libro de Buen Amor*, est.ª 616 y 617; véanse también las sucesivas hasta la 623.

(2) Est. 627.

(3) Est.ª 559 y 560.

aquellas otras en que recomienda la reserva y el secreto:

non pierdas á la dueña por tu lengua parlera [1],

y los consejos, en fin, fruto de la experiencia de diestro amador, en que ensalza las ventajas de hablar á las dueñas un lenguaje dulce y rendido, lucir delante de ellas las habilidades y gracias que se posean, ser atrevido y valiente, tener constancia en el asedio, y, de vez en cuando, hacer sufrir un poco al ser amado, ya con fingidos desdenes, ya con afectada indiferencia, ya con actos ó palabras que hagan nacer en su pecho el tormento de los celos [2].

Todo esto, en efecto, acusa una influencia más ó menos directa de Ovidio y una viva impresión de sus lecturas; pero es el caso que, á pesar de cuanto queda dicho, pudo muy bien el Arcipreste no haber leído á Ovidio en su vida, porque las ideas á que hemos hecho referencia fueron tomadas por él, casi al pie de la letra, como veremos en breve, de la comedia latina *Pamphilus de Amore*, come-

(1) Est. 572.
(2) Est.ª 514 y siguientes.

dia que es la que denota en su autor, no ya el conocimiento del poeta, sino también el afán de imitarle en el fondo de los pensamientos y en la estructura de los versos. Es necesario, pues, andar con pies de plomo cuando se trata de la influencia de Ovidio en el Arcipreste, puesto que del examen de su obra se deduce únicamente que le conoció por segunda mano, y aun podría resultar que no hubiera sido por el original latino de la comedia citada, sino por la traducción francesa que de ella hizo en 1225 Juan Brasdefer con el título de *Pamphile et Galatée*. Y en cuanto á la larga plática del Amor, paráfrasis del *Ars amatoria*, como con razón se ha dicho, ha de tenerse presente que fueron muchos los poetas franceses anteriores al Arcipreste que eligieron por modelo el poema de Ovidio para sus composiciones, de las cuales no vacilamos en decir que copió Juan Ruiz el episodio por las analogías que tiene con algunas de ellas, v. gr., con las que há tiempo dió á conocer Legrand en sus *Fabliaux*, y, singularmente, con el primero de esta clase que se inserta en su colección [1].

(1) Legrand, *Fabliaux*, París, 1829. Tomo II, pág. 265.

CAPÍTULO XI

IDEAS PERSONALES DE JUAN RUIZ ACERCA DEL AMOR

Las ideas personales de Juan Ruiz acerca del amor aventajan sin duda á las que quedan expuestas en ser más realmente humanas, acaso porque son también contradictorias, como la pasión que las motiva.

Preséntanos á veces al amor como un estado espiritual que muda y transforma en otro ser á quien tiene el alma embargada por su anhelo: torna en atrevido al cobarde, en presto al perezoso, al mancebo mantiene en perpetua juventud, infunde al viejo el vigor de los pasados días y hace que las cosas más vulgares de este mundo brillen como el oro al ser iluminadas con sus mágicos destellos:

Muchas noblesas ha (en) el que á las dueñas sir-
[ve;
loçano, fablador, en ser franco se avive;
en servir á las dueñas el bueno non se esquive,

que si mucho trabaja en mucho plaser vive.
El amor fas sotil al omme que es rudo,
fasele fabrar fermoso al que antes es mudo,
al omme que es cobarde faselo muy atrevudo.
al peresoso fase ser presto e agudo.
Al mançebo mantiene mucho en mançebes
e al viejo fas perder mucho la vejes,
fase blanco e fermoso del negro como pes,
lo que non vale una nues, amor le da grand
[pres [1].

Pero formando contraste cruel con tales alentadoras palabras, dictadas por algún esplendoroso momento de plácido optimismo, está el otro concepto, producto de la reflexión tranquila, en el que el amor, despojado ya de sus galas fascinadoras, colócase al nivel de cualquiera otra humana necesidad. Al mismo Arcipreste debió de parecerle esta idea un tanto despiadada, por cuanto creyó conveniente abroquelarse con la autoridad de Aristóteles:

Si lo dixiese de mio, sería de culpar;
diselo grand filosofo, non so yo de rebtar;
de lo que dise el sabio non debemos dubdar,
que por obra se prueba el sabio e su fablar,

(1) Est.ª 155 y siguientes.

Que dis verdad el sabio, claramente se prueba;
ommes, aves, animalias, toda bestia de cueva
quieren segund natura compañia siempre nueva,
e quanto mas el omme que a toda cosa se mueva [1];

y cuando se percata de que ha animalizado exageradamente el sentimiento y quiere dar con alguna diferencia que en este punto separe al hombre de los brutos, no halla más característica del amor humano que la de que puede por perversión convertirse en hábito, y en acto provocado á voluntad, para satisfacer los bajos apetitos de la carne, lo que fué dispuesto para fines más nobles y más altos que el solaz de la materia:

Digo muy más del omme que de toda creatura,
todos á tiempo çierto se juntan con natura,
el omme de mal seso, todo tiempo sin mesura,
cada que puede e quiere faser esta locura [2].

Tras de estos instantes, que llamaríamos depresivos, surge de nuevo la pasión avasalladora, y entonces vuelve á ser el amor algo como un don del cielo, ó como ley inexorable ante la cual todas las criaturas humillan

(1) Est.ª 72 y 73.
(2) Est. 74.

la cerviz, ó como aspiración revestida del imperativo del deseo, que no reconoce obstáculo ni retrocede por el miedo á la sanción:

ca en muger loçana, fermosa e cortes
todo bien del mundo e todo plaser es.
Si omme á la muger non la quisiesse bien,
non ternía tantos presos el amor quantos tien;
por santo nin santa que seya, non se quien
non cobdiçie compaña, si solo se mantien [1].

Pasada la exaltación viene otra vez la calma, del mismo modo que el hombre, después de acalladas sus concupiscencias, torna á ser ó á creer que es dueño de sus actos, á recoger ó á creer que recoge las riendas de su indomable voluntad, que se desmanda con el más mínimo pretexto ó tan pronto como siente el acicate de la carne, y á encararse con el amor, cual lo hace el Arcipreste, llamándole falso y mentiroso, empoñzoñador de las lenguas, causa de nuestras desdichas y origen de todos y de cada uno de los pecados capitales con que Satanás nos seduce para llevarnos al seno de sus lóbregos dominios:

(1) Est.ª 103 á 110.

..... si Amor eres, non puedes aquí estar,
eres mentiroso, falso, en muchos enartar,
salvar non puedes uno, puedes çient mill matar,
Con engaños e lisonjas e sotiles mentiras
emponçoñas las lenguas, enerbolas tus viras;
al que mejor te sirve, á él fieres quando tiras,
párteslo del amiga al omme que ayras.
Traes enloquecidos á muchos con tu saber,
faseslos perder el sueño, el comer y el beber;
fases á muchos ommes tanto se atrever
en ti, fasta que el cuerpo e el alma van perder [1].
.....
Eres padre del fuego, pariente de la llama,
más arde e más se quema qualquier que te más [ama,
Amor, quien te más sigue, quémasle cuerpo e [alma,
destrúyeslo del todo, como el fuego á la rama [2].
Contigo siempre traes los mortales pecados,
con mucha cobdiçia los ommes engañados,
fases les cobdiçiar e mucho ser denodados,
pasar los mandamientos que de Dios fueron [dados [3].

No obstante tales pesimismos, Juan Ruiz no llegó nunca á la franca condenación del

(1) Est.ª 182 á 184.
(2) Est. 197.
(3) Est. 217.

amor que, partiendo de una idea más egoista que religiosa, hizo el autor del *Corracho* con estas razones: «maldito sea el que á otro ama »más que á si e por breve delectaçion quiere »aver dannaçion» [1], de donde inferimos que se invita al sacrificio, no tanto por amor de Dios como por amor de sí mismo. Juan Ruiz sentía más humanamente. Cuando por acaso coge la péñola de moralizar, comprende los peligros y amonesta para que se eviten; pero no se le ocurre jamás maldecir á quien de ellos no se aparta, y por lo mismo que tiene representación exacta de la debilidad humana, tiene también grande indulgencia con el pecador.

Las mismas contradicciones que en las ideas vense en lo que pudiéramos denominar tratado del amor práctico que encierra el libro del Arcipreste, es decir, en aquellas ocasiones en que, abandonando el campo de la teoría, la emprende con los consejos. Son éstos, á veces, sesudos y profundos, y merecedores de ser observados, como, por ejemplo, aquellos que da á hombres y mujeres

(1) *Reprobación del Amor mundano*, Parte primera, capítulo VII, pág. 24.

para que se guarden de las asechanzas del amor, en los que describe con pensamiento ascético los males que acarrea al género humano y la triste suerte de la dueña que tuvo la desgracia de caer en la celada, cuya fama anda en boca de comadres, sirviendo de comidilla en las ociosas conversaciones de la plaza ó de la fuente; pero cuando el lector se va embebeciendo en la meditación de tan útiles advertencias y se halla casi dispuesto á hacer voto perpetuo de castidad, encuéntrase con que el cuadrante cambia de improviso y ve con asombro que el Arcipreste, que de tal modo supo exaltar las muchas virtudes y beneficios que se derivan del amor de Dios, no tiene el más leve escrúpulo en sacar á relucir toda una gramática parda para uso y enseñanza de noveles amadores, ni vacila en recomendarles que en asuntos amatorios nunca enviden el alma entera, si quieren ahorrarse sufrimientos y quebrantos; que procuren obtener el mayor resultado con el menor esfuerzo; que no desfallezcan cuando pierdan un amor, habiendo como hay más de una mujer en el mundo; que no olviden que la constancia es poderoso

auxiliar para vencer los más tenaces desvíos; y, en fin, que den por bien invertido el tiempo que al amor consagren, en gracia á que si es mucho el trabajo es también dulce la recompensa [1].

Tales contradicciones respecto del concepto del amor, que, ahondando un poco, revelan otra serie de contradicciones y de dudas respecto del concepto del hombre, son uno de los mayores encantos de la obra del Arcipreste, cuyas ideas no se nos ofrecen encastilladas en la fórmula, como las del definidor pedante que todo lo tiene ya sabido y nada, á su juicio, necesita ya aprender, sino envueltas en esa penumbra vagarosa, mística á veces, á veces humorista ó escéptica, pero siempre grande amiga de las mentes sinceras que no quieren cerrarse ningún camino, sino dejar abiertos todos los resquicios, pasos, atajos y veredas que comunican con el mundo para que por ellos entren las sensaciones, que aunque sea momentáneamente y en hipótesis nos traigan la explicación, real ó ficticia, que esto quizá importe poco, de tanto misterio como nos rodea.

(1) *Libro de Buen Amor*, est.ª 155 á 160.

CAPÍTULO XII

IDEAS ACERCA DE LA MUJER.—PRECEDENTES DE LA LITERATURA CASTELLANA.—IDEA QUE DE LA MUJER TIENE EL ARCIPRESTE.—LAS MUJERES DEL *LIBRO DE BUEN AMOR*.

Como es natural, las ideas del amor y de la mujer están en el libro del Arcipreste íntimamente relacionadas.

Sería curiosísimo seguir paso á paso la opinión que la mujer ha merecido á los escritores en las diferentes épocas, máxime cuando en los días que alcanzamos adquieren tanta boga las cuestiones feministas y se hacen tan apreciables al par que útiles conatos para la redención de la mitad del género humano, decidida, al fin, á sacudir de una vez el ominoso yugo masculino; movimiento simpático en extremo, aunque en ocasiones traiga como consecuencia inmediata el que muy gentiles damas se vistan con traje de varón y varones muy barbados con faldas de batista, si bien

es de esperar que el tiempo se encargue de ir poniendo las cosas en su punto.

Repetidamente se ha dicho y se ha escrito que la leyenda paradisiaca es la responsable de la consideración de inferioridad en que se ha colocado á la mujer constantemente al figurársela en su origen como la causa del pecado y de la maldición subsiguiente que á ella y á toda su descendencia costó la endemoniada golosina. Este es el motivo—se dice—de que, al pasar la tradición bíblica á formar parte del cristianismo, haya sido tenida la mujer por muchos escritores, y entre ellos por algunos Padres de la Iglesia, como de perversa y torcida inclinación, y como peligro del que hay que huir en cuanto sea compatible con la flaqueza humana, ya que ésta la hace necesaria, siquiera sea con la necesidad de un mal, debiéndose, por tanto, imitar la conducta de buen número de aquellos que quisieron ser santos y partícipes en los inacabables goces del cielo. De aquí también las lindezas que han salido de ciertos moralistas que nos hablan de la mujer cual de un ser inferior en el que toda falsía y engaño hallan cabida, y de aquí, por último, que el voto de

castidad que con tanta saña combate el desalmado positivismo, por reputarlo poco favorable al desarrollo de la especie, místicamente, se haya avalorado como uno de los medios que cualquiera puede poner en práctica con mayor ó menor facilidad, pero siempre con éxito infalible para ganarse la gloria.

Otros atribuyen el que de tal modo se haya denostado á la mujer á que, por regla general, son los hombres los que han escrito, los cuales es claro que al escribir no pueden hacer abstracción de que son hombres y de manifestar la *oposición del sexo*, hallazgo feliz que tenemos que agradecer á Schopenhauer; la sospecha reviste ciertas apariencias de verosimilitud, á juzgar por los primores que se les ocurren á las mujeres desde que empieza á ser en ellas más frecuente el uso grato de la péñola. La Sociología, en fin (¿cómo no?), también ha puesto mano en el asunto y ha descubierto unas *ginecocracias* que pueden ser dato valiosísimo para saber lo que haya de cierto en la oposición famosa: es de desear que se haga la luz en tan arduo problema, y aun estamos por decir que ya no está lejos la hora en que alumbre con claridad meridiana,

pues son muchos los que en nuestros días van dedicándose á sociólogos y conquistando justísimo renombre, ora por su destreza en la esgrima de las tijeras, bajo cuyos filos implacables caen las más peregrinas flores que crecen en el verjel fecundísimo de las Revistas, ora por la reflexión solemne y sistemática, pues tal hay de entre ellos que ha creado una teoría completa del mundo sin más que encerrarse un mes en su cuarto á solas con su cabeza.

Quédese esto para quien lo entienda; nosotros nos limitaremos modestamente á apuntar el hecho, y el hecho es que la mujer ha sido harto agraviada, aunque dudamos mucho de que la causa de ello esté en el pecado del Paraíso.

«Ni la modestia, ni el decoro, ni el talen»to, ni el temor, sino la falta de un preten»diente, es la causa que mantiene la pureza »en la mujer.»

«Ni con regalos, ni con respetos, ni con »sinceridad, ni con vigilancia, ni con razón, »ni con castigos, se logra honestidad en las »mujeres: son de todo punto indomables.»

Creemos que no es posible rayar más alto

en el denuesto, y que ninguno de los mayores enemigos de la mujer lo fué tan encarnizado como el que escribió tales palabras; sin embargo, los párrafos transcritos son del *Hitopadeza*, para cuyo autor es indudable que no era el Paraíso terrenal la cuna del género humano [1].

No se mostraron, en verdad, muy galantes nuestros poetas y prosistas de la Edad Media. Vislúmbrase en ellos cierto miedo á la hembra, cierta invencible desconfianza que les conduce á imaginársela, ya como una carga que el hombre tiene que resistir con resignación, ya como un castigo, ya como red tendida por el demonio con el objeto de no consentirnos gozar de tranquilidad ni un solo instante de la vida:

Sobre todo, te cura mucho de no amar mujeres [2],

hace decir á Aristóteles el autor del *Libro de Alexandre,* frases que contrastan notablemente con las que el Arcipreste puso en boca del filósofo, encaminadas á persuadir de que el amor es ley inexorable del mundo.

(1) Véase *Hitopadeza*, Lib. I, pág. 54, y Lib. II, pág. 127.
(2) *Libro de Alexandre*, est. 48.

Las mujeres son febles, olvidan lealtad [1],

leemos en otro pasaje del mismo poema; el que hizo el prólogo de los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho* sostiene con Orígenes que «grand cargo es del ome haber á sopor»tar á la muger en sus pasiones e miserias» [2]: en la *Vida de San Ildefonso* se afirma que el diablo «pone en mugeres solás e hipocre»sia» [3], y en el *Libro de los Enxemplos* multiplícanse las diatribas contra el sexo femenino por modo maravilloso y hasta con método y plan preconcebidos, para que ninguna mala cualidad quede sin su mención correspondiente:

. Red del diablo es la mujer [4].

.....

Mulieris facies ventus ureus [5].

.....

Mulieris astutia superat omnem dolum [6].

(1) *Libro de Alexandre*, est. 371.
(2) *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, prólogo.
(3) *Vida de San Ildefonso*, pág. 527.
(4) *Libro de los Enxemplos*, CCXXX.
(5) *Id.*, CCXXXI.
(6) *Id.*, CCXXXVI.

....

Mulieris caro ignis dicitur esse [1].

Nada digamos de lo que muchos años después de esto escribía el Arcipreste de Talavera, que se despachó á su gusto:

«La desordenada cobdiçia que la muger »tiene por alcançar, aver e andar arreada »con mucha vanagloria.....» [2].

«E por quanto á qualquier sabio le es ma»nifiesto poco más ó menos la muger quién »es e como por ellas en el mundo vino des»truyçion e oy dura, non es honesto dellas »mas fablar» [3].

«E non pienses que en el mundo fembra »tan fiel nin constante fallares, si enamoradi-

(1) *Libro de los Enxemplos*, CCXXXIX.

En esto el autor del *Libro de los Enxemplos* no hizo sino imitar al de *Gesta Romanorum*, en donde vemos tres capítulos consecutivos dedicados á vituperar al sexo femenino, y con los títulos: *Quod mulieribus non est credendum, neque archana committendum, quoniam tempore iracundine celare non possunt* (cap. 124, pág. 473); *Mulieres non solum pandunt secreta, sed ad hoc mentiuntur plura* (cap. 125, página 475), y *Quod mulieribus in nullo est credendum et presertim de secretis celandis* (cap. 126, pág. 476).

(2) *Reprobación del Amor mundano*, Parte primera, capítulo XI, pág. 32.

(3) *Id.*, íd., cap. XV, pág. 44.

»ça es, que si otro con dones e mayores joyas »que tú veniese, que non te diese canto»nada» [1].

«Por ende, de muger cree lo que vieres, e »de lo que vieres la meytad, e non creas en su »amor, que vano e ligero es, transitorio e »non durable, como susodicho he; tanto le »dura quanto le plaçe» [2].

Gonzalo de Berceo, sin embargo, cayó en la cuenta de que Jesucristo nació de mujer, y este venerando recuerdo muévele á tener un poco de piedad con ellas y hasta á proclamarlas redimidas de maldición en gracia á que el Verbo se hizo en una mujer carne mortal:

A la mujer en esto grant graçia li acrovo,
todo lo ha meiorado el tuerto que nos tovo,
en esto con lo al grant privilegio ovo,
por mugieres el mundo grant alegria crovo [3].

***

El Arcipreste de Hita no podía por menos

(1) *Reprobación del Amor mundano,* Parte primera, capítulo XVIII, pág. 59.

(2) *Id.*, Parte segunda, cap. XIII, pág. 186.

(3) *Loores de Nuestra Señora*, est. 109.

de participar de las ideas de su tiempo, y así nos dice en una copla en que habla de la infidelidad que

> como en este fecho es siempre la muger
> sotil e mal sabida [1],

y también se le pasó por las mientes que la pudicia y recato femeninos no son sino un arma de defensa con menos de real que de ficticio:

> Fasla una vegada la vergüença perder,
> por aquesto fas mucho si la podieres haber,
> des que una ves pierde vergüença la muger
> más diabluras fase de quantas home quier [2].

Pero á pesar de tales ideas, que en nada discrepan de las que profesaron sus contemporáneos, acaso el Arcipreste recapacitó sobre la gran injusticia de que la mujer era víctima, y hasta es posible que calificase de verdadero atentado á la Sabiduría Eterna, el hecho de suponer que la puso en el mundo no más que para el pecado y para ser el azote del hombre. Aparte de esto, y con pensamiento algo más pagano, entiende que el ser

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 484.
(2) *Id.*, 468.

que nos brinda los irresistibles atractivos de la belleza, encarnada en la juventud, y aviva en los pechos varoniles el sano sentimiento del amor, con la realidad de la carne y de la vida, no es ni puede ser de creación demoniaca, como lo eran los fantasmas que turbaban las ascéticas meditaciones de San Antonio, y rebelándose contra los que apartaron sus ojos de la mujer como despreciables eunucos ó como solapados hipócritas, exclama con la energía de quien no quiere continuar por más tiempo siendo comparsa de un coro tradicional:

ca en muger loçana, fermosa e cortés,
todo bien del mundo e todo plaser es.
Si Dios, quando formó el omme, entendiera
que era mala cosa la muger, non la diera
al omme por compañera, nin de él non la fesiera;
si para bien non fuera, tan noble non saliera [1],

pensamiento que es uno de los más espontáneos, pero también, dada la época, de los más atrevidos del *Libro de Buen Amor*, pues quizá el que lo vertió en sus páginas contestaba con cuatro versos á las proposiciones

(1) Est.ª 108 y 109.

que, pertrechadas de todas las armas filosóficas y dialécticas, querían probar los Santos Doctores de la Iglesia con el fin de que quedase evidente á nuestros ojos que el hombre peca de cualquier manera que á la mujer se acerque [1].

***

De carne y hueso, y no meros figurones de palo, vestidos con ropajes de trapo, son las mujeres de la obra de Juan Ruiz, y en sus retratos nada echarían de menos ciertos escritores de los que cultivan eso que ellos llaman *Psicología fisiológica* (!) y *Psicología experimental* (!!) para hacer un detenido análisis de los caracteres de aquéllas, como los que acostumbran á perpetrar con héroes y heroínas de comedias y novelas, con tal exactitud y con tales detalles, que no parece sino que les trataron y hasta que les hicieron la autopsia. Si estos escritores, decimos, afron-

(1) «Nihil esse sentio, quod magis ex arce deiiciat »animum virilem quod blandimenta feminae, corporumque »ille contactus. Ergo nullus actus venereus videtur esse »sine peccato.» (*Summa Theologiae*, Secunda Secundae, Roma, 1570; Questio CLVIII-II, folio 359.)

tasen el estudio de las mujeres del *Libro de Buen Amor,* es muy posible que en la una sorprendiesen la índole de la *impulsiva*, en la otra los estigmas de la *degenerada* y en la de más allá el sello atávico de la *loca moral* ó quién sabe si el de la *epiléptica larvada*, pues el caso sería encasillarlas dentro de una de esas cuadrículas morbosas que salen de las molleras de los sabios transpirenaicos para honra suya y provecho de los de acá. Dios nos libre á nosotros de intentar siquiera tamaña empresa; bástenos decir que las dueñas y zagalas del Arcipreste están tomadas del natural y retratadas de mano maestra, con fresco colorido y rica variedad, pues allí encontramos á la dama de abolengo y solar, la que sabe «toda nobleza de oro e de seda», que es dueña de dueñas y señoril en su persona y actos, la cual ni aun se digna fijar sus miradas en el desconocido aventurero que la requiere de amores con vulgares y plebeyos requiebros; allí vemos á la fijodalga aragonesa, de apuesta talla, lozana y amorosa, que tuvo la desgracia de enviudar cuando apenas había gustado el matrimonio y á la que el atisbo de una dicha, no del todo conseguida,

hizo caer en el lazo infame que preparó Trotaconventos; allí vemos á la gentil doncella de cuello de garza, de sonrosada tez y ardientes ojos, á quien su mala estrella llevó á velar sus encantos bajo las tocas monjiles sin vocación para ello, pues si rechaza los primeros embates de la pasión, más bien por convencionalismo del pudor que por dictado de su conciencia, pónese al cabo en trance de olvidar los santos votos y de rendir su fortaleza; allí vemos aquellas campesinas, no menos enamoradizas que las damas, que Juan Ruiz nos presenta en el amplio y agreste escenario de la Sierra, adonde va el protagonista con designios harto distintos de los que á la Sierra llevaban los santos eremitas de Gonzalo de Berceo, y en cuyos episodios demuestra el Arcipreste que hay mucho que decir en punto á la sencillez de las aldeas, pues si es verdad que entre las mozas de sus hermosas *cánticas de serrana* hay una que vence las tentaciones y sólo está dispuesta á cumplir la voluntad del amante previa la bendición de la Santa Iglesia, las demás con que topa el galán en su camino tienen poco ó nada que perder, porque pecan por el interés, y alguna

de ellas, como la mujer de Ferruso, con detrimento grave de su fidelidad; allí vemos, en fin, aquella mora á quien su ley no consiente aceptar el amor de un hombre de otra ley, sin duda por tener la conciencia más estrecha que su amador, que, aunque cristiano, no opinaba de acuerdo con el Rey Don Sancho cuando le decía á su hijo: «Otrosí, mío »fijo, non debes tú contar la mora por mujer, »mas cuéntala por bestia, pues que non ha »ley ninguna sino la de Mohamad» [1]: el Arcipreste no se fijaba en tales repulgos, y estamos ciertos de que no hubiera tenido inconveniente en absolver al hijo del Rey si llega á casarse con una mora sin exigir de ella la previa conversión.

Tal fué el modo con que Juan Ruiz trató la materia que nos ocupa.

(1) *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, cap. XX, página 134.

CAPÍTULO XIII

EL EPISODIO DE DON MELÓN Y DOÑA ENDRINA.—SU ORIGEN: LA COMEDIA *PAMPHILUS DE AMORE*. SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS DE ESTA COMEDIA CON EL EPISODIO DEL ARCIPRESTE.

El principal episodio amatorio del *Libro de Buen Amor* al par que el de mayor extensión, pues consta de más de setecientos versos, es el de *Don Melón de la Huerta y Doña Endrina de Calatayud*, tanto por el vigor poderoso de sus trazos cuanto por la influencia que tuvo en nuestra literatura, como directo antecedente que es de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

En el Capítulo III de esta Parte hemos bosquejado el asunto en líneas generales, y por esta razón no vamos á insistir en él; además es conocidísimo por los amantes de las Letras, y sería gastar tiempo inútilmente recordando lo que todos saben de memoria. Ahora, pues, hemos de circunscribirnos á tratar de sus

orígenes y de los elementos personales que adujo el Arcipreste.

Ya se ha dicho en varias ocasiones que este episodio proviene de una comedia latina titulada *Pamphilus de Amore* [1], cuyo autor, que tal vez fué un monje del siglo XII, ocultó su nombre con el seudónimo de *Pánfilo Mauriliano*. Divídese la comedia en tres actos. En el primero laméntase Pánfilo de amar á la bella Galatea sin esperanza de ser correspondido, y, como último recurso, ruega á Venus que venga en su auxilio; obediente la diosa á la evocación del mancebo, comparece ante él y le conforta con provechosos consejos, asegurándole que mediante su empleo podrá ver realizados sus anhelos. Pánfilo va á conversar con Galatea, que al pronto duda de sus promesas; pero reducida al fin por la insistencia y las súplicas del amante, acaba por acceder á que vuelva á hablar con ella, siempre que respete los fueros de su honor. El ga-

(1) Esta comedia ha sido publicada en 1900 por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, conforme al texto de Mr. Adolfo Baudouin (París, 1874). Figura como apéndice á la edición de *La Celestina* de E. Krapf (Vigo, 1900), y se inserta en el tomo II con el título de *Pamphilus de Amore*, Comœdia.

lán, viendo el negocio en buen camino, bendice su próspera fortuna, y sumiso á las advertencias de Venus, acude á una vieja (Anus) para que sea medianera en sus amores. El acto segundo da principio con una escena en la que Pánfilo y la vieja convienen en el plan de asedio. Sin perder momento, la taimada zurcidora de voluntades va á ver á Galatea y halla bien pronto ocasión propicia para ponderar las cualidades del mozo; la doncella no se percata de la trampa, y confiesa sinceramente la pasión que siente por él; Anus corre á llevar las alegres nuevas al enamorado galán, de quien procura, en cambio, sacar el mejor partido para su bolsa. Por último, en el acto tercero, la vieja, valiéndose de engaños, logra que Galatea vaya á su casa; Pánfilo, prèviamente avisado, llega también; Anus, pretextando que la llama una vecina, deja solos á los amantes, y cuando Galatea comprende el engaño, ya no tiene el percance remedio alguno.

Juan Ruiz tomó de esta comedia el argumento, y aun las palabras, que, á veces, traduce al pie de la letra, hasta el punto de que sería difícil dar con un pentámetro ó con un

exámetro entre los versos de aquélla que el Arcipreste no haya vertido al castellano. Las traducciones son por el estilo de las que siguen:

fuime a doña Venus que le levase mensaje,
ca ella es comienço e fin deste viaje.
Ella es nuestra vida e ella es nuestra muerte,
enflaqueçe e mata al resio e al fuerte,
por todo el mundo tiene grant poder e fuerte,
todo por su consejo se fará á do apuerte.
«Señora doña Venus, muger de don Amor,
noble dueña, omíllome yo, vuestro servidor,
de todas cosas sodes vos el amo e señor,
todos vos obedesçen como á su fasedor
Reys, duques e condes e toda criatura
vos temen e vos sirven como á vuestra fechura:
complit los mis deseos e datme dicha e ventura,
non me seades escasa, nin esquiva, nin dura.
Non vos pidré grant cosa para vos me la dar,
pero á mí, cuytado esme grave de far;
sin vos yo non la puedo començar ni acabar:
yo seré bien andante por lo vos otorgar.
.....
Doña Endrina, que mora aqui en mi vesindat...[1]

---

(1) *Libro de Buen Amor*, est.ª 583 á 587 y 596.

Ergo loquar Veneri, Venus est mors vitaque nos-
[tra,
Ducunturque suis omnia consiliis.
Unica spes vite nostre, Venus inclita, salve,
Que facis imperio cuncta subire tuo,
Quam timet alta Ducum servitque potentia Re-
[gum!
Supplicibus votis, tu pia, parce meis.
Ne sis dura, meis precibus resistere nolis,
Sed fac quod posco; non ego magna peto.
Dixi non magna, misero michi magna videntur
Sed tamen ista dare non tibi difficile est.
Annuo dic tantum, jam jamque beatus habebor
Et sic evenient prospera cuncta michi.
Est michi vicina (vellem non esse) puella, etc [1].
....

Si quisiéramos proseguir haciendo la comparación, sería preciso copiar íntegramente ambos textos; y aunque no todas las semejanzas se contienen en el cuadro que por nota

(1) *Pamphilus de Amore,* Actus primus, scen. I y II, versos 23 á 35

insertamos [1], podrá juzgarse por él, haciendo los cotejos correspondientes, de la analogía en los pasajes principales.

Tal circunstancia, que, en el sentir de algunos Aristarcos, amenguaría la originalidad del Arcipreste, no concurre, en nuestra opinión, sino á realzar su mérito, pues ya que no quepa negar que Doña Endrina, don Me-

(1) Semejanzas principales entre *Pamphilus de Amore* y el episodio del Arcipreste:

Actus primus.	L. de Buen Amor.	Actus secundus.	L. de Buen Amor.	Actus tertius.	L. de Buen Amor.
Versos.	**Estrofas.**	**Versos.**	**Estrofas.**	**Versos.**	**Estrofas.**
23-24	583-84	285	702	550 y sig.s	830 y sig.s
25-30	585-87	290	706	560	835
35	596	299 y sig.s	713 y sig.s	573	839
45	598	311	717	591	844
53	600	339 y sig.s	726 y sig.s	597	846
60	604	351	731	645	861
65	605	375	737	651	872-73
73-74	610	463-70	792-94	661 á 740	(Falta la escena.)
71	613	470 y sig.s	794	741	878
77 y sig.s	615 y sig.s	485-90	798-99	770 y sig.s	887 y sig.s
79 y sig.s	614	507	807		
110	631	523	815		
125	638				
143 y sig.s	648 y sig.s				
153	653				
155	655				
163 y sig.s	657 y sig.s				

lón y Trotaconventos tienen por inmediatos ascendientes á Galatea, á Pánfilo y á la Anus, Juan Ruiz, como dice el Sr. Menéndez y Pelayo, supo sacar á estos personajes de la comedia de la vaguedad abstracta que en ella tenían, dándoles carta de naturaleza española [1].

En efecto, el Arcipreste, además de traducir las palabras, tradujo también al castellano las figuras y las escenas, ampliando muchas de ellas y sembrándolas de conceptos y de ideas rebosantes de gracejo. Sería inútil que en la comedia del monje del siglo XII buscásemos nada que se parezca á la escena en que Trotaconventos, con achaque de vender baratijas, entra en casa de Doña Endrina para cumplir el mensaje del galán, ó á aquella otra en que éste por vez primera se decide á hablar á la dueña, plática hermosísima en cuyos comienzos túrbase el mancebo y olvida las palabras que llevaba pensadas, aunque no tarda en dominar su emoción, entablando con la bella viudita un diálogo que es modelo de discreteo, en el cual el amante apura todos

(1) Menéndez y Pelayo, *Introducción* á *La Celestina* (edic. de Krapf), pág. XXX.

sus recursos, y la dueña le contesta con palabras prudentes, que ni le alientan del todo, ni del todo le quitan la esperanza; en vano buscaríamos en la comedia un trozo semejante á aquel en que Doña Endrina, conmovida por la cuita del mancebo, que la vieja pondera con lacrimoso acento y súplicas de compasión, declara con candor de niña enamorada todo el amor de su pecho, pues por más que hace para defenderse en el último baluarte del recato, no puede evitar que se trasluzca la lucha que en su alma riñen el pudor y el deseo: la escena es distinta totalmente:

Me premit igniferis Venus improba sepius [armis
Et michi vim faciens, semper amare jubet!
Me jubet e contra pudor et metus esse pudicam...
His coacta meum nescio consilium! [1].

¿Cómo comparar las frías palabras que anteceden, rebuscadas expresiones de un oscuro imitador de Ovidio, más diligente en medir el exámetro que en interpretar los sentimientos que describía; cómo comparar, re-

(1) *Pamphilus de Amore*, actus tertius, scena prima, versos 573 á 580.

petimos, tales versos con los que el Arcipreste pone en boca de Doña Endrina y que salen de sus labios apasionados, sonoros y vibrantes?

El grand amor me mata; el su fuego parejo,
pero quanto me fuerça, aprémiame sobejo;
el miedo e la vergüença defiéndenme el trebejo,
á la mi quexa grande non le fallo consejo [1].

Es lástima que los púdicos escrúpulos de algunos sesudos y doctos varones cercenasen de los códices el pasaje decisivo, ó sea aquel en que el amador fué á casa de la vieja y «acabó lo que quiso» [2]; y por cierto que sería de leer, si es que el Arcipreste desplegó en él, que sí desplegaría, las galas y riqueza de realismo ordinarias en sus descripciones, pues el buen monje autor de la comedia tampoco se quedó corto ni anduvo con muchos reparos en materia tan escabrosa. Pueden estar tranquilos los que piensan que tales co-

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 839.

(2) El pasaje, en efecto, ha desaparecido en los tres códices que se conservan. En el de Salamanca faltan los folios LIX y LX, que comprenderían 32 cuartetas, calculando por el número que tienen los demás.

sas deben desaparecer, pues es lo probable que los folios que cayeron á tajo de tijera fuesen á dar con sus estrofas en el fuego purificador, de donde no es de esperar que resurjan como el fénix [1].

(1) Hé aquí el pasaje correspondiente de la comedia *Pamphilus de Amore:*

SCENA QUARTA

Anus, Pamphilus, Galatea.

. . . . . .

ANUS

Me vicina vocat: loquar illi, jamque revertar
Nam nimis vereor huc modo ne veniat.
Quid clamas? propero; veniens hec ostia claudo,
Nullus enim remanet hic nisi sola domus
Me mea cura tenet, propera michi dicere quid vis,
Me tecum longas non decet ire vias.

SCENA QUINTA

Pamphilus, Galatea.

PAMPHILUS

En modo dulcis amor viridisque juventa, locusque,
Galatea, monent pascere corda jocis!
En lasciva Venus nos ad sua gaudia cogit,
Inque suos usus nos jubet ire simul!
Quid moror his verbis? supplex mea vota requiro,
Tu patiens facti deprecor esto mei?

GALATEA

Pamphile, tolle manus!... frustra te nempe fatigas...

Aunque los personajes todos del episodio tienen importancia grande para la historia de la Literatura castellana, ninguno la tiene tan excepcional como el de *Trotaconventos*, por

Nil valet iste labor!... quod petis esse nequit!...
Pamphile tolle manus!... male nunc offendis amicam!...
Pamphile tolle manus... jamque redibit anus!
Heu michi!... quam parvas habet omnis femina vires!...
Quam leviter nostras vincis utrasque manus!
Pamphile! nostra tuo cum pectore pectora ledis!...
Cur me sic tractas?... est scelus atque nephas!...
Desine!... clamabo!... quid agis! male detegora te!...
Perfida (me miseram) quando redibit anus?
Surge! precor!... nostras audit vicinia lites!
Que tibi me tribuit, non bene fecit anus!...
Ulterius mecum non te locus iste tenebit
Nec me decipiet, ut modo fecit, anus!
Hujus victor eris facti: licet ipsa relucter,
Sed tamen inter nos rumpitur omnis amor!

PAMPHILUS

Nos modo paulisper requiescere convenit ambos,
Dum, facto curso, noster anhelat equus.
Quid male dilecto respectum luminis offers?
Curque lavas lacrimis flebilis ora tuis?
Sum reus ex toto, modo quaslibet accipe penas,
Et major meritis pena sit ipsa meis.
En quecumque velis patiens ad verbera presto!
Sic culpasse tamen non mea culpa fuit.
Nos modo judicium (si vis) veniamus ad equum:
Aut modo sim liber, aut ratione reus.
Ardentes oculi, caro candida, vultus herilis,

ser ésta la precursora de *Celestina*, cuyos caracteres, aquí y acullá esparcidos en diferentes obras, reunió el Arcipreste con singular acierto, dando á su creación los mereci-

Verbula, complexus, basia grata, locus
Fomentum sceleris michi, principiumque dedere.
Institit hortator his michi verus amor,
His furor intumuit, rabiesque libidinis arsit
Hortanturque sequi facta nephanda michi.
Iste meos sensus pervertit pessimus error
Per quem nostra tibi gratia surda fuit..
De quibus accusor, merito culpabilis esses,
Fons hujus fueras materiesque mali.
Tam gravis ira duos non convenit inter amantes:
Sed si forte venit, sit tamen ipsa brevis.
Semper amans delicta pati bene debet amantis:
Culpe communis fer patienter onus.
Cum remeabit anus, tristes, precor, exue vultus,
Ne nos, per lachrymas, sentiat esse reos.

SCENA SEXTA

Pamphilus, Galatea, Anus.

ANUS

Ante fores vacuis tenuit me femenina mugis,
Que Marcum proprio vinceret alloquio!
Cur Galatea tuo corrumpis lumina fletu?
Quen michi demonstras, hic color unde venit?
Absens quando fui, quid tecum Pamphilus egit?
Galatea, precor, ordine, cuncta refer.

GALATEA

Convenit ut nostros queras (quasi nescia) fletus,

mientos necesarios para que en manos del autor de la *Tragicomedia* incomparable adquiriese la definitiva ejecutoria de nobleza literaria. Pero el interés del asunto exige que se le dedique capítulo aparte.

Cum res consiliis facta sit ista tuis!
Fructibus ipsa suis que sit cognoscitur arbor:
Tu quoque nunc factis nosceris ipsa tuis.
Pome nucesque tuas michi tu dare disposuisti,
Cum tuus iste fuit Pamphilus ante fores!
Ut locus esset ad hoc tua te vicina vocavit,
Quo spoliata forem virginitate mea!
O quam magna foris te fecit causa morari?
Quam bene seva suas ars tegit insidias!
Implevere suos ars et fallacia cursus:
In laqueos fugiens decidit ipse lepus!

ANUS

Increpor injuste nunc; hoc michi crimen inesse
Qua ratione velis, me satis expediam.
Etati nostre male nomen criminis hujus.
Convenit, ars tanti nec studiosa mali.
Si qua modo concepta jocis contentio vobis
Contigit, absenti que michi culpa fuit?

En este verso enlaza ya el códice de Salamanca con la est. 878, que dice:

Quando yo sali de casa, pues que veiades las redes,
¿por que fincábades con él sola entre estas paredes?

CAPÍTULO XIV

TROTACONVENTOS Y CELESTINA.—PRECEDENTES GENERALES.—LA CREACIÓN DEL ARCIPRESTE

El tipo de la vieja con ribetes de hechicera, cuyo oficio no es otro que el de zurcidora de voluntades para consuelo de los que bien se quieren, tiene una respetable antigüedad.

En el *Hitopadeza* hallamos ya aquella mensajera que el príncipe Tungabala envía á su adorada Lavanyavati, en la que está como indicado el natural astuto de este género de servidoras del amor, puesto que al preguntarla el galán por los medios para hacer factibles sus intentos, le responde taimadamente: «astucia hemos de emplear» [1]. En otro lugar de la obra se describe á la alcahueta Karaba, que es también algo bruja, como se infiere por aquel sortilegio del círculo que traza en el suelo, ofreciéndolo en honor de

(1) *Hitopadeza*, lib. I, pág. 77.

Ganeza y de los otros dioses, con objeto de apoderarse de la campana que tocaba sola y traía aterrorizados á los moradores de Brahamapura [1].

No hay que decir que Ovidio sacó á colación á la medianera en sus poemas y elegías. Háblanos en el *Ars amatoria* de las hechiceras de Tesalia que pretendían esclavizar á los amantes con hierbas y filtros, y enseña que nunca se acuda á ellos para obtener el amor, sino al arte y á los procedimientos que él preconiza:

Fallitur Haemonias siquis decurrit ad artes
  Datque, quod a teneri fronte revellit equi;
Non facient, ut vivat amor, Medeides herbae
  Mixtaque cum magicis naenia Marsa sonis:
....
  Philtra nocent animis vimque furoris habent;
Sit procul omne nefas! ut ameris, amabilis esto [2].

El mismo poeta, en aquella Dipsas de *Amorum*, diseña ya á la tercera con todas las que pudiéramos llamar clásicas líneas de Celestina, porque, como ella, es vieja

(1) *Hitopadesa*, lib. II, pág. 114.
(2) *Ars amatoria*, II, 99 y siguientes.

... est quaedam nomine Dipsas, *anus;*

como Celestina, es borracha:

Ex re nomen habet... [1];

como Celestina, ejerce las artes mágicas:

Illa magas artes Aeaeaque carmina novit

y conoce las virtudes de las plantas:

Scit bene, quid gramen, quid torto concita [rhombo
Licia, quid valeat virus amantis equae;

atiende, como Celestina, al provecho que le reportan sus tercerías, doliéndose constantemente de su pobreza ante los galanes que van en su recuesta:

Non ego, te facta divite, pauper ero;

y como Celestina, en fin, usa de un lenguaje meloso é insinuante:

Scis here te, mea lux, iuveni placuiste beato [2].

Con alguno de estos elementos á la vista formó el autor de *Pamphilus de Amore* la Anus de su Comedia, personaje que antes de pasar al libro del Arcipreste detúvose en el

(1) *Dipsas,* del griego *dipsan:* tener sed.
(2) *Amorum*, Lib. I, VIII, versos 1 al 28.

Roman de la Rose, para ser imitada en la figura de aquella otra vieja del poema, bajo cuya custodia estaba la púdica doncella, y á quien ganaron para el logro de sus fines Courtoisie y Largesse.

En cuanto á las obras castellanas, es indudable que en ellas tiene Celestina más de un antecedente.

En el *Libro de Alexandre* menciónase una tercería, realizada nada menos que por la diosa del Amor, que, agradecida á la merced que recibió de Paris, le protege en su aventura con la esposa de Menelao. Tanto en las expertas prevenciones que hace Venus al mancebo, animándole á que entre en la corte, como en la promesa de asistir con hechizos para que consiga ver cumplidos sus deseos amorosos, como en el desenfado de sus palabras, vemos ciertos rasgos *celestinescos* embrionarios, es cierto, pero en extremo interesantes:

Yol' enviaré conseio, darl' he mis melecinas,
las que yo suelo dar á las otras reynas,
todas nos entendemos, cuemo somos vecinas,
creo que te querrá meter so sus cortinas [1].

(1) *Libro de Alexandre*, est. 371.

También en el *Libro de los Engaños* encontramos dos viejas de este género: la una es la del *enxemplo del omme e de la mujer e de la vieja e de la perrilla* [1], que intercede con sus maestrías entre una mujer casada y su amante, y la otra (á quien se la denomina por su nombre con toda claridad), la del *enxemplo de la muger e del alcahueta, del omme e del mercador, e de la muger que vendió el paño* [2], la cual trata de que vaya á su casa la seducida, de la misma suerte que lo hacían la Anus de *Pamphilus* y la Trotaconventos del *Libro de Buen Amor*.

Finalmente, en el *Libro de los Enxemplos*, cuyos materiales son, sin disputa, anteriores al Arcipreste, insértase el cuento citado en primer lugar del *Libro de los Engaños*, y además el de la vieja lavandera, á la que escogió el diablo para infernar un honrado matrimonio [3], cuento que es el que en el Capítulo XLV del *Conde Lucanor* titúlase *de como un buen*

(1) *Libro de los engaños e los asayamientos de las mujeres* (edic. cit.), pág. 40. El mismo cuento hallamos en *Gesta Romanorum* con el título *De inexecrabili dolo vetularum* (edic. cit., cap. 28, pág. 325).

(2) *Id.*, pág. 44.

(3) *Libro de los Enxemplos*, CCXXXIV.

omme e su muger fueron vuellos por dichos de una falsa vieja [1].

Como se ve, el abolengo de Celestina es dilatado é ilustre; pero los personajes á que nos hemos referido eran siempre de segunda ó de tercera fila, y no más que á modo de los componentes dispersos de un carácter que no había de concretar su verdadera personalidad hasta el Arcipreste ni aparecer con todo su vigor hasta la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

***

El nombre de *Trotaconventos* que Juan Ruiz dió á la vieja de su episodio es de antigua cepa castellana. Llamábase *trotero* ó *trotera* á la persona á quien se encomendaba algún mensaje: en el *Poema de Fernán González* dícese que el Conde

Envió por la tierra á gran priesa *troteros* [2],

y el mismo Arcipreste se vale del vocablo en diversas ocasiones:

(1) *Conde Lucanor* (edic. cit.), cap. XLV.
(2) *Poema de Fernán González*, est. 197.

truxo á mi dos cartas un ligero *trotero* [1].

.....

qual don Amor te dixo, tal sea la *trotera* [2].

Este nombre, aplicado á la tercera, debía de ser común. Es uno de los que se enumeran en los *nonbles de alcayueta* [3], y por cierto que el Arcipreste significó la conveniencia de no pronunciarle delante de ella:

nunca le digas trotera, aunque por tí corra [4],

pues, por lo visto, teníase como ofensivo, y por haberlo olvidado sufrió el galán una reprimenda de la vieja:

Nunca digas nombre malo nin de fealdat,
llamatme buen amor e faré yo lealtad
ca de buena palabra págase la vesindat
el buen desir non cuesta más que la nesçedat [5].

Creemos también que el nombre de *Trotaconventos* no fué inventado por Juan Ruiz, sino que antes que por él usábase ya por el pueblo para designar á las mandaderas en-

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 1.068.
(2) *Id.*, 645.
(3) *Id.*, pág. 157.
(4) *Id.*, est. 926.
(5) *Id.*, est. 932.

cargadas de llevar cartas ó recados á los monasterios, á las iglesias y á las casas, de quienes, hablando en general, dice el Arcipreste:

estas *trotaconventos* fasen muchas baratas [1],

y en otra ocasión,

Busqué *trotaconventos* cual me mandó el [Amor [2].

La misma frase utiliza el Arcipreste de Talavera cuando escribe: «Llámame á *trota-»conventos*, la vieja de mi prima, que venga e »vaya de casa en casa» [3], pues aunque el texto es posterior, no parece que en él quiera hacerse alusión al personaje del *Libro de Buen Amor*, sino servirse de un nombre muy vulgar en la época.

De que era frecuente la intervención de este linaje de mujeres en amores de tapadillo, dan testimonio varios pasajes de la obra, entre otros aquel en que el protagonista emprende la primera aventura, con la media-

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 441.

(2) *Id.*, est. 697.

(3) *Reprobación del Amor mundano*, Parte segunda, capítulo I, pág. 120.

ción de una mensajera, que no es Trotaconventos:

Enviele esta cantiga, que es de yuso puesta,
con *la mi mensajera* [1],

á la que contesta la dama con palabras que denuncian el oficio de aquélla y los numerosos clientes que tenía:

Dixo la dueña cuerda á la mi mensajera:
yo veo *otras muchas* creer á tí, parlera [2].

Frecuentes, en efecto, debían de ser y aun de hallarse organizadas en una especie de jerarquía, porque el Arcipreste de Talavera, hablando de los dispendios que se ve precisado á hacer el amante para que le sean propicios los servidores de sus gustos, dice: «e »non solamente á ella (á la amada), mas á »ella, e á la *encobridera*, e á la *mensajera*, e á »la *alcagüeta*, e á *la que les da casa*, etc.» [3].

El parentesco de Trotaconventos con Celestina viene por línea recta, sin que esto oscurezca el mérito del insigne autor de la *Tra-*

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 80.
(2) Est. 81.
(3) *Reprobación del Amor mundano*, Parte primera, capítulo VI, pág. 23.

gicomedia, ni amengüe en lo más mínimo las maravillas de su portentosa creación. Alguna de las frases de Trotaconventos fueron heredadas por Celestina:

A la he—dis—Arçipreste, vieja con coyta trota [1];

los que buscan á aquélla, apelan para predisponerla en su favor á las mismas zalamerías de expresión á que apelaban después Calixto y Parmeno:

dixele: *madre,* señora, tan bien seades venida [2];

y los acentos apasionados de Calixto en la conversación que en el Acto primero sostiene con Celestina, cuando le pide que quiera prestarle sus oficios, nos recuerdan las del mancebo del episodio la vez primera que habla con Trotaconventos:

en vuestras manos pongo mi salud e mi vida,
si vos non me acorredes, mi vida es perdida.
Oí desir siempre de vos mucho bien e aguisado,
de quantos bienes fasedes al que á vos viene [coytado,
cómo ha bien e ayuda quien de vos es ayudado,
por la vuestra buena fama e por vos enviado.

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 930
(2) Est. 701.

Quiero fablar con vusco bien como en penitençia,
toda cosa que vos diga, oidla en paçiençia;
si non vos, otro non sepa mi quexa e mi dolençia [1].

Tampoco se negará la semejanza de la escena en que Celestina simula ir á vender *un poco de hilado* para entrar en casa de Melibea, con aquella otra en que Trotaconventos, fingiendo vender unas baratijas, entra en casa de Doña Endrina: hasta las conversaciones de los personajes en ambos episodios son casi idénticas, pues es imposible leer el pasaje de la *Tragicomedia* en el que Celestina empieza á insinuarse con la hija de Pleberio, diciéndole que no debe ser avara de los encantos y perfecciones de que el cielo quiso dotarla, sin que venga á la memoria la plática de Trotaconventos con la viuda de Calatayud:

Fija, siempre estades en casa ençerrada,
sola envejeçedes, quered alguna vegada
salir, andar en la plaça con vuestra beldat loada,
entre aquestas paredes non vos prestará nada [2],

(1) Est.ª 701 á 703.
(2) Est. 725.

ni se puede, asimismo, leer la escena en que Melibea expresa su justa indignación al descubrir las solapadas intenciones de la medianera, exclamando: «¡Bien se lo merece esto y »más quien á estas tales da oídos!», sin recordar las palabras que en análoga situación pronuncia Doña Endrina al reconvenir á la vieja:

La muger que vos cree las mentiras parlando,
e cree á los ommes con mentiras jurando,
sus manos se contuerçe, del coraçon travando,
que mal se lava la cara con lagrimas llorando [1].

Por lo que hace á las cualidades con que en uno y en otro libro se pinta á la tercera, es indiscutible que coinciden en lo principal; ambas poseen mágicas artes para dominar la voluntad de las mujeres: ambas andan por conventos y sacristías, dando ocasión á monjas, frailes y clérigos para que en vez de conquistar el cielo hagan por perder sus almas; ambas son viejas buhonas «destas que venden joyas» con el fin de tener fácil acceso en las casas de la ciudad; ambas saben el «mentir fermoso», y ambas, en fin, son duchas en hacer

(1) Est 741.

compatible el gusto ajeno con la propia utilidad, de la que nunca apartan la vista, á pesar de sus alardes y protestas de desinterés, pues siempre hallan modo de llorar sus cuitas al mismo tiempo que encarecen su amor y su adhesión á los galanes:

Puña en quanto puedas que la tu mensajera
sea bien rasonada, sotil e costumera,
sepa mentir fermoso e siga la carrera,
ca mas fierve la olla con la su cobertera.
Si parienta non tienes atal, toma viejas
que andan las iglesias e saben las callejas,
grandes cuentas al cuello, saben muchas conse-
[jas,
con lagrimas de Moisen escantan las orejas.
Son grandes maestras aquestas paviotas,
andan por todo el mundo, por plaças e cotas,
á Dios alçan las cuentas, querellando sus coytas,
¡ay! ¡quanto mal saben estas viejas arlotas!
Toma de unas viejas que se fasen herberas,
andan de casa en casa e llámanse parteras;
con polvos e afeytes e con alcoholeras,
echan la moça en ojo e çiegan bien de veras [1].

No es posible dudar de que esta descripción fué el troquel de que salió el tipo de Ce-

(1) Est.ª 437 á 440.

lestina, sin que quiera decir, lo repetimos, que el autor de la *Tragicomedia* no pusiese en él las dotes de su ingenio para acentuar los trazos del modelo y desarrollar con realidad y acierto nunca superados las facciones que halló en el boceto maravilloso del Arcipreste, el cual, cuando puso en Trotaconventos estas palabras:

Conmigo seguramente vuestro coraçon fablad,
faré por vos quanto pueda, gûardar he vos leal-
[tad,
ofiçio de corredores es de mucha poridat [1],

hasta hace pensar que dió oportunidad al gran Cervantes para que escribiese que «no »es así como quiera el oficio de alcahuete, que »es oficio de discretos y necesarísimo en la »república bien organizada, y que no le de»bía ejercer sino gente muy bien nacida, y »aun había de haber veedor y examinador de »los tales como le hay de los demás oficios, »con número deputado y conocido como los »corredores de lonja».

Directamente, pues, y sin hacer escala en ninguna otra obra, conviértese la Trotacon-

(1) Est. 704.

ventos del *Libro de Buen Amor* en la Celestina de la *Tragicomedia*. El Arcipreste de Talavera nada en lo fundamental agregó al carácter: tomando su acostumbrado tono de moralista, dícenos solamente que «Desto son »causa unas viejas matronas, malditas de »Dios e de sus santos, enemigas de la Virgen »Santa María, que desque ellas non son para »el mundo nin las quieren tanto, que á sy »mesmas en los tiempos pasados destruye»ron e disfamaron e perpetualmente se con»denaron á las penas ynfernales por los ynor»mes pecados que cometieron en este aucto, »e asy fenescieron e continuaron fasta ser de »tal edad quel mundo las aborresçe e ya nin»guno non las desea nin las quiere; e enton»çe toman oficio de alcayuetas e adevinado»ras por façer perder las otras como ellas» [1]. Convengamos en que las líneas que quedan copiadas son una serie de lugares comunes sin invención, ni ingenio, ni gracejo. Para ser justos, sin embargo, es preciso convenir también en que si el autor de la *Celestina* nada pudo entresacar de la *Reprobación*

(1) *Reprobación del Amor mundano*, Parte segunda, capítulo XIII, páginas 181-2.

del Amor mundano aprovechable para su personaje, en cambio no despreció ciertos elementos secundarios de aquel libro, como es, por ejemplo, el estilo de la plática y del soliloquio que se muestran en el *Corvacho* con plasticidad singular, nunca tan flexibles como entonces y á veces no exentos de donosura, signos patentes del progreso que desde mediados del siglo XIV había logrado la prosa, y anuncio seguro de que ya no estaba lejos el día en que la hermosa lengua castellana se vistiese con aquellas galas peregrinas y aquella admirable perfección que jamás ninguna otra pudo alcanzar en mayor grado [1].

(1) Véase, en comprobación de lo que decimos, la analogía de lenguaje que presentan estos dos párrafos:

«... lo que non farian otros de estado nin de mayor manera, que tanto se dan por lo dezir como por lo callar, »antes se van alabando por plaças e por cantones; tú feziste »esto, yo fize esto; tú amas tres, yo amo quatro; tú amas »reynas, yo emperadoras; tú donzellas, yo fijas dalgo; tú la »fija de Pero, yo la muger de Rodrigo; tú á María, yo a »Leonor; tú vas de noche e yo de dia; tú entras por la puer»ta, e yo por la ventana», etc. (*Reprobación del Amor mundano*, Parte primera, cap. XVIII, pág. 56.)

«El deleyte — dice Celestina á Parmeno — es con los »amigos en las cosas sensuales, e especial en recontar las »cosas de amores e comunicarlas: esto hize, esto otro me »dixo, tal donayre pasamos, de tal manera la tomé, assi la

»besé, assí me mordió, assí la abracé, assí se allegó. O que »fabla, o que gracia, o que juegos, o que besos! Vamos allá, »volvamos acá, ande la musica, pintemos los motes, canten »canciones, invenciones, justemos» etc. (*Comedia de Calisto et Melibea*.—Bibliotheca Hispánica, edición de Mr. R. Foulché-Delbosc, páginas 29 y 30.)

CAPÍTULO XV

IDEAS DEL ARCIPRESTE REFERENTES Á LA MORAL. SU DOCTRINA ACERCA DE LOS PECADOS CAPITALES.

Además de las ideas que se relacionan con el Amor, hay otras muchas en el libro de Juan Ruiz cuyo interés las hace acreedoras á especial mención, y, por tanto, no sería completo el estudio de la obra si en él no les destinásemos algún espacio. Sin embargo, sólo hemos de fijarnos en dos grupos de ideas: el de las que se refieren á la Moral y el de las que se refieren á la Religión, pues son estos dos órdenes los que, juntamente con el examinado en los capítulos que anteceden, se destacan de manera más visible en el *Libro de Buen Amor* y concurren á darnos concepto exacto de él y á determinar la personalidad del Arcipreste.

Comencemos, pues, por las ideas que afectan á la Moral, en las cuales será oportu-

no distinguir las que Juan Ruiz recogió de la literatura de su tiempo, y que forman, por decirlo así, el aluvión de la obra, de aquellas que de modo más espontáneo reflejan su propia manera de pensar.

*
* *

El Arcipreste copió de sus predecesores ciertos lugares que se incluyen en la mayor parte de las obras de la época, tanto en prosa como en verso. De estos lugares, que calificaríamos de verdaderos tópicos, es un ejemplo su tratado de los *pecados capitales*, asunto que se ve muy á menudo en los poemas y en los libros doctrinales, cual si constituyese una preocupación de los escritores de entonces. El fenómeno se explica fácilmente, porque, en efecto, los términos de tal doctrina, accesibles á todas las inteligencias, compuestos de preceptos negativos que, no obstante su sencillez, son el fundamente del problema transcendental de la salvación del alma, aveníanse á maravilla con el escaso artificio de la literatura primitiva, por lo que nada, en verdad, tiene de extraño que en el momento en

que el poeta ó el moralista querían dirigir su pensamiento á la conducta y acciones humanas, no supiesen salir de los límites de aquella doctrina que encierra en sí lo que le basta al cristiano para librarse de las penas del infierno y ganar la eterna bienaventuranza, fin que, por ser considerado como el principal ó el único de la vida, debía ser objeto de toda teoría de Moral. De su grande importancia en la Edad Media es prueba, no solamente el hecho de que los pecados capitales fuesen tratados por los autores de poemas y de obras en prosa, sino también el campo al que los artistas iban en demanda de la inspiración para las representaciones iconográficas con que decoraron las fachadas de las iglesias, los capiteles de las columnas, los frisos de los claustros y las sillerías de los coros, algunas de cuyas realistas escenas, capaces de sacar los colores al rostro á la misma Trotaconventos, han dado motivo para que se estime como inexplicable atentado contra la santidad de tan devotos lugares lo que en el fondo no es otra cosa que expresión más ó menos ruda de una moral elevadísima, interpretada casi siempre con la mejor buena vo-

luntad, aunque, á veces, la inmunda grosería del detalle haga sospechar en el artífice cierta lasciva delectación.

En los *Castigos e documentos del Rey Don Sancho,* en la *Vida de San Ildefonso,* en el *Libro de Alexandre,* antes del Arcipreste de Hita, y después de él en el *Tractado de la Doctrina* y en el *Rimado de Palacio*, podemos hallar otros tantos pasajes que atañen á los pecados capitales, acerca de los que discurrió Juan Ruiz con ocasión del amor, como causa que es, en su entender, de todos ó de la mayoría de ellos.

Con ninguno de estos pecados fué el Arcipreste tan sañudo como con el de la codicia, porque no vacila en decir que de ella manan cuantos males nos afligen:

De todos los pecados es rais la cobdiçia [1],

escribe, siendo de notar cómo se ajustan estas palabras á las del libro de los *Castigos*, en el que leemos que «la cobdicia es rais de to»dos los males» [2], de lo que acaso se deduzca

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 218.

(2) *Castigos e documentos del Rey Don Sancho*, capítulo XXIII, pág. 139.

que ambos autores no hicieron en este punto sino traducir literalmente á San Pablo.

La particularidad del tratado de los pecados capitales en el *Libro de Buen Amor*, y, en consecuencia, lo que le diferencia de los demás de la época, es el sentido con el que Juan Ruiz se ocupó de aquéllos al señalar su causa inmediata en el amor, pues de la lectura de sus estrofas se desprende que el pensamiento del Arcipreste consiste, no tanto en condenar los pecados por lo que en sí tienen de malo, como en dolerse de la fatalidad que ha hecho que en el amor se engendren, cual se engendra el gusano en la dorada poma, para que á los hombres no les sea dado disfrutar sin mezcla de amargura las pocas dichas que la vida les concede. Juan Ruiz combate la soberbia, porque nace de que el enamorado que quiere ser con su amada más dadivoso de lo que su bolsa le consiente, emplee, para que su bizarría y liberalidad no sufran menoscabo, medios que la recta conciencia rechaza:

Soberbia mucha traes a do miedo non has;
piensas, pues non has miedo, tú de qué pasarás,

las joyas para tu amiga de qué las comprarás,
por eso robas e furtas, porque tu penarás [1];

condena la envidia, porque la envidia es el origen de los celos atormentadores que acibaran la posesión del ser querido:

El çelo siempre nasçe de tu envidia pura,
teniendo que a tu amiga otro le fabla en locura;
por esto eres çeloso e triste con rencura [2];

condena la gula y la embriaguez, porque la embriaguez y la gula embotan los sentidos que debe tener despiertos el amante que quiera gozar á conciencia de su buena estrella:

Con la mucha vianda e vino creçe la frema,
duermes con tu amiga, afógate postema [3];
.....
... do mucho vino es
luego es la luxuria e todo mal después [4];

y recordando los versos de Ovidio:

Quid tibi praecipiam de Bacchi munere, quae-
[ris:
.....

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 230.
(2) *Id.*, est. 277.
(3) Est. 293.
(4) Est. 296.

.....

Vina parant animum Veneri, nisi plurima su-
[mas, etc. [1],

recomienda que

si amar quieres dueña, del vino bien te guarda [2];

condena, en fin, la pereza, porque la pereza en los galanes no place á las mujeres, por ser condición que denota miedo, torpeza y villanía, y ante la que el Amor retira su amistad y sus favores, como comprueba con el *ensiemplo de los dos peresosos que querían casar con una dueña* [3].

En cambio, el Arcipreste, cuando habla del pecado de la lujuria, es, contra lo que pudiera esperarse, sumamente sobrio, porque se contenta con referir las cuitas de David, las desventuras de Nínive, Gomorra, Babilonia y demás ciudades que sucumbieron víctima de sus vicios, y el cuento de Virgilio; si bien al terminar estas narraciones tiene una pincelada inspiradísima respecto del desencanto que trae en pos de sí el deseo satisfe-

(1) *Remedia Amoris*, 803 y 805.
(2) *Libro de Buen Amor*, est. 545.
(3) Pág. 83.

cho, y del hastío, que es compañero inseparable del deleite, dejando de gran relieve la oposición entre los anhelos del amor con lo engañoso de sus apariencias y promesas.

***

También de las *obras de misericordia* y de las *virtudes teologales* se hace mención en el libro de Juan Ruiz, sin que estas materias tengan en él otro interés que el de ser, que sepamos, la vez primera que fueron desenvueltas en verso castellano.

CAPÍTULO XVI

IDEAS ACERCA DEL MUNDO Y DE LOS HOMBRES

De más cuantía que las anteriores son otra porción de ideas del *Libro de Buen Amor*, que por revelar mayor espontaneidad que aquellas en que Juan Ruiz procedió en vista de un patrón común, nos proporcionan conocimiento acabado de su personalidad moral, que, como compleja que era, había de estar impresionada necesariamente por influencias muy diversas y á veces contradictorias, pues tan pronto echamos de ver en los pasajes de la obra el sello del pesimismo, como el dejo burlón de la gramática parda, como el rasgo simpático de la nobleza de alma, ó el enérgico y vigoroso del carácter viril.

Pesimista en alto grado es el concepto que el Arcipreste tiene de las relaciones humanas, aunque no iguala al que tuvo el autor del *Libro de Alexandre*, que, recargando el cuadro

de colores negros, dícenos que el hombre vive engañado en todo; que ama la riqueza sobre cuantas cosas existen en el mundo: que no respeta á Dios ni al prójimo, y que si es labrador, es codicioso; si mercader, falso; si clérigo, mundano, y si rey, injusto [1]. Juan Ruiz, sin llegar á extremos tales, cree asimismo que la mala fe y la perfidia son cualidades ordinarias de los hombres, quienes con hipócrita capa de mansedumbre procuran encubrir sus aviesas intenciones:

> En toda parte anda poca fe e grand fallía,
> encúbrese en cabo con mucha artería [2].

Cierto es que los tiempos del Arcipreste ni por ser pasados fueron mejores que los nuestros, ni tampoco los más á propósito para sugerir ideas de mayor optimismo que el que Juan Ruiz manifestó en los versos transcritos, porque esto que llamamos sentimiento de la moralidad no gozaba por entonces de gran prestigio en las conciencias. Si el observador fijaba sus miradas en el pueblo,

(1) *Libro de Alexandre*, véanse las est.ª 1.652 y siguientes.

(2) *Libro de Buen Amor*, est. 821.

solamente veía en él una masa indisciplinada, á la que su miseria no dejaba espacio de pensar en más que en los medios de matar el hambre, ni su incultura en otra idea de la sanción que la producida por el miedo á la horca ó al infierno; al levantar sus ojos á más altas esferas, convencíase de que la lealtad y la percepción del deber no eran los principios que en aquellas costumbres descollaban; Alfonso XI, como quien realiza el acto más natural del mundo, falta á su regia palabra y deshace sus desposorios con Doña Constanza, por haber caído en la cuenta de que le convenía más el matrimonio con Doña Blanca de Portugal; el mismo Monarca, después de brindar con un perdón generoso al inquieto Don Juan, de prometerle su hermana en casamiento, de recibirle en Toro con todo género de agasajos y de sentarle á su mesa con magnánima cordialidad, como para refrendar el olvido de los pasados agravios, manda, á guisa de complemento, que le degüellen al siguiente día, cual si fuese alimaña que cayó en la trampa. No hay más normas de conducta que el interés y la fuerza, y por eso aquellos caballeros que de luengas tierras

vinieron á poner su brazo y su espada al servicio del Rey de Castilla en la cerca de Algeciras, con los condes de Fox y de Salusber, á quienes parecía no alentar otro deseo que el de obtener el cielo ofrecido por la bula de Cruzada, al persuadirse de que, en efecto, no más que el cielo podían ganar en tal empresa, por no estar el tesoro del monarca castellano tan repleto como acaso imaginaron, vuelven grupas muy gentilmente y dejan al Rey y á su ejército que se distribuyan como quieran las recompensas celestiales. En fin, el Arcipreste aprendió también que aquellos que tenían á su cargo el negocio importantísimo del alma, no estaban menos pervertidos que los demás hombres, pues prescindiendo de clérigos y frailes, á los que él y sus antecesores fustigaron sin cesar, para detenerse en las regiones elevadas de la Sede pontificia, vió en ellas, según declara, que ante el dinero todos se humillaban, y por el dinero hacíanse priores, abades, obispos, patriarcas; por el dinero fallábanse los pleitos y por el dinero se vendían los jueces [1]; así es

(1) Hay un *fableau* titulado *De Dom Argent* que tiene alguna semejanza con el relato del Arcipreste (véase Le-

que no sorprende que el Arcipreste hablase del modo que habló acerca del poder del dinero, considerándole como medio de lograr cuanto se desee, ni tampoco su escasa ó ninguna confianza en los principios de la justicia humana, de los que acaso presumió que no son sino la gran mentira con que se viene engañando al mundo desde que existe, para consolar un tanto con quiméricas ofertas de igualdad á los que nacen en pobreza:

El derecho del pobre pierdese muy aina;
al pobre, e al menguado e á la pobre mesquina
el rico los quebranta, su soberbia los enclina,
non son más preçiados que la seca sardina [1],

palabras inspiradas en el mismo espíritu de aquellas del *Libro de Alexandre,* cuyo autor, describiendo las costumbres de los peces del mar, dice:

Otra façianna vio en esos pobladores,
vio que los maores comien á los menores,

grand, ob. cit., tomo VII, pág. 216), y Wolf, en su mencionada obra, enumera algunos otros, ingleses y alemanes, con el mismo asunto (tomo I, pág. 126, nota 2).

(1) Est. 820.

los chicos á los grandes teníenos por señores;
mal traen los más fuertes á los que son meno-
[res [1];

y lo cual nos recuerda otra estrofa de Pero Gómez en sus *Proverbios en rimo del Sabio Salomon, Rey de Israel* [2].

No menos desconfiado y pesimista es el Arcipreste en lo que se relaciona con los afectos, que, en su juicio, son siempre más interesados que entrañables, aunque pertenezcan al número de los que establecen los lazos de la sangre; así, nos dice con frase donosa é intencionada, hablando del rico á quien los suyos esperan heredar:

Desque los sus parientes la su muerte barrun-
[tan,
por lo heredar todo, amenudo se ayuntan;
quando al físico por su dolençia preguntan,
si dise que sanará todos se lo repuntan.

(1) *Libro de Alexandre*, est. 2.152.

(2) Obsérvese la semejanza de la estrofa copiada en el texto con la siguiente del libro de Pero Gómez:

Atal es el mundo como en la mar los pescados,
los unos son menores, los otros son granados:
cómense los maiores á los que son menguados;
estos son los reyes et los apoderados.

Los que son mas propincos, hermanos e her-
[manas,
non coydan ver la hora que tangan las campanas;
más preçian la herençia çercanos e çercanas
que non el parentesco nin á las barbas canas [1];

pesimismo que en este punto nada tiene que envidiar al de sus predecesores y coetáneos, todos los cuales dieron señales evidentes de saber de memoria los célebres versos de Catón:

Donec eris felix multos numerabis amicos, etc. [2].

Pero aun es más acentuado en otras ideas apuntadas en el libro, como sucede, v. gr., en el concepto acerca de lo incorregible de las

(1) *Libro de Buen Amor*, est.ª 1.536 y 1.537.

(2) En *Calila e Dymna* se dice: «el que non ha haber »non ha seso en este siglo nin en el otro; ca el home cuan- »do le acaesce pobredat ó mengua, desechanle sus amigos »e apartanse del sus parientes et sus bienquerientes e des- »précianlo», etc. (Cap. V, pág. 44). El *Libro del Caballero e del Escudero* dice también: «ca la bienandanza et el poder »et la riqueza face seer á home más amado et más preciado »de las gentes de cuanto non sería si tan bien andante non »fuese; ca muchos sirven et se facen parientes del home »mientre ha buena andanza, que si la non hobiere, quel' »non catarían de los ojos si topasen con él en la carrera»

inclinaciones, porque la afirmación de que los hábitos crean una segunda naturaleza, que

apenas non se pierde fasta que viene la muerte [1].

nos consiente admitir que Juan Ruiz entendió que ni los unos ni las otras son susceptibles de modificarse por la educación, y que se muere cual se nace, sin que haya casi nunca poder capaz de conseguir un átomo de enmienda; doctrina no muy cristiana, en verdad, aunque no tan abiertamente gentílica como aquella otra que, acreditando en su

(Cap. XXVI, pág. 239); y en el *Tractado de la Doctrina* vemos unas estrofas inspiradas en la misma idea:

Non fies en los parientes
mas á bondad para mientes,
sey honesto á las gentes
con amor,
si non fuere de padre ó madre,
de hermano, primo, compadre,
por demás está que ladre
el que es pobre;
pobre, viejo e doliente,
hermano, primo, pariente
de fablarle solamente
se desdeña, etc.

(Pág. 377, tomo LVII, B. AA. E.)

(1) *Libro de Buen Amor*, est. 166.

autor algo más que un presentimiento de lo que después había de llamarse ley de la lucha por la existencia, inculca la máxima de que no se ha de dar tregua ni conceder perdón al enemigo:

el que á su enemigo non mata, si podiere,
su enemigo matará á él, si cuerdo fuere [1].

(1) Est. 1.200.

CAPÍTULO XVII

IDEAS ACERCA DE LA CONDUCTA

L lado de las ideas que se han expuesto, hay otras de cuyo fondo deducimos que Juan Ruiz estaba al tanto de las artes y manejos que emplean para andar por el mundo todos aquellos que han averiguado que el mundo es malo, pero que, por no sentirse Heráclitos al mismo tiempo, estudian cuidadosamente la manera de pasarlo lo menos mal que les sea posible, y salen con la suya las más de las veces.

En el libro del Arcipreste se amonesta, en efecto, para que en el trato con los hombres se guarden los prudentes preceptos del *buen callar* y no se pierda de vista el refrán de que «en boca cerrada no entran moscas», cuyo olvido á tantos perjudica gravemente; se alaban las excelencias de adaptarse á la oscura, sí, pero comodísima posición de lo que luego se bautizó con el nombre de *término medio*

(sin duda porque ha engendrado tantas medianías), no extremándose en nada, ni haciéndose notar por nada, ni aventurándose en nada, procedimiento infalible, al par que sencillo, para que la fortuna se venga sola á las manos, se eviten los quebraderos de cabeza, se adquiera fama de hombre discreto, sabio ó santo, según los gustos, y se muera con la tranquilidad de aquel que nunca se ocupó más que de sí mismo; condénanse, por insensatas, las empresas en que el hombre se arriesga en exploración de más amplios horizontes, y se ponderan las excelencias de estarse quieto, comiendo sosegadamente el mendrugo, grande ó chico, que haya cabido en suerte á cada cual; sostiénese, en fin, que para vivir en este valle de lágrimas, hay que saber usar de la verdad y de la mentira, pues decir siempre la primera puede acarrearnos grandes desdichas, y valerse de la segunda puede, por el contrario, reportar muchísimo provecho:

Tirando con sus dientes, descúbrese la çarça,
échanla de la viña, de la huerta e de la haça;
alçando el cuello suyo, descóbrese la garça:

buen callar çient sueldos val en toda plaça [1].

. . . . . .

En todos los tus fechos, en fablar e en al,
escoge la mesura e lo que es comunal;
cuemo en todas cosas poner mesura val,
así, sin la mesura, todo paresçe mal [2].

. . . . . .

quien más de pan de trigo busca, sin de seso
[anda [3].

. . . . . .

quien buscó lo que non pierde, lo que tiene debe
[perder [4].

. . . . . .

Las mentiras, á las de veses, á muchos apro-
[vechan,
la verdat, á las de veses, muchos en daño echa [5].

Cualquiera que lea estos y otros pasajes, pensará que quien de tal modo se expresó

(1) Est. 569; este pensamiento es análogo al que vemos en el *Tractado de la Doctrina:*

Fasle firme çerradura
á tu lengua, de figura
que te avise á la cordura
lo que digas (pág. 377).

(2) Est. 553.
(3) Est. 950.
(4) Est. 951.
(5) Est. 637.

poseía en grado eminente las envidiables dotes del buen vividor; pero lo que no pensarán todos es que, aunque en apariencia recomendaba á los demás las ventajas de tales preceptos, no supo, ó, lo que es más probable, no intentó siquiera aplicarlos al arreglo de la conducta propia, porque ni quiso ser buen Sancho en el callar, ni se abstuvo de decir lo que creyó que decir debía, ni puso en sus escritos la mesura que *es comunal*, ni tomó el camino trillado que encontrase al paso, aunque fuese cómodo, ni de sus labios salió más que la verdad, aunque fuese dura; por lo cual opinamos que con sus consejos famosos no hizo sino burlarse muy finamente de tantos farsantes como han existido, existen y existirán en el mundo, de esos que no aciertan á realizar ningún propósito como no sea después de haber consultado con su estómago insaciable ó con su vanidad imbécil.

No; las ideas personales de Juan Ruiz están más hondas, y será inútil que se quiera hallarlas como antes no se desechen ciertas preocupaciones y se lea sin prejuicios el *Libro de Buen Amor;* léase de este modo y se

verá cómo el Arcipreste, cuando habla por su cuenta, ó sea en aquellos momentos en que, distraído del artificio de la ficción novelesca, permite á su pensamiento fluir con toda naturalidad, proclama tan altos y tan viriles principios de moral que no cabe que sean sobrepujados. Léase de ese modo y se verá cómo Juan Ruiz reprueba la *ambición*, sin el afectado desdén de los bienes del mundo que otros al reprobarla han fingido, sino reconociéndoles su justo valor y su importancia relativa; se verá cómo para el genial escritor es la *libertad* el mayor bien de que puede gozar el hombre, quien debe hacer cuanto esté en su mano con el fin de que su vida le pertenezca por entero y no tenga que esclavizarla á la voluntad ajena: para ello ha de tener la virtud de la *perseverancia*, y la certeza de que el trabajo constante es la mejor garantía de que ha de ver cumplidos sus deseos, y, sobre todo, no dar nunca lugar á que el *desaliento* prenda en el espíritu y deprima los legítimos anhelos; por eso hay que desterrar el *miedo* como el consejero más funesto de nuestras aspiraciones, y estar seguros de que la esperanza, ayudada del ánimo brioso, ha de salir

vencedora de toda lucha, si no se imita al entrar en ella el ejemplo del cobarde que muere á manos del temor de perder la vida, sino el de los que viven á fuerza de despreciar la muerte; por eso también hay que abominar de la *duda*, y no tolerar que transcurran los días vacilando en lo que se ha de hacer, sino ser firmes en el pensamiento y prestos en la acción, porque la duda tiene un poder grandemente desmoralizador de la conciencia, y, sin sentirlo, nos resta energías de hora en hora. Si el que de tal manera obró saliese derrotado de la contienda en la que puso toda su voluntad, y la *fortuna adversa* diese al traste con sus designios, debe afrontar la *desgracia* con valerosa resignación. evitar los lamentos y las quejas, enmendarse en lo sucesivo y sufrir calladamente las consecuencias de lo que no tiene remedio, regla de conducta que ni la misma *pobreza* ha de abandonar jamás, por ser mil veces preferible tragarse las lágrimas que pasar por la afrenta de descubrir la laceria y las miserias ante aquel que quizá las vea con indiferencia ó con enojo. Oigamos las palabras del Arcipreste:

Ome cuerdo non quiera el ofiçio dañoso,
non deseche la cosa de que está deseoso,
de lo quel pertenesçe non sea desdeñoso;
con lo quel Dios diere, páselo bien fermoso [1].

. . . . . .

Quien tiene lo quel cumple, con ello sea pa-
[gado,
quien puede ser suyo, non sea enajenado,
el que non toviere premia non quiera ser apre-
[miado,
libertad e soltura non es por oro comprado [2].

. . . . . .

desperar el ome es perder coraçon,
el grand trabajo cumple quantos deseos son [3].

. . . . . .

El miedo es muy malo, sin esfuerço ardid,
esperança e esfuerço vençen en toda lid,

(1) Est. 780.

(2) Est. 206. El Arcipreste de Talavera, en su citado libro *Reprobación del Amor mundano*, copia las palabras de Juan Ruiz en los siguientes términos: «quien pudiere ser »suyo non sea enagenado, que libertad e franqueza non es »por oro comprada. E un exemplo antiguo es, el qual puso »el arçipreste de Fita en su tractado». (Parte primera, capítulo IV, pág. 18.)

También en otra ocasión hace referencia al *Libro de Buen Amor:* «Dice el Arçipreste: sabieza temprado callar, »locura demasiado fablar.» (Parte tercera, cap. VIII, página 213.)

(3) Est. 804.

los cobardes fuyendo mueren desiendo: ¡foid!
viven los esforçados disiendo: ¡daldes, ferid! [1].

.....

Desque estan dubdando los omes que han de [faser
poco trabajo puede sus coraçones venser;
torre alta, desque tiembla, non hay si non caer [2].

.....

El cuerdo gravemente non se debe quexar
quando el quexamiento non le puede pro tornar;
lo que nunca se puede reparar nin emendar
débelo cuerdamente sofrir e endurar [3].

.....

El pobre con buen seso e con cara pagada
encubre su pobresa e su vida lasrada,
coge sus muchas lágrimas en su boca çerrada;
más val que faserse pobre á quien nol dara [nada [4].

Estas son, en resumen, las que es lícito estimar como ideas propias de Juan Ruiz, ideas acerca de las que cabrá discutir si ofrecen más semejanza con la filosofía estoica que con la moral evangélica, ó si tienen ó no

(1) Est. 1.450.
(2) Est. 642.
(3) Est. 887.
(4) Est. 636.

afinidad con ciertas doctrinas positivistas modernas que han hecho gran ruido en nuestros tiempos, cual si no contasen varios siglos de existencia; pero de lo que no se dudará es de que acusan en quien las profesó un temple varonil, una voluntad enérgica, un hombre, en fin, al que su numen regocijado y sus cantares de juglar no le impedían dirigir sus miradas á los lugares misteriosos donde se esconden los arduos problemas de la vida, los móviles que determinan las acciones humanas, la chispa que inflama los deseos, las espinas que causan la herida y los bálsamos que restañan la sangre ó confortan el ánimo en las amargas horas de la desgracia.

CAPÍTULO XVIII

IDEAS REFERENTES AL ORDEN RELIGIOSO.—CONSIDERACIÓN GENERAL.—EL CULTO DE SANTA MARÍA: SUS MANIFESTACIONES EN LA EDAD MEDIA.—LOS CANTARES Á LA VIRGEN EN EL *LIBRO DE BUEN AMOR*.

Si es interesante el *Libro de Buen Amor* por las ideas amatorias y morales, no lo es menos por las que contiene referentes al orden religioso, el cual no pudo omitir el Arcipreste en sus páginas, dada la época, en la que los únicos sentimientos firmes y definidos giraban sobre un eje, uno de cuyos extremos se apoyaba en la idea de Dios y el otro en la idea del Infierno.

En el nombre de Dios comenzó su libro el Arcipreste, porque de «toda buena obra es »comienço e fundamento Dios e la fe católi»ca... e do este non es cimiento non se puede »faser obra firme nin firme edifiçio» [1]; pensan-

(1) *Prólogo*, pág. 7.

do en Dios recordó, en admirables estrofas, la Pasión de Jesucristo, y pensando en el Cielo cantó los Gozos y los Loores de la Virgen con delicado acento y unción ferventísima: quizá también con la mente puesta en Dios y en el Cielo fustigó á los clérigos que descuidaban su evangélica misión para obedecer á los estímulos del mundo.

Sin embargo, á pesar de tan santos y elevados designios, es indudable que una censura detenida, aunque no fuese muy rigurosa, tendría que vedar muchos de los conceptos de este orden que vemos en el libro de Juan Ruiz.

*
* *

Sabido es que las cánticas á la Virgen ocupan una buena parte de aquél, con lo cual el Arcipreste no hizo otra cosa que seguir la pauta que trazaron los poetas de su tiempo.

El culto de Santa María tuvo una verdadera explosión en la Edad Media, hasta el punto de que caracteriza á la fe religiosa de las naciones cristianas de entonces. Los poetas se creen obligados á intercalar en sus poemas los loores de la Virgen; bajo su advocación

se construyen los templos, desde las suntuosas catedrales hasta las humildes ermitas de los campos; llevando su nombre por divisa, se congregan las cofradías y hermandades; cántanse sus milagros por doquier; enriquécense las plegarias con el *Ave María;* se esculpen las palabras de la Salutación sobre las puertas de las viviendas, y Santo Domingo de Guzmán, que no acometía ninguna obra sin decir antes *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos,* acatando el mandato de la misma Virgen, funda en su honor la devoción del Rosario. A ella se encomiendan los caudillos, y á la sombra de su protección ponen las mesnadas; ante ella oró Ruy Díaz de Vivar, cuando desterrado por Alfonso VI aprestábase á salir de Burgos con sus compañas:

La cara del caballo tornó á Santa María,
Alço su mano diestra, la cara se santigua:
«A tí lo gradesco, Dios, que çielo et tierra guias;
Valan me tus vertudes, gloriosa Santa Maria! [1];

por amarla, recibe San Ildefonso de sus manos las sagradas vestiduras; dedícale Gonza-

(1) *Poema del Cid* (ed. cit.), versos 215 á 218.

lo de Berceo los *Loores*, los *Milagros* y el *Duelo de la Virgen*, suplicándola que mire con piedad á los míseros mortales:

Esfuerça á los flacos, defiendi los valientes,
alivia los andantes, levanta los iacientes,
sostien á los estantes, despierta los dormientes,
ordena en cada uno las mannas convenientes [1];

el Rey Sabio, enardecido por los portentos de la Reina de los Cielos, legó á la posteridad sus cantigas inmortales, escritas en dulcísimo dialecto; en el *Libro de los Enxemplos* no faltan tampoco las recomendaciones de esta devoción [2]; López de Ayala, en el *Rimado de Palacio*, incluye varias composiciones en su obsequio, y menciona los santuarios de Montserrat y Guadalupe, como el Arcipreste mencionó el de Santa María del Vado, de Segovia, y el culto de la Virgen es, en fin, el que dictó á los poetas medioevales las estrofas de

(1) *Loores de Nuestra Señora*, est. 229.

(2) Están dedicados al asunto los *enxemplos* del CXCII al CCXIII inclusives, debiendo advertirse que algunos de ellos tienen el mismo argumento que otros de las *Cantigas* de Don Alfonso X, v. gr., el CCI, que es el de la *historia de la abadesa* que vemos en aquéllas (códice de la Biblioteca de El Escorial, folio 14, v.to).

mayor ternura. No hay pecador que la invoque que no la halle inclinada al perdón, ni cuita que no alivie con su amorosa gracia; creyérase que los hombres, no aviniéndose del todo con la idea de que la justicia de Dios sea inapelable, concibieron á la Virgen como el espíritu de la indulgencia que logra templar el rigor de los eternos fallos. Los poetas, interpretando el sentir popular, se representan su poder tan grande como su misericordia, y hasta presumen que cuanto mayor es el pecado más propicia se encuentra á perdonarle; así nos dicen que una vez sostuvo con sus manos al ladrón á quien los jueces sentenciaron á morir colgado de un árbol [1]; otra salvó del deshonor á la monja en cuyo seno palpitaba un nuevo ser [2]; otra libró á Teófilo del pacto que contrajo con Satán, á quien le quitó el documento en que aquél se comprometía con su firma y sello á darle el alma [3]: otra, el mismo San Pedro, desconfiando de alcanzar de Jesucristo que se apiade del lascivo monje de Colonia, pide á la Virgen que

(1) *Cantigas* (códice cit. en la nota anterior), fol. 21.
(2) *Id.*, fol. 14, v.te
(3) *Milagros de Nuestra Señora*, XXIV.

interceda en su favor, y aunque Jesucristo al pronto se niega á redimir al fraile, respondiendo que sería *menoscabar la escriptura*, ríndese al cabo ante los ruegos de su Madre, y concede nueva vida al pecador para que en ella corrija los yerros de la pasada [1]; se cuenta, en fin, que llegó hasta á auxiliar á otro monje que, víctima de estupenda borrachera, cogida á solas en la bodega del convento, empezó, como era natural, á ver visiones de toros, leones y perros que le perseguían, si bien es cierto que Berceo, por esta vez, no nos dice que la celestial Señora recurriese á ningún medio sobrenatural y extraordinario, sino al vulgar y corriente de acostar al beodo, arroparle bien y dejarle dormir tranquilo algunas horas:

prísolo por la mano, levolo por al lecho,
cubriolo con la manta e con el sobrelecho,
pusol so la cabeza el cabezal derecho;
Demás quando lo ovo en su lecho echado,
sanctiguol con su diestra, e fo bien sanctiguado:
amigo, dissol, fuelga, ca eres muy lazrado,
con un poco que duermas, luego serás folgado [2].

(1) *Milagros de Nuestra Señora*, VII.
(2) *Id.*, XX.

Serían innumerables los prodigios de esta clase que se hallan en los poemas de la Edad Media,

ca más son que arenas en riba de la mar,

como escribe el mismo Gonzalo de Berceo, lo que demuestra la adoración de que Santa María era objeto, y que de su culto se hizo una como á modo de encarnación poética. rica en consuelos y esperanzas para alentar á los hombres en las borrascas de la vida. Los célebres *puis* franceses ó palenques poético-amatorios, que dieron lugar á una importantísima dirección de la lírica provenzal, tuvieron su origen en el culto de la Virgen, en cuyo honor celebrábanse, primero en Velai [1] y después en casi todas las villas del Norte, periódicos concursos para premiar las mejores poesías en su alabanza. Las antiguas colecciones latinas de *milagros* fueron mil veces traducidas al francés, siendo notable la que en el primer tercio del siglo XIII escribió Gualterio de Coinci con el título de *Miracles de Nostre Dame*, tomando por base una de

(1) Velai llamábase también *Puis Nostre Dame*, y de aquí tomaron su nombre aquellos certámenes poéticos.

aquellas colecciones, formada por Hugo de Farsit, y como clásicos se reputan en aquella literatura la *Mort Nostre Dame,* de Herman de Valenciennes, y los poemas de Huon le Roi, en los que se cantan los *Sept joies* y los *Regrets*.

La devoción á la Virgen continuó siempre en aumento hasta los primeros días del siglo XVI, tiempo en el cual principian á generalizarse el culto de Jesús y las advocaciones del *Santo Cristo,* en la que cambian la antigua de *Santa María* muchas hermandades, ermitas y santuarios que habían vivido bajo su nombre.

***

Natural era, pues, que el Arcipreste de Hita pagase también su tributo correspondiente al culto de la Virgen, y en verdad que el tributo fué digno del fin á que se consagraba; Juan Ruiz, después de pedir á Dios que le diese gracia para escribir su libro, canta los *gozos* de Santa María en dos diversas composiciones; terminada la corrida de la Sierra, hace que el protagonista vaya á llevar su *ditado* á la Madre de Dios: concluye

la obra con cuatro *cánticas de loores* de la Virgen [1], tanto más sentidas cuanto que el poeta impetraba su favor misericordioso desde el recinto de la prisión adonde le condujeron sus andanzas, y entre aquellos cantares, de los que dijimos al principio que no deben de pertenecer al *Libro de Buen Amor* [2], hay dos de *gozos* y un *Ave María*, cuya particularidad consiste en ser una glosa de las palabras latinas de la oración. De este modo correspondió Juan Ruiz á las ideas de su siglo y satisfizo las necesidades de su alma; el largo padecer aniquila las más fuertes energías, ó por lo menos ocasiona intermitencias de desaliento; el alegre trovero, por muchos que fuesen sus arrestos, no dejó de experimentar tales momentos de ansiedad dolorosa, y entonces, al verse abandonado de los hombres, acaso víctima de la calumnia ó de la animadversión injusta, fijando sus ojos en lo alto, llamaba en su auxilio á la Virgen, como la llamaban siempre sus coetáneos en las grandes aflicciones. Por eso, las cánticas que entonó implorando la protección de Santa María

(1) Véase la nota (1) de la pág. 155.
(2) Véase el Cap. III de esta Parte.

son las más efusivas de todas las composiciones religiosas de la obra; en ellas vertió su íntima pena y derramó sus lágrimas más crueles; con ellas inauguró el libro:

Dame graçia, Señora de todos los señores,
tira de mí tu saña, tira de mí rencores,
fas que todo se torne sobre los mescladores,
ayúdame, gloriosa, madre de pecadores;

con ellas hizo un devoto paréntesis al promediarle:

¡Ay!, noble Señora, madre de piedat,
lus lusiente al mundo, del çielo claridat,
mi alma e mi cuerpo ante tu magestad
ofresco con cantigas e con grande homildat;

y con ellas, por último, dió cima á la empresa poética en un instante de suprema angustia, augurando su próxima muerte si el cielo no le acorría en sus tribulaciones:

Mas, si tú porfías
e non te desvías
de mis penas cresçer,
ya las coytas mías
en muy pocos días
podrán fenesçer.

CAPÍTULO XIX

LAS COSTUMBRES DE LOS CLÉRIGOS. — PRECEDENTES LITERARIOS. — CRÍTICA QUE DE AQUÉLLAS HACE EL ARCIPRESTE. — IRREVERENCIAS CONTENIDAS EN EL *LIBRO DE BUEN AMOR*.

ALGO más que una vulgar curiosidad despierta la obra del Arcipreste en lo que respecta á las costumbres de los clérigos.

Casi todos los libros de la época nos informan del estado de indisciplina en que los clérigos vivían, y se engañan de medio á medio los que pretenden que aquellos días fueron el prototipo de una sencillez adorable. Las prácticas religiosas hallábanse enormemente relajadas, y el pueblo, víctima por un lado de la incultura, y por otro de la miseria, que es su compañera inseparable, veía el cristianismo á través del aparato de la liturgia, dejándose arrastrar en muchas ocasiones por esa tendencia tradicional á convertir en mo-

tivo de pasatiempo ó en solaz del estómago los momentos más solemnes de la vida religiosa.

Hablando de cómo habían degenerado las vigilias y ayunos, instituídos como penitencia, dice el Infante Don Juan Manuel: «... mas »agora en los dias de ayuno facen más man»jares, et más deleitosos, et aun comen vian»das et lectuarios»; «... en las vigilias que se »agora facen, allí se dicen cantares et se ta»ñen estrumentos, et se fablan palabras, et »se ponen posturas que son todas el contra»rio de aquello para que las vigilias fueron »ordenadas», y añade que si no fuese por alongar la razón, lo mismo podría «decir en »otras muchas cosas que fueron ordenadas »por los homes, tan bien elemosinas, como »en las romerías, como en las oraciones» [1].

No es tampoco muy piadosa la referencia que hace el Arcipreste á los peregrinos y romeros que se usaban en su tiempo, á los cuales, antes que como penitentes que iban en busca del perdón de sus culpas, cuida de describirlos como consumados vividores, que no obstante su esclavina cuajada de conchas,

(1) *Libro de los Estados*, Primera parte, LII, pág. 306.

su bordón lleno de imágenes y sus cuentas *para rezar aina*, no daban un paso sin bodigos y sin calabazas de á azumbre [1]. Cierto que no era maravilla que el pueblo procediese de este modo, cuando los encargados de su gobierno espiritual no proporcionaban con su conducta más sanos ejemplos, y hay de ello multitud de testimonios. El autor del *Libro de Alexandre* se lamenta de los vicios de los clérigos, de la desmedida ambición de los prelados y de la simonía é ignorancia general en todos los que ejercían el santo ministerio:

Somos siempre los clérigos errados e viçiosos,
los prelados maores ricos e poderosos,
en tomar son agudos en'o al pegriçosos,
por ende nos son los dios irados e sannosos.
En las elecçiones anda gran brenconía,
unos viven por premia, otros por symonía;
non demandan edat nen sen de clereçía
porend non saben tener nulla derechuría [2];

en el *Libro de los Gatos* se hacen asimismo repetidas alusiones á las costumbres perver-

(1) Véanse las est.ª 1.205 á 1.207.
(2) *Libro de Alexandre*, est.ª 1.662 y 1.663.

tidas del clero, y allí se nos habla de «clérigos que han beneficios en las iglesias, e »mantiénense con ello como avarientos» [1]; de otros «que viven lujuriosamente e tienen barraganas, e fijos, e expenden cuanto han »de la iglesia» [2]; de «algunos curas que non »son letrados e non entienden qué cosa son »pecados, antes ha y en ellos muchas malas »condiciones» [3]: de cardenales y arzobispos que «gastan los capellanes e los clérigos pobres, e despues vienen sus homes e sus escuderos, e si fallan alguna cosa en los huesos gástanlo e destrúyenlo» [4]; de «monjes »que en lugar de aprender la Orden e sacar »de ella casos que pertenescen á Dios, siempre responden «carnero», que se entiende »por las buenas viandas, e por el vino, e por »otros vicios de este mundo» [5]; de los que toman «la Orden de San Benito, más por estar »viciosos e porque los honren los hommes, »que non por servir á Dios, et estos tales, á

(1) *Libro de los Gatos*, X, pág. 545.
(2) *Id.*, íd.
(3) *Id.*, XVI, pág. 547.
(4) *Id.*, XVII, pág. 547.
(5) *Id.*, XIX, pág. 548.

»veces, echan bramidos de asnos» [1]; de «mon-»ges y religiosos que vienen á los ricos e se »facen ante ellos muy santos e, si pueden, »llevan dellos cuánto han» [2]; concluyendo el autor (que fué fraile, y, en consecuencia, conocía muy bien el paño que cortaba), por asegurar que en gran compaña de monjes ó en gran congregación de clérigos «mala vez »será fallado entre ellos un justo, e aquel que »mejor es entre ellos, espina comió, ó comió »cardo» [3].

Por otra parte, la falta de letras era deplorable condición de la mayoría de los clérigos; quizá el Arcipreste, si es que por entonces no había dado ya con sus huesos en la cárcel, fuese uno de los que asistieron al Concilio que se reunió en Toledo el año 1339, bajo la presidencia de Don Gil de Albornoz, Concilio del que emanó la prohibición de discernir las órdenes mayores á los que no supiesen escribir [4], aunque el decreto no debió

(1) *Libro de los Gatos*, XXII, pág. 548.

(2) *Id.*, XXVI, pág. 550.

(3) *Id.*, XLVI, pág. 557.

(4) El texto usa la frase *qui literaliter nescit loqui*, y en el título se dice: *Ut nullus, nisi literatus ad Clericatum promoveatur* (Tejada, *Colección de Cánones y de todos los Concilios*

de observarse muy rigurosamente, por cuanto algunos años más tarde háblanos López de Ayala de clérigos ignaros que no sabían ni las palabras de la consagración:

Non saben las palabras de la consagraçion
nin curan de saber nin lo han á coraçon [1].

y de otros cuyos hábitos livianos no se avenían con su estado [2].

***

El Arcipreste en este punto ni escatimó la censura ni le preocupó la elección de las palabras que para hacerla había de emplear. Discurriendo sobre la escasa cultura intelectual de frailes y clérigos, halla pretexto en la carta en que Don Carnal se confiesa de sus culpas, no sólo para entrar en disquisiciones acerca de la contrición, de la satisfacción y de la necesidad de los signos externos de arrepentimiento como requisito indispensa-

de la Iglesia Española, tomo III, Concilio de Toledo de 1339, capítulo II, pág. 581).

(1) *Rimado de Palacio*, est. 223.

(2) *Id.*, véanse las est.ª 216 á 232, en las que se hace una crítica severísima del clero de aquel tiempo.

ble de la penitencia, sino también para enderezar una fraterna á los presbíteros indoctos que no distinguían entre los casos reservados y aquellos otros en que se les confiere facultad de absolver al pecador. Pero donde Juan Ruiz llegó al más alto grado á que puede llegarse con la crítica es al tratar de la codicia del clero; por dineros—dice—se obtiene ración del Papa, se compra el Paraíso, se gana la salvación, y por ellos hallará modo de ordenarse el ignorante y de escalar después las más excelsas cumbres de la jerarquía. Fustiga la doblez marrullera é hipócrita de aquellos monjes que denuestan las riquezas en sus predicaciones, sin perjuicio de poseer en sus conventos vajillas de oro y plata, tesoros de todas clases y más escondrijos para guardarlos que los tordos y las pegas para encubrir sus hurtos; échales en cara que haciendo voto de pobreza tengan tesoreros, y les recrimina su crueldad, que, nacida de la ambición despiadada, no respeta ni los momentos de la agonía, pues así que barruntan que un rico está en trance de muerte, monjes, frailes y clérigos le asedian en el lecho del dolor como los cuervos al asno muerto; empie-

za entre ellos un pugilato macabro por quién ha de ser el que lleve la mejor parte, y en su deseo de que acabe cuanto antes el soplo de vida que le queda al mísero, ni aun aguardan á que entregue el alma para rezar el paternóster:

si barruntan que el rico está ya para morir,
quando oyen sus dineros que comiençan á rete-
[nir,
qual dellos los levarán comiençan á reñir.
Monjes, frailes, clérigos, non toman los dine-
[ros,
bien les dan de la çeja do son sus parçioneros;
luego los toman prestos sus homes despenseros:
pues que se disen pobles ¿qué quieren thesore-
[ros?
Allí estan esperando qual avrá más rico tuero;
non es muerto, ya disen pater noster, a mal agüe-
[ro;
como los cuervos al asno, quando le desuellan el
[cuero:
cras, cras, nos lo avremos, que nuestro es ya por
[fuero [1].

No anduvo más parco el Arcipreste al hablar de la poca castidad de los clérigos. Re-

(1) *Libro de Buen Amor*, est.ª 505 á 507.

cuérdese, en efecto, que en el episodio del triunfo del Amor, frailes y monjas son los que más tenazmente pugnan por hospedarle en sus casas; recuérdese también que el Amor insiste en que se utilice á las mensajeras de iglesias y conventos, de las que se sirven *frayres, monjas e beatas*, como lo prueba la misma Trotaconventos, quien debía de tener buenas amistades entre la gente eclesiástica cuando el abad de San Pablo le había regalado las puertas de su casa [1]; recuérdese que el diablo pide al ladrón que le vendió el alma que le espere unos momentos, prometiéndole que volverá tan pronto como «ponga un frayle con una freyla suya» [2], y recuérdese, en fin, la memorable *cántica* en que nos pinta á los clérigos de Talavera, no ya alarmados, sino presa de la mayor indignación por causa de las cartas del Arzobispo en que se les mandaba no tener manceba, orden que, calificada por todos como una intolerable extralimi-

(1) ¡non queblantedes mis puertas, que del abad de Sant [Pablo
las ove ganado! (est. 875).

(2) luego seré contigo, desque ponga un frayle
con una freyla suya que me dise: ¡trayle, trayle!
(Est. 1.466.)

tación de las funciones arzobispales, acuerdan no cumplir para ejemplo y escarmiento de prelados que quieran meterse en lo que no les importa.

***

De verdaderas irreverencias pudieran hoy tacharse algunas frases y pasajes del *Libro de Buen Amor*, y decimos *hoy*, porque entonces corrían como la cosa más natural del mundo.

Común era que los poetas, que casi todos fueron clérigos, parodiasen las oraciones, ritos y ceremonias del culto, haciendo á veces la parodia viva en las mismas iglesias, como aquella farsa que se representaba en algunas catedrales francesas la noche de Navidad, fiesta en que los canónigos llevaban procesionalmente á un jumento, tributándole honores abaciales y poniéndole luego en la presidencia del coro mientras se decía el rezo de las horas. De los himnos sagrados nacieron los cantares goliardescos, como el del Arcediano de Oxford:

Mihi est propositum in taberna mori;

célebre es también, por las grandes blasfe-

mias que contiene, la *Confessio Goliae,* falsamente atribuída á Gualterio Map; un clérigo de principios del XIV puso en caricatura nada menos que el solemne *Dies irae,* con los versos que dicen:

Bibit ille, bibit illa,
Bibit servus et ancilla, etc. [1];

y en el mismo siglo, parodiando las *Vidas* de los Santos, escribió Godofredo de París el *Martyre de Saint Bachus,* cuyas imitaciones, no menos irreverentes, fueron en gran número, cuales *Le Miracle de Saint Tortue,* el *Martyre de Saint Hareng* y la *Vie de Saint Oison.*

Más de un caso sería dado citar en que los poetas castellanos acoplaron á sus versos frases del Breviario con oportunidad poco respetuosa; pero ninguno de ellos superó á Juan Ruiz en este punto, quien formó las *Horas del Amor,* glosando los versículos de las *Ho-*

(1) Copia de un códice del siglo XIV, existente en la Biblioteca Nacional y citada por el Sr. Bonilla y San Martín en sus *Anales de la Literatura española* (1900-1904), página 144.

ras canónicas [1], é hizo que los clérigos que al Amor salieron á recibir cantasen el salmo *Venite, exultemus*, que la Iglesia dice en el rezo de maitines [2]. Reconozcamos, sin embargo, que irreverencias tales siguieron cometiéndose por los poetas de los tiempos sucesivos; Juan de la Encina tiene asimismo, en la *Egloga de Plácida y Vitoriano*, la *vigilia de la enamorada muerta*, en que muy en serio, por supuesto, se imita el oficio de difuntos, con su invitatorio, salmos, réquiem, lecciones y oración [3]; y en el siglo XVII fué harto frecuente que en las iglesias de la Corte, y sobre todo en las de los conventos de monjas,

(1) Resas muy bien las Horas con garçones folguines,
cum his qui oderunt pacem, fasta que el salterio afines:
diçes. *ecce quam bonum*, con sonajas e baçines;
In noctibus estolite, despues vas á maitines.
Do tu amiga mora, comienças á levantar;
Domine labia mea, en alta vos á cantar, etc.
(Est.ª 374 y 375.)

(2) Ordenes de Çisten con las de Sant Benito,
la orden de Crusniego, con su abat bendito,
quántas ordenes son, non las puse en scripto:
¡Venite, exultemus!, cantan en alto grito.
(Est. 1.236.)

(3) *Teatro completo de Juan del Encina* (edic. de la Real Acad. Esp.) Madrid, 1893, pág. 326.

se cantasen oraciones con tonos de coplas callejeras y letras lascivas ó burlescas trovadas á lo divino, como la del *diálogo de las Tres Marías* [1].

El Arcipreste, en fin, con malicia ó sin malicia, con símbolo ó sin él, describe un episodio en que cuatro carneros van á pedir á un lobo que les diga una misa de seis capas para conmemorar su *santa fiesta* [2]; otro en que una cerda solicita del mismo animal que con sus *santas manos* bautice á sus hijuelos [3]: y no parándose en estas profanaciones, que quizá no sería aventurado considerar como expresión de humorismo ó de candidez, declara formalmente las ventajas del amor de las monjas, diciendo que, además de que suelen ser donosas, francas, placenteras y tener en quinta esencia todas las buenas cualidades deseables en las dueñas, puede amárselas

(1) Paz y Mélia, *Sales Españolas* (Primera serie), página 428; véase también la pág. XXX del mismo tomo.

(2) Est. 770.

(3) Est. 776. No se crea, sin embargo, que el Arcipreste de Hita fué el primero que cometió irreverencias de este género: en el *Roman de Renard* un milano confiesa á la zorra, y en el cuento del inglés Nicolás Bozon, titulado *Le jugement du Lion*, la zorra confiesa también á un ganso.

sin riesgo del matrimonio y con la garantía de que ellas han de ser las primeras que guarden el secreto [1]. Juan Ruiz no conocía el eufemismo.

(1) Como imágenes pintadas, de toda fermosura,
fijas dalgo muy largas e francas de natura,
grandes demandaderas, amor siempre les dura,
con medidas complidas e con toda mesura.
Todo plaser del mundo e todo buen donear,
solas, de mucho sabor, e el falaguero jugar,
todo es en las monjas más que en otro lugar;
probadlo esta vegada e quered ya sosegar, etc.
(Est.ª 1.341 y 1.342.)

CAPÍTULO XX

EL PRINCIPIO CRISTIANO Y LA IDEA PAGANA EN EL LIBRO DE JUAN RUIZ. — DIOS, EL ALMA Y LA MUERTE. — EL TRIUNFO DEL AMOR.

LLEGAMOS al postrer capítulo de esta obra, en el cual nos proponemos hablar del aspecto más interesante, á nuestro juicio, que con relación al orden religioso presenta el libro de Juan Ruiz, á saber: el contraste del principio cristiano con la idea pagana, idea y principio que vemos en aquellas páginas riñendo formidable lucha y triunfando alternativamente.

Lejos estamos de presumir que el egregio poeta tuviese la intención de llevar al libro contraste tal; por el contrario, creemos firmemente que ni siquiera se percató de lo que en este punto hacía; pero por eso mismo es preciso otorgar importancia mayor á tales ideas, que, brotando en el pensamiento de Juan Ruiz de modo completamente espontá-

neo, proclaman con entera fidelidad cuáles fueron los estados de su ánimo en los distintos momentos de la producción literaria, y revelan también los conceptos contradictorios que se disputaban el imperio de su mente, mitad cristiana, mitad gentílica.

Todas las cosas del mundo pasan—dice el protagonista del Arcipreste;—«salvo amor de »Dios, todo es liviandat»; pero se acuerda de las palabras de Salomón cuando se ve despreciado por una mujer, y en el intervalo que media entre el desdén sufrido y la determinación que toma de buscar en otra la revancha del fracaso. «Sin Dios, non puede »prestar cosa que sea», dice más tarde, y, por tanto, le ruega que guíe su obra y provea á su trabajo, aunque para lograrlo cuida de que Trotaconventos, con la ayuda de Dios, interponga sus buenos oficios con Doña Endrina, agradeciendo á Dios primero, y luego á su ventura, el haber acertado con «la tien»da del sabio corredor». Va á hacer su vigilia al santuario de Segovia y á suplicar á Dios que no le deje de su mano, pero va después de correr la Sierra y de gozar del amor de las serranas, acogiéndose al templo más

bien como el que descansa que como el que se enmienda, porque transcurridos los días de abstinencia cuaresmal vuelve de nuevo á sus amorosos devaneos. La muerte de Trotaconventos muévele á pensar en la otra vida y en lo conveniente que les es á los hombres prevenirse contra las rudas tentaciones del demonio, del mundo y de la carne; pero terminadas las exequias de la vieja y rezado el último paternóster sobre su tumba, canta á la mujer de su preferencia, deleitándose con la descripción de sus gracias y hasta puntualizando las razones que tuvo para estimarlas como tales.

Cree como cristiano que el alma se separa del cuerpo cuando el cuerpo muere; pero no puede apurar cual apuraron los místicos la última consecuencia de esta idea, reputando la muerte como un bien que nos liberta de los infortunios y dolores de la tierra, pues si Juan Ruiz, como cristiano, cree en la vida futura, cree también, como gentil, que el mundo á vuelta de muchas cosas malas tiene en compensación otras muy apetecibles, de cuyo goce el morir nos priva; por eso la muerte es para él un mal absoluto,

sin mezcla de ningún bien, y no comprende que nadie, sea sabio ó sea necio, piense lo contrario, aunque lo diga. Cree en el Paraíso; pero sus palabras infunden la sospecha de que alguna vez se vió tentado á pensar que, aun á trueque de que el Paraíso no existiera, sería preferible que este mundo fuese eterno, y es facil también que se le ocurriese la herejía de que la muerte sea la causa que ha engendrado la idea de la vida futura, ya que nos dice que por miedo de la muerte hicieron los Santos los salterios, y que por la muerte se creó el infierno, el cual, claro es que no sería necesario si el hombre no muriese nunca [1]. Cree, en fin, como cristiano, en el libre albedrío; pero cree asimismo que es casi imposible cambiar las inclinaciones de nuestra naturaleza marcadas por el

(1) Muerte, por ti es fecho el lugar infernal,
ca veviendo home siempre e[n] mundo terrenal,
non avrien de tí miedo nin de tu mal hostal,
non temerie tu venida la carne humanal.
Tu yermas los pobrados, puebras los çiminterios,
refases los fosarios, destruyes los imperios,
por tu miedo los santos fisieron los salterios,
si non Dios, todos temen tus penas e tus laserios.
(Est.° 1.553 y 1.554.)

sino que los estrelleros averiguan en sus horóscopos al descubrir la constelación del nacimiento.

Y donde la lucha y el contraste de las dos ideas se ven del todo manifiestos, cual si hubiera querido ofrecernos en síntesis espléndida el pensamiento fundamental de la obra, es en el episodio que comienza con la batalla del Carnal y la Cuaresma y termina con la llegada del Amor, episodio que Juan Ruiz exornó con pasajes y conceptos cuyos antecedentes en vano procuraríamos hallar en el *fableau* que le da origen.

..... El Mundo era de la Vida cuando el Mundo fué sorprendido por la Muerte, que trajo como aliada la idea del Alma con su bandera de recompensas y castigos. Ante alianza tan formidable, el Mundo tembló y no intentó siquiera resistir. La Muerte, al creerse dueña perpetua de sus dominios, fué reemplazando poco á poco la alegría por la tristeza, el festín por la vigilia, los cánticos de júbilo por los nocturnos de maitines: infundió el miedo en el corazón del hombre, y con esto se convenció de que estaba asegurada su victoria. La Vida, sin embargo, preparaba la

revancha, y buscó, como la Muerte, otro aliado poderoso en el Amor, que de buen grado quiso prestarle su auxilio. Organizaron sus huestes, y unidos la Vida y el Amor, pusiéronse al frente de su ejército invencible. De oro, seda y marfil son sus tiendas de campaña; de telas orientales sus vestiduras; sus corazas de diamantes y rubíes, y de plata las flechas de sus aljabas. Entran en el campo de la lid cuando la Naturaleza sacude el nevado sudario del invierno y se regocija con las flores nuevas. Los esclavos de la Muerte, al pronto deslumbrados por los destellos que el astro rey arranca con sus rayos al mirarse en las áureas armaduras, no tardan en reconocer á sus antiguos dueños y en pasarse á sus filas, abandonando á la Tristeza Eterna, que huye despavorida. De la parte del sol se ve venir una enseña, en cuyo campo aparece la imagen de una mujer hermosa, vestida de oro y de oro coronada; es el Amor quien la trae, que á nadie ha querido ceder la gloria de ser portador de su estandarte. Los hombres acaban de profanar la santa memoria de un momento augusto, porque como los creyentes de Jerusalén, empiezan á cantar el

Benedictus qui venit!, pero le entonan, como los coros helénicos, con acentos y cadencias de epitalamio, que las aves repiten al cruzar el espacio..... ¡Quién sabe! Acaso con sus trinos y gorjeos quieran decir á los pecadores, en nombre de Dios, que Dios les perdona en su misericordia inmensa.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

Dedicatoria 5

INTRODUCCIÓN

BREVE RESUMEN DEL ESTADO DE LAS LETRAS CASTELLANAS EN TIEMPO DEL ARCIPRESTE DE HITA

I. **Clasificación de las obras literarias** . 9

II. **Obras poéticas.**

1. Poesía épica. — Cantares de *gesta.*—La *Leyenda de los Infantes de Lara.* — El *Poema del Cid.*— El *Libro de Alexandre.*— El *Libro de Apolonio*..... 11

2. Poesía religiosa.— Las obras de Gonzalo de Berceo. — La *Vida de Santa María Egipciaca.*— El *Libro de los Reyes de Oriente.*— *Vida de San Ildefonso*..... 24

III. **Obras en prosa.**

1. Narraciones novelescas. — Asuntos.—El *enxemplo.*—*Cali-*

Páginas.

la e Dymna.—El *Libro de los Engaños e los asayamientos de las mujeres.* — El *Conde Lucanor.* 35

2. Colecciones de *enxemplos.*—Precedentes: la *Disciplina Clericalis.*—El *Libro de los Gatos.* El *Libro de los Enxemplos*..... 53

3. Obras doctrinales. — Carácter de estas obras. — *Castigos e documentos del Rey Don Sancho.* — Obras del Infante Don Juan Manuel: *Libro del Caballero et del Escudero; Libro de los estados*..... 60

PRIMERA PARTE

JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA

Capítulo primero. — Época y patria del Arcipreste..... 71

Capítulo II.—Los tiempos del Arcipreste.. 81

Capítulo III. — Primeras empresas literarias de Juan Ruiz. — Su prisión. — Lugar en que escribió su obra..... 89

Capítulo IV. — El *Libro de Buen Amor* y

Páginas.

los datos autobiográficos del Arcipreste. — Personalidad de Juan Ruiz..... 103
CAPÍTULO V. — Cultura del Arcipreste..... 115

SEGUNDA PARTE

EL *LIBRO DE BUEN AMOR*

CAPÍTULO PRIMERO. — Plan de esta parte.— Nuevos elementos que aporta el Arcipreste á las Letras castellanas..... 129
CAPÍTULO II. — El título del libro del Arcipreste: su significación. — Fin de la obra. — El estilo..... 137
CAPÍTULO III.—Materias que comprende el *Libro de Buen Amor*.—El argumento.. 149
CAPÍTULO IV.— Fuentes principales del *Libro de Buen Amor*. — Advertencia previa.—Los procedimientos literarios en la Edad Media.—Semejanzas de ciertos pasajes del Arcipreste con algunas obras de la época..... 157
CAPÍTULO V. — Fuentes principales del *Libro de Buen Amor (continuación)*.— Las fábulas esópicas..... 167
CAPÍTULO VI.—Fuentes principales del *Libro de Buen Amor (continuación)*. —

Páginas

Cuentos no esópicos con asuntos religiosos y profanos..... 177

CAPÍTULO VII.—Fuentes principales del *Libro de Buen Amor (conclusión).* — La influencia francesa en el Arcipreste: su carácter.—Cuentos y episodios tomados del francés..... 189

CAPÍTULO VIII. — La métrica del Arcipreste.—El *Libro de Buen Amor* como tratado de metrificación. — Composiciones poéticas usadas hasta Juan Ruiz: el asonante, la rima, los metros y las combinaciones.—Novedades introducidas por el Arcipreste.—Metros empleados en su obra..... 203

CAPÍTULO IX. — La métrica del Arcipreste *(conclusión).* — Clases de composiciones que aparecen en su libro..... 217

CAPÍTULO X. — Las ideas del Arcipreste de Hita: su clasificación para el presente estudio.—Ideas sobre el Amor.—Consideraciones generales.—La influencia de Ovidio..... 235

CAPÍTULO XI. — Ideas personales de Juan Ruiz acerca del Amor..... 245

CAPÍTULO XII.—Ideas acerca de la mujer.—Precedentes de la literatura castellana.

Páginas.

Idea que de la mujer tiene el Arcipreste. — Las mujeres del *Libro de Buen Amor*..... 253

CAPÍTULO XIII. — El episodio de Don Melón y Doña Endrina. — Su origen: la comedia *Pamphilus de Amore*.—Semejanzas y diferencias de esta comedia con el episodio del Arcipreste..... 267

CAPÍTULO XIV. — Trotaconventos y Celestina. — Precedentes generales. — La creación del Arcipreste..... 281

CAPÍTULO XV. — Ideas del Arcipreste referentes á la Moral.—Su doctrina acerca de los pecados capitales..... 299

CAPÍTULO XVI. — Ideas acerca del mundo y de los hombres..... 307

CAPÍTULO XVII. — Ideas acerca de la conducta..... 317

CAPÍTULO XVIII. — Ideas referentes al orden religioso. — Consideración general.—El culto de Santa María: sus manifestaciones en la Edad Media.—Los cantares á la Virgen en el *Libro de Buen Amor*..... 327

CAPÍTULO XIX. — Las costumbres de los clérigos. — Precedentes literarios. — Crítica que de aquéllas hace el Arci-

Páginas.

preste. — Irreverencias contenidas en el *Libro de Buen Amor* 337

CAPÍTULO XX. — El principio cristiano y la idea pagana en el libro de Juan Ruiz. Dios, el Alma y la Muerte.— El triunfo del Amor..... 351

Fué impresa la presente obra
en Madrid, en casa de la Sucesora
de M. Minuesa de los Ríos,
y se acabó de imprimir
el día 26 de Abril
del año
1906

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

LS
R9345
Ytu

Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita
Puyol y Alonso, Julio
El Arcipreste de Hita.

98896

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 16 01 15 011 0